

N O S O T R O S

EL MOVIMIENTO MILITAR CHILENO

Los directores de *Rodó*, bella revista de vanguardia de Santiago de Chile, Agustín Castelblanco P. y Emilio Courbet, nos remiten el texto inédito del presente artículo, solicitándonos "en el nombre de la generación novísima de Chile", su inserción en *NOSOTROS*. Ignoramos si les será permitido darlo a luz en su país. Se trata de un estudio independiente y sereno de las circunstancias que determinaron el golpe de estado militar, y de los efectos y resultados del mismo, y a tal título lo juzgamos interesante para los lectores argentinos.

En este artículo se alude al manifiesto lanzado por algunos escritores y artistas chilenos a raíz del movimiento militar, en el que lo justificaban y aplaudían. Recibimos aquel manifiesto en su hora como otros periódicos argentinos y americanos que lo hicieron conocer de sus lectores, pero nosotros, a pesar de que queridos e ilustres amigos nuestros, firmantes del mismo, nos solicitaban su publicación, preferimos reservarlo. *NOSOTROS*, y más en esta hora incierta y peligrosa para las democracias, no desea ser vehículo de ninguna palabra apasionada o impresionada por circunstancias del momento, que pretenda sostener o defender regímenes de fuerza. Creímos entonces al reservarlo, y creemos ahora con mayor razón, ante el desarrollo ulterior de los acontecimientos, haberles hecho un servicio a aquellos amigos, frente a la opinión pública argentina. Aquí no hay más hombre de letras que propicie las dictaduras militares, que Leopoldo Lugones, por ese lado totalmente desprestigiado. Justificaba por otra parte a nuestros ojos a los intelectuales de Chile, la indudable buena fe con que, por patriotismo, defendían al directorio

militar, buena fe derivada de su personal inexperiencia y de la de su propia nación, en estos achaques. Con la misma imparcialidad no quisimos reproducir, aunque nos tentaba hacerlo, las réplicas contundentes que motivó el manifiesto en algunos periódicos de América. Ahora que han transcurrido cuatro meses de aquellos hechos, y que el propio régimen de fuerza ha demostrado su impotencia y está en crisis — como en Italia, como en España —, nos es grato transcribir el último párrafo de aquel manifiesto de los intelectuales, el cual sin duda para muchos de ellos es ahora norma de conducta política, si es que se resuelven a perseverar en la lucha por el bien. Efectivamente, según propia confesión de alguno, el terreno al cual se lanzaban era nuevo y desconocido para ellos, y por eso tememos que su primer paso, al marcar su primera decepción, no sea el último que den por los pedregosos caminos de la política.

El manifiesto concluía de este modo:

“Los escritores y artistas de Chile, al comprobar por sus hechos la sinceridad de propósitos de la Junta Militar, nos hacemos un deber en declarar ante el país y el extranjero, que, si se conculca cualquiera de las libertades públicas, a las que largos años de vida democrática nos tienen acostumbrados, si no se llama en la oportunidad debida a la Asamblea Constituyente, si ésta no representa en proporción las fuerzas vivas del país y si el mecanismo de su funcionamiento impide en cualquier forma la libre manifestación e influencia de todas y cada una de ellas, con la misma independencia con que aceptamos como bien inspirado el Gobierno Militar, protestaremos con todas las fuerzas irreducibles del espíritu y apelaremos a la conciencia nacional y extranjera”.

Así sea.

LA DIRECCIÓN.

Como directores de *Rodó*, revista que ha propiciado por sobre todo la integridad de América y ya que las revoluciones y su efecto inmediato, las dictaduras y gobiernos absolutos, no son más que un carácter de la desmembración continental, repudiamos el movimiento militar del 5 de Setiembre que hoy impera en el gobierno de Chile.

Pasada ya la hora de los entusiasmos peculiares de estos levantamientos, —porque son aún muchos los militaristas que tenemos— es preciso analizar los factores que condujeron a la revolución y examinar si se justifica ante la opinión pública en los momentos actuales.

Nosotros, que no tenemos ningún vínculo con el pasado, — fuera del de los afectos a los valores positivos del espíritu — y que solo luchamos y batallamos por un futuro mejor, estamos en situación de hacer una crítica severa y sin contemplaciones, sobre la actuación de los hombres que ya pertenecen a la historia.

Sin intereses creados con el régimen caído, pero resguardadores de la libertad siempre, no aplaudimos y combatimos el actual gobierno, inconsecuente ya, pasada la hora necesaria de su exaltación.

Defendemos más de cien años de vida libre y tranquilidad histórica.

Con una orientación precisa de los destinos del Continente y sabedores de la unidad racial que impera en lo más íntimo de nuestro sér, oponemos toda la fuerza de nuestra vida a un gobierno de dictadura neta, y hacemos saber a la América que, Chile en poder de los militares, significa una regresión histórica en el presente y un peligro para todas las naciones en lo porvenir.

Como queremos legar a las generaciones venideras una Patria libre y fuerte; exenta de malsanos ejemplos e inmaculada de odios, rencores y rivalidades, convocamos a la juventud de América, a los intelectuales, diarios y revistas, a que cooperen a nuestra obra de defensa nacional.

Hacemos un llamado de fraternidad ya que somos una sola Patria, grande y única y confiamos a la serenidad y el espíritu generoso de todos y cada uno de los americanos, la paz de Chile.

Antes del movimiento

La República democrática había tenido en Chile una evolución sistemática y gradual. Nuestras instituciones políticas descansaban sobre una base de prestigio y simpatía. Éramos una Nación bien constituida en el concepto extranjero y más de una

vez fuimos citados como modelo de paz y tranquilidad en el turbulento desarrollo de la vida libre de América.

Una cordura diplomática a toda prueba y una administración interna asombrosa, habían prevenido cualquier desavenencia internacional y la vida del terruño se desenvolvía próspera y fácil.

Nuestros hombres de acción, políticos y gobernantes, sanos en sus ideas, eran dignos poseedores del gobierno de este pueblo joven. Pasada la revolución del 91 es la hora del espíritu cívico, de la educación política y de la adquisición completa de nuestras libertades públicas y ciudadanas.

Teníamos un gobierno democrático, dentro de la Democracia que es posible sustentar y propagar en América dada la suma de cultura que poseen las masas.

Los Poderes Públicos ejercían plenamente sus facultades y aunque su elección no era la expresión viva y tangible de los anhelos del pueblo, en estos ensayos de vida política, habíamos adquirido el hábito de la libertad.

Un gobierno autoritario, de régimen absoluto, no era posible ya. Había pasado el tiempo de las asonadas militares y los cuartelazos concluían en la horca o el fusilamiento.

Así la marcha de la vida pública de Chile.

Agregad ahora una organización militar a la prusiana. Körner, conformó de tal manera nuestro ejército, que hizo de él una fuerza y una autoridad; pero una fuerza y una autoridad conscientes, tolerantes, no ciega e intransigente; selectos y elegidos, no los fracasados de los Liceos que más tarde iban a formar la Escuela Militar.

Los Oficiales de Ejército, faltos de una orientación definida, con una cultura parcial y mínima, iban nada más que a engrosar el Presupuesto de la Nación. Incapaces de dignificarse, no poseían un sentido americanista, pongamos por caso, y en su altanería patriótica sólo cuidaban de engrosar las glorias de Chile en desmedro de las demás del Continente.

Criterio unilateral que dificulta en primer término el desenvolvimiento armónico de un gobierno que anhela la paz y la tranquilidad y obstaculiza la vinculación internacional.

Otra fuerza poderosa del Estado, en lucha constante y diaria por ganarse hombres, ideas y conciencias, era la Iglesia.

En su afán ilimitado de allegarse adeptos, recurría a una prédica sin descanso, para terminar por manifestarse como un imperio tan formidable, que hoy, en todas las clases sociales de Chile, se siente la obra de la Iglesia.

Hay en nuestro país fanatismo, y una causa no muy lejana del movimiento del 5 de Setiembre, hay que buscarla en la lucha religiosa que fué bandera de uno de nuestros partidos políticos.

La vida interna de Chile es una brega encontrada de ideas, principios y programas políticos. Todos creen representar el alma popular y dentro de estos antagonismos políticos, religiosos y sociales, está fermentando el odio y la distancia que hace tomar posiciones a partidarios y enemigos del régimen militar.

Para una mayor comprensión bosquejemos nuestro estado político en los últimos años.

Partidos numerosos que el país no necesitaba, ya que la opinión pública no delinea más que dos corrientes: conservadores y demócratas y las que con atenuantes o avanzadas forman otros cauces; partidos políticos que más servían intereses de hombres y sectas y que sólo eran instrumentos en las luchas electorales, contribuyeron a la anarquía parlamentaria, causa la más poderosa, según los militares, del golpe del 5 de Setiembre.

Un Poder Ejecutivo con una suma de atribuciones y en lucha constante con una de las ramas del Congreso; interviniendo de manera audaz en las campañas electorales; aprisionado por ambiciones de caudillos insaciables, aceleró el fatal momento de la pérdida de la Constitución.

Régimen militar

Bajo la presión de las armas el Congreso recién elegido (1924-1927), aprobó los proyectos que el Ministerio presidido por el general Luis Altamirano, presentó a las Cámaras.

No hubo discusiones; sin preámbulos de ninguna índole se promulgaron como leyes de la República, con efectos desastrosos, es lógico, porque momentos después, había que aclarar artículos.

reformular disposiciones bajo el amparo de los famosos decretos-leyes.

Vacante la Presidencia de la República y disuelto el Congreso Nacional el 11 de Noviembre, imperaba el régimen de dictadura disfrazada en el país, con una Junta de Gobierno compuesta de dos militares y un marino y asesorada por un Comité Militar, que era el árbitro de la situación.

Los militares, dueños del país, empezaban su obra de reconstrucción nacional.

Aferrados a la disciplina y a la obediencia, no admitían oposiciones de ninguna índole y la libertad había perecido en el naufragio trágico de la revolución.

La prensa fué censurada; no era posible una crítica abierta y amplia; hasta se desterró a un hombre de ideas por no compartir la actitud del Gobierno.

Y en tanto, los desaciertos legislativos, propios del apresuramiento y falta de experiencia pública, van creando hondas perturbaciones.

Se deroga una ley que protege a los empleados particulares; un conflicto con los ferroviarios hace delicada la situación y por último, una ley electoral con fines al parecer preconcebidos, crean la desconfianza en el Ejército.

Es el primer síntoma de rebelión pasiva. Ya hay en el ambiente un signo de desconfianza; está fermentando el distanciamiento al Gobierno de facto y pesa sobre nosotros una hora tremenda y lúgubre.

Antofagasta en un paro general, uniforme y compacto, ha asumido una actitud de beligerancia.

Son hechos parciales, simples, aislados; ejemplos fáciles de seguir; normas elocuentes que, poco a poco, irán formando la ola de un nuevo sentimiento nacional.

Las masas obreras desorientadas; sin saber qué actitud tomar; los políticos del pasado régimen bien guarecidos en sus casas, viven como azorados y falta el guía que ordene y haga efectiva la energía de estas fuerzas.

Los escritores y artistas, de quienes se esperaba en esta hora trascendental la palabra vital y libre, lanzaron un manifiesto: triste documento sin mayor alcance.

Su opinión no la compartimos, pero es saludable ver una reacción.

Ya, uno de sus firmantes, se ha puesto de frente al Gobierno militar y como Presidente de la Federación de Estudiantes de Chile, ha iniciado una campaña en defensa de la libertad.

Un error de perspectiva ideológica y una falta completa de sentido público para apreciar los acontecimientos en el terreno de la realidad, han hecho incurrir a los escritores en la inconsecuencia de lanzar un Manifiesto.

Como no han sentido de cerca la marcha de nuestras instituciones republicanas y han permanecido alejados de las luchas cívicas, desconocen las aspiraciones del pueblo y sus apreciaciones ceden ante la fuerza de los hechos.

Por lo demás, esta actitud no tiene mayor importancia.

Llevan ya los militares cuatro meses en el Gobierno y no han despachado ninguna de las leyes que prometieron al pueblo.

La convocación de una Asamblea Constituyente, que debiera haberse hecho a una brevedad posible y la renovación total de nuestras Cámaras, tienen largo plazo aun para efectuarse.

Y este es el mal incalculable: la permanencia por más tiempo de las fuerzas armadas en el Gobierno de la República.

Su misión ya debiera estar terminada, antes que divergencias graves y fatales cambien el curso de los acontecimientos.

Por desgracia, tienden a persistir y la utilidad transitoria que de este movimiento se habría podido obtener, se destruye en el afán pernicioso de continuar gobernando.

Chile tiene ahora un dilema sin ambages que resolver.

Abandonan el Gobierno los militares dentro de un plazo perentorio o vamos a la revolución.

Examinados los antecedentes y vista la situación actual, lo primero no es posible.

Nos queda la revolución.

Hagámosla entonces y junto con salvar a Chile, habremos salvado a América con una lección dura para el futuro.

La juventud chilena está en marcha. Hay un signo de heroísmo sobre nuestras cabezas, y la hora de prueba será para nosotros el triunfo de la cultura y las ideas sobre la fuerza destructora y el afán inconsciente de las mediocridades.

Nuestro futuro

Es todo un problema el que nos queda para el futuro.

¿Cómo anularemos el peligro inminente que representa el Ejército para nuestras instituciones públicas?

¿Cómo conseguiremos que el funesto golpe del 5 de Setiembre no sirva de ejemplo en lo sucesivo?

Es este un precedente morboso que acaso tienda a repetirse con ciertos intervalos y por influencia sugestiva, tenga imitadores en otras naciones del Continente.

Las dictaduras y golpes de Estado de estos últimos años han repercutido hondamente en América, y Chile, país educado en normas de disciplina militar, no pudo menos que ser un fiel intérprete de erradas ambiciones que, desoyendo las lecciones de la historia, ya llegan a un ocaso fatal y trágico.

Nadie puede constituirse en augur de los destinos de nuestra Patria. Cualquiera que sea su suerte tenemos la esperanza de una franca reacción. Está fermentando un descontento general y un rumor sordo y anunciador, creen escuchar los que viven hondamente la hora actual.

El Gobierno, careciendo de preparación práctica para afrontar los grandes problemas sociales y económicos que tenemos; falto de experiencia legislativa y confuso ante la serie de dificultades que significa un gobierno de imposición, está fatalmente acelerando su caída.

No es posible desentenderse ni permanecer indiferente cuando los acontecimientos reclaman el concurso de todos.

Tenemos un deber imperativo de actuar. Los que creen en el militarismo defienden su último baluarte. Nosotros, nos rebelamos en defensa de un legado humano y porque creemos que la libertad no puede mancillarse con el imperio de la fuerza y la brutalidad.

Pero, hay además, un alto designio que induce a combatir el gobierno militar.

No somos un pueblo aislado sin vinculaciones históricas ni precedentes que puedan darnos pie para vivir incomunicados.

Hay veinte naciones que comparten idénticas aspiraciones e

iguales destinos y viven para un futuro que dará la fórmula de unificación continental.

Tenemos el deber de sanear las Patrias locales para efectuar el conglomerado de pueblos que formarán la América vasta y grande.

Los regimenes autoritarios e impuestos por la fuerza, conducen a la desintegración y llevan ya en sí un germen de oposición y distanciamiento.

Nos queda la cultura y la libertad que, por encima de las fronteras, harán realidad la ilusión de hoy: América enarbolando la bandera de la civilización humana en un estrechamiento máximo y vital.

AGUSTÍN CASTELBLANCO P. EMILIO COURBET.

Santiago de Chile, 1° de Diciembre de 1924.

POESÍAS (1)

I

El cura de Potes

El cura real de Potes, sobre su yegua trota,
terciada al hombro macho la escopeta carlista,
ríe el ama en las grupas, cuando su palabrotu
más que la espuela, azuza su marcha de conquista.

Cejilampiño, pálido como un seminarista,
no perdona los diezmos de óleo y vino a su bota:
bien que besa sus amas tozudas, en la lista
de los bautizamientos él no paga su cuota.

En el mercado el lunes, parsimonioso, magro,
la regia codorniz, los pernils de onagro
con sus dedos filósofos cicatea a la gente...

Y después de la misa, ama y el sol en ancas,
su yegua se relincha con potros y potrancas
ufana de su cura y de su ama valiente.

Potes (Liébana).

(1) Del próximo libro *Las abejas ciegas*.

II

Soneto a Francina

FRANCINA, la payesa que vió Rubén Darío,
*bañar en Valldemosa los sabrosos boleros,
 sonrosada y dorada por la miel del estío,
 hecha música al son de flautas y panderos,*

*es hoy la Celestina de su pueblo sombrío;
 la espían las comadres, la señalan los mozos;
 en su mirar se apaga una lumbre de hastío;
 somormuja su voz un eco de sollozos.*

*Malgrado tú, mujer, en el arte subsistes,
 malgrado tus andares y tus sonrisas tristes,
 armoniosa como una Diana de otras edades...*

*No adriertas como el pueblo ciego te desampara;
 aun animas el verso que el poeta cantara:
 llevas sobre tus hombros rosas y eternidades.*

Valldemosa (Balcares).

III

El Notario

GRADUÓSE en Teología, en Canónico y Leyes,
*y recita al dedillo Pandectas y Partidas,
 tiene un rancio concepto del poder de los reyes,
 y colecciona chismes de las once mil vidas*

*de este pueblo sin almas. Con pesados legajos
lo veo atravesar la plazuela inocente:
—“Vaya con Dios, buen hombre”, le dicen. Los cintajos
de sus ejecutorias danzan entre la gente...*

*Aún vive en estos pobres pñyeses el sentido
ancestral del derecho, ese vasto latido
que la Roma de Augusto adelantó a su guerra.*

*Así el notario es hombre casi inútil entre ellos;
pues con sus cinco dedos se cuentan los cabellos,
mercan su trigo y, justos, se reparten su tierra.*

OCTAVIO PINTO.

Pollensa (Baleares).

EL PINTOR ARGENTINO ROBERTO RAMAUGÉ

¿SERÍA hoy posible poner en orden las ideas estéticas de Europa? ¿Existirá un espíritu crítico, suficientemente audaz, que pueda extraer, del vario y vasto conjunto de la producción artística contemporánea, los elementos indispensables y homogéneos, para fundar las bases de una teoría del arte, en consonancia con la inquietud espiritual de nuestro siglo? Yo no lo creo. Basta penetrar unos instantes en el intrincado dédalo de la pintura francesa moderna, para tener de inmediato la certidumbre de la imposibilidad de semejante tarea. Estamos muy lejos de la época en que eran jóvenes los miembros del "Salón de los artistas franceses", en los días sin inquietudes, en que un salón se abría para exhibir los trabajos de cien hombres distintos, cuyas obras parecían todas ellas hechas por la misma mano e inspiradas por la misma cabeza. Hoy, por el contrario, todo es disparidad y contradicción y al lado de la sinceridad espontánea cohabita la teatralidad calculada. Sin embargo, hay en el momento actual la inquietud creadora y audaz que lleva al espíritu a la conquista de nuevas expresiones artísticas, tratando siempre de unir, en un connubio estrecho, las formas materiales del mundo real con las fuerzas subjetivas del mundo ideal. Y si hoy vemos en el desigual aporte de los artistas franceses mucha variedad, muestras banales de un infantilismo estudiado, no es menos cierto que entre el abigarrado conjunto hay quienes se sienten poseídos por el mismo fuego que alumbró a Cezanne y Degas, a Pizarro y Renoir.

Aunque las escuelas sean distintas, las técnicas o las maneras diversas, aunque los conceptos de la visión, de los colores y la luz sean dispares, la pintura francesa moderna trata de elevarse sobre el nivel en que hubieran querido dejarla los amantes

seniles del ciclo del clasicismo. Y de ese constante esfuerzo en busca de nuevas formas artísticas, en que las denominaciones de escuelas carecen de importancia, queda del variado aporte un algo de trascendente y permanente en la historia del arte contemporáneo. Y ese algo es la preocupación del artista por dar a su obra, por encima de la realidad visual — totalmente relativa a los sentidos del artista — una expresión ideal, el sello de la idea que se ha forjado de la naturaleza con relación al arte. Y ese algo de trascendente tiene hoy más audacia que nunca y en este ambiente de París, donde la concurrencia y la emulación, el ansia de originalidad y el deseo de aparecer revolucionario, dominan todos los medios artísticos, los artistas más serios tienen que ser los que más se distinguen en la manera de subjetivizar la naturaleza reproducida.

Naturalmente que los artistas extranjeros, radicados en París, vinculados estrechamente al movimiento artístico no pueden aparecer, en este medio revolucionario, como inmunizados contra todas las influencias. Así vemos a muchos jóvenes que en sus países tenían, ya sea por la influencia de la academia o ya por la presión que ejercían sobre ellos maestros sin historia, un camino trazado de antemano, convertirse radicalmente en poco tiempo, encontrando en el turbión de las ideas artísticas de París la influencia más adecuada a sus espíritus.

En este medio constantemente agitado ha pasado varios años de trabajo y de estudio Roberto Ramaugé. Yo no conozco sus comienzos, pero me los imagino fácilmente. Debe haber entre sus comienzos, ya un poco lejanos, y sus trabajos de hoy, una gran diferencia, no sólo la diferencia de tiempo y de lugar, sino también la diferencia de experiencia, de maestría, de dominio sobre el oficio.

¿Por qué Ramaugé habría de sustraerse a la influencia del ambiente en que ha vivido y trabajado durante tantos años? A la fuerza debía él también sentirse agitado por las corrientes espirituales que conmueven el ambiente artístico de París. Y eso le debe haber servido para dar a las rígidas leyes que le inculcaron en sus primeros años de estudio, un simple valor relativo, independizándose de dogmas y cánones, haciéndose más perso-

nal, y para hallar en la constante experiencia la manera más apropiada a la expresión pictórica de sus ideas.

No podría decir si Ramaugé es un adepto de una determinada escuela, y mucho menos, si él ha sentido, para adoptarla, la influencia directa y personal de un maestro. Lo que a mí me parece es que Ramaugé es uno de los tantos jóvenes pintores, reservados y discretos, que no aman la bullanguera y banal gritería de los cenáculos, ni creen que la notoriedad y el prestigio se adquieren adhiriendo con su firma a esos manifiestos explosivos con que algunos jóvenes artistas pretenden hacerse abrir las puertas de la celebridad. Por el contrario, ha pasado sus años de trabajo, en una constante experimentación, ponderando los valores estéticos de las diversas escuelas, aplicando a su obra lo que más de acuerdo le parecía con sus gustos, su temperamento y su visión, hasta conseguir cierta unidad de carácter en sus obras, especialmente en el paisaje, que lo hará notar como un pintor moderno de gran fuerza expresiva.

La primera impresión que uno recibe ante una muestra de las obras de Roberto Ramaugé, es que este pintor ha sabido independizarse de la tiranía de la línea, de esa línea neta que aman tanto los académicos, divisoria rígida del volumen y del espacio. Al descubrir la importancia de la interferencia de la luz y del aire, ha dado a las formas su verdadero valor visual. La manera podría explicarse por las teorías físicas sobre la composición y descomposición de la luz, pero en Ramaugé esa manera no es sino su forma especial de ver y concebir el mundo real, independientemente de toda explicación científica. Y lo que en el artista es intuición y en el hombre de ciencia razonado y exacto, en la obra de arte es verdad embellecida. La distancia en el espacio es una realidad que debe contar sobre las cosas en sus dimensiones, en sus colores y también en sus formas, por la cantidad de aire, por la cantidad de luz, por el grado de densidad de la atmósfera, en los que las cosas parecen diluir sus formas en un vaho tenue y ligero, como si se esfumasen las líneas de sus contornos. Para Ramaugé eso es una realidad constante e inmutable, y por ella caracteriza su obra. Y no es que en las obras de Ramaugé no exista diafanidad ni nitidez. Por el contrario, lo

importante es que todo eso lo hace dentro de una diafanidad pura y a veces bajo una luz meridiana.

Yo sé que generalmente los pintores realizan su obra independientemente de toda pretensión teórica o doctrinaria. Pero ello no obsta para que el conocedor o crítico trate de extraer del conjunto de la obra de un artista unas cuantas consecuencias lógicas para darle a la producción que se estudia un sentido teórico determinado. Y yo creo que Ramaugé se caracteriza, desde el punto de vista formal, en la manera de componer las masas, como un insurgente contra la tiranía de la línea neta, amada hoy por muchos de los jóvenes maestros de la pintura francesa moderna.

Muchos críticos al considerar la obra de los artistas modernos, catalogan las maneras bajo las denominaciones de luministas o coloristas, desviación producida, a mi modo de ver, por el lema de los impresionistas: "el sol lo crea todo". ¿Bajo qué clasificación caería Ramaugé? En la lucha que un pintor tiene que librar en su paleta para colocar un color bajo un determinado grado de luz, no entra para nada la predilección del artista. Por el contrario, los sentidos y la inteligencia del artista son el campo donde se libra el combate por la conquista de la verdad artística y la obra no es sino la verdad sorprendida de un estado de la naturaleza. ¿Habrá que repetirse aún que los colores no existen sino en la luz? ¿Es que un pintor "luminista" puede realizar su obra independientemente del color? ¿Es que un colorista puede ser tan osado para realizar su obra independientemente de la luz?

Esas clasificaciones son absurdas en cuanto se trata de un verdadero pintor, capaz de sentir y comprender el valor de la claridad y de sorprender el color en cualquier grado de luz.

En la obra entera de Ramaugé, sea el paisaje o el retrato, se nota esa equivalencia normal del color y de la luz. Cuando los impresionistas decían "el sol lo crea todo" daban a la pintura un valor prismático. Sin pretender disminuir la importancia que esa escuela ha tenido desde el punto de vista de la evolución artística, debemos reconocer que ha sido más que todo una teoría del análisis cromático. Hoy se vuelve a la síntesis, a la sorpresa de las masas de colores, más adecuada a la represen-

tación real del mundo. Y Ramaugé es sintético, no sólo por su visión sino también por su técnica, sin caer en el exceso en que caen muchos pintores modernos, llevados ciegamente por el prurito de aparecer primitivistas.

En la obra de Roberto Ramaugé se compensan sabiamente los colores y la luz, sin esos contrastes estudiados y falsos en que las sombras violentas representan un gran papel en el conjunto. La luz es para él un elemento de la composición que parece tener estados de ánimos y suele aparecer serena como vibrante, dejando en los colores su serenidad o su vibración. Las sombras según la plástica, suelen tener una vivacidad equivalente a la de la luz, sin caer en los contrastes violentos y groseros. En fin, hay en toda su obra un equilibrio de valores que demuestra una posesión completa de su oficio y un dominio total de su arte. Se une a esas relevantes condiciones un sentido de la medida, que hacen de Ramaugé un constructor escrupuloso, pero sin caer en la exageración geométrica.

Roberto Ramaugé es un hombre tranquilo y ordenado, que pone en su obra el sello inconfundible de su espíritu. A medida que los años pasen, dará a sus trabajos la madurez dulce y sabrosa que comienza a pintar en los frutos de hoy.

Esa sensación la he sentido al salir de la exposición que acaba de realizar en los salones de la "Chambre Syndicale de Beaux Arts", en París. Al tomar la calle de la Ville l'Évêque, en una tarde prematuramente fría de este otoño opaco y húmedo, he buscado mi camino por el Boulevard Malesherbes, casi automáticamente, dominado como estaba por la impresión que me causara la vasta muestra de sus trabajos.

Aquí en París y en el otoño, cuando el mundo del arte comienza su primavera, en que tantas exposiciones se abren, desde el Grand Palais hasta la Foire au Croûtes, suele uno tener momentos de regocijo íntimo, cuando descubre, entre los pintores jóvenes, alguien que comienza a destacarse entre la enorme agitación del mundo del arte. Ese regocijo lo he sentido al asistir a la exposición de Ramaugé. La gran impresión que uno recibe es la de encontrarse frente a la obra de un hombre trabajador y constante. Y eso ya es mucho, sobre todo aquí en París donde los jóvenes artistas extranjeros suelen perder su tiempo en los

cenáculos de café. Debo decir que Ramaugé es por libre y voluntaria adopción, un ciudadano de la libre e ilustre comuna de Montmartre, del Montmartre que aun parece resistir a la ola meteca y "rasta" que lame las faldas de la inclita "butte", del Montmartre que aun conserva algo de la vieja tradición de las nobles especulaciones del arte, donde vaga el filósofo Jean Rictus, el pobre y ciego chansonnier Alexandre y el inquieto y revolucionario Francis Carco. De este Montmartre que todavía trabaja seriamente y que no distrae la estrepitosa furia del "jazz-band", es Ramaugé un ciudadano con todos los derechos. Y ese título honroso lo merece si uno se detiene a contemplar el vasto conjunto de cuadros que ha dedicado con cariño a su amado Montmartre, casi todos rematados con el viejo "Moulin de la Galette", bajo todas las luces y en todas las estaciones. En todos esos cuadros ha puesto Ramaugé su verdadero espíritu, en todos los estados del ánimo, desde el dolor a la alegría. Viejas casas, rincones agrestes y tranquilos, moles de fábricas, bajo la nieve, bajo el sol, bajo la lluvia, entre la niebla, horizontes lejanos, cielos grises y espesos, todos paisajes urbanos, donde ha dejado el rastro invisible, pero presente, de su encantamiento delicado y nostálgico. Sólo esa sala dedicada a Montmartre, bastaría para atestiguar su alto valor artístico.

Pero es en el paisaje en plena naturaleza donde Ramaugé hace jugar maravillosamente su paleta. No es que sus paisajes urbanos tales como los de Londres, Sevilla, Venecia, Madrid, etc., no den la sensación completa de su arte, sino que en plena naturaleza, fuera de lo que es artificial y ordenado, encuentra Ramaugé sus mejores motivos. Así, si su viaje por la India fué rápido, en cambio le fué fecundo en bellas obras. Sus cuadros *Environs de Madura*, *Environs de Colombo*, *Le thaj-Majal rose*, *Baniam Centenaire* y *Le lac sacré de Mont Abu*, tienen un encanto particular, como los que, bajo otra manera, Gauguin ponía en sus cuadros de las tierras exóticas del mar de China y del estrecho de Malaca. En ellos ha conseguido dar la sensación viva y penetrante del calor. Bajo cielos de fuego, bajo los rayos ardientes de un sol blanco, en medio de árboles monstruosos, sobre caminos calcinados, sobre los cuales alguna vez la copa monstruosa de un árbol gigante pone la mancha de su sombra negra

y opaca. Ramaugé ha conseguido realizar sus paisajes más armoniosos. Su cuadro *Environs de Madura* sorprende por los efectos que ha obtenido de su técnica sencilla, donde las pastas están colocadas a largos golpes seguros, donde los tonos de los colores oscuros dan la sensación real de la luz y donde las sombras negras, sobre un suelo polvoriento, parecen aun sentir la influencia de la claridad ambiente.

Como paisajista, Ramaugé tiene ya todos los caracteres del maestro. Por la sagacidad en sorprender los contrastes armoniosos, tal como su cuadro *Soleil triste*, por su técnica elegante y limpia, que repudia la cargazón de pasta, tal como su cuadro *Le toit mauve*, por la variedad de motivos que abarca su paleta (paisajes urbanos, marinas, naturaleza muerta, interiores), Ramaugé se revela un pintor capaz de realizar muchas admirables obras maestras, si se tiene en cuenta los caracteres que le son propios y de los cuales hablé al comienzo de estas líneas.

En la figura, Ramaugé sostiene los caracteres generales de su manera y de su técnica, pero usa de mayor parsimonia, sobre todo en el retrato. Y eso es explicable. Para Ramaugé, como para cualquier pintor honesto, la expresión fisonómica ejerce una influencia preponderante sobre el trabajo. El artista está sujeto a algo que es más expresivo y comunicativo que el paisaje, es decir la expresión y el carácter de la figura. La gran tela que representa a la artista Sarah Rafale, con sus muñecos simbólicos, es un retrato cuidado, donde se admira el carácter del sujeto en un conjunto de colores armoniosamente colocados, un retrato que pudiera ser el anverso del que después hiciera, de la misma artista, el desconcertante y paradójal Van Doogen. En otra tela, *Portrait de Mlle. M. D.*, Ramaugé expresa más libremente su arte. En ese cuadro muestra todos los caracteres primordiales de su manera. Las sombras son las que dan la realidad viva y ardiente de la figura. Las manos adquieren una realidad plástica y la luz y las sombras dan las características del cuadro.

En todas sus obras Ramaugé muestra una personalidad propia, producto de largos años de estudio y de trabajos y los caracteres generales de su arte son los que darán un gran valor a su producción actual y a la que puede producir más adelante.

En el agitado mundo del arte, donde son tantos los que libran diariamente una batalla, son pocos los que tienen el carácter, la perseverancia y la audacia tranquila que pueden llevarlos al triunfo. Ramagé las tiene y el tiempo le dará aun mayores condiciones.

ENRIQUE VILLARREAL.

Paris, Noviembre 1924.

JOSE VASCONCELOS

Para don Jacinto López.

EL licenciado José Vasconcelos, autor de interesantes libros de filosofía: *Pitágoras*, *El Monismo Estético*, *Prometeo Vencedor* y *Estudios Indostánicos*, es uno de los varones ilustres de la América española.

Pocas obras ofrecen la unidad de pensamiento de los libros de Vasconcelos. Labor uniforme, desde que sabiamente se apartó de la corriente positivista para abrazarse al espiritualismo que caracteriza su filosofía, la de los corazones fuertes, plenos de optimismo.

Frente al problema de la vida, piensa, pondera el universo en un afán incontenido de hallar el principio que ata, en un monismo consolador, todas las actividades del intelecto. "Su espíritu aferrado a la indestructible intuición de la síntesis, aspira al sistema... La acción del *pathos estético*, expresado en un pasaje de Kant, le suministra la base del sistema que nos ofrece. Para determinar su naturaleza y cómo se relaciona con las fuerzas del mundo, físicas y morales, el pensador mexicano atiende a su propia fuerza interior, y, retornándola al primitivo "yo soy", la compara a la esencia del mundo exterior".

Aquí, en Nueva York, me sentí tan orgulloso de encontrar alma tan noble e inteligencia tan bella, que a los compañeros de letras que se reunían en mi casa, les daba a leer los libros de Vasconcelos. Entonces era él un expatriado. Y en esos días sin sol, aquilaté las cualidades de su carácter, su hombría de bien.

En medio de las sombras que lo rodeaban, de las incertidumbres del porvenir, suficientes para desarrollar en su espíritu el pesimismo, Vasconcelos sentíase poseído, dominado por el

optimismo. A la manera de los grandes iluminados, como Beethoven, creaba en la sombra la luz, en el dolor, la alegría!

A medida que iban apareciendo sus libros yo era el primero, Federico García Godoy el segundo, en divulgarlos en las revistas hispanoamericanas. Porque todos esos libros ponen de relieve una poderosa inteligencia, genial a ratos, — como dice don Manuel Toussaint, — un gran espíritu que señala senderos preciosos a la mente.

Pocos intelectuales han tenido existencia tan agitada como la suya. Pocos también han sido tan afortunados en la realización de los propósitos por los cuales jugara la vida y sufriera persecuciones.

Son raros, en nuestras democracias parlantes, hombres del carácter del Presidente don Alvaro Obregón: capaces de llegar al poder y de rodearse de intelectuales como Vasconcelos, de apoyarlos de manera irrestricta, poniéndolos en condiciones de llevar a la práctica sus bellas teorías.

Sucede, — y esto es regla general, — que el liberal de la oposición, al ascender a la cima, se convierta en tráfugo por faltarle virtud para continuar en el poder haciendo sacrificios por el ideal. Les pasa lo que a los bebedores novicios: las primeras copas los embriagan, embriaguez que les destruye la voluntad hasta lanzarlos por el atajo de las pasiones airadas. Borrachos de poder, dejan de ser lo que fueron en teoría: la protesta, la reforma, la palabra austera, el ideal!... Como lebreles hambrientos, las pasiones se echan a la calle, conspiran contra todo. Despiertan los vicios; se encabrita la carne y, aquel hombre que fué ejemplo de virtud y de nobleza, resulta un traidor de sus propias ideas.

Vasconcelos es excepción honrosa de la regla. Ha hecho en el poder lo que prometiera como revolucionario, lo que defendió con la pluma y con la espada dentro y fuera del país mexicano.

Al frente de la Rectoría de la Universidad Nacional, de México, fué ejemplo; como Secretario de Educación Pública y Bellas Artes, estímulo de artistas y maestros. El es el alma del presente movimiento intelectual de México; no de renacimiento, como suele decirse, porque el término no cabe en este caso. Re-

nace lo que alguna vez tuvo vida: el paganismo en Italia después del gran paréntesis cristiano.

El es el alma, porque él es el primero en el trabajo y en la lucha; el primero en los afanes; el primero en llegar y el último en salir de la oficina, cuando las estrellas se encienden en el cielo.

Afanes, trabajos y luchas por la conquista del ideal!

A las siete de la noche suelo acompañarlo hasta su casa situada en Tacubaya. Durante el camino, platicamos. A veces se hacen prolongados silencios, mientras el automóvil corre por debajo de los árboles, a la orilla del solemne bosque de Chapultepec que, a la luz de las estrellas lejanas, parece meditar sobre los frágiles destinos humanos.

Ya en la casa salen a recibirle sus dos íntimos amores: María del Carmen y Pepito, los dos hijos, que se le cuelgan del cuello, lo besan y abrazan.

La cena de mi amigo es frugal. Vasconcelos vive lo que dice; come poco: una taza de te, dos galletas de soda y una fruta. Los muchachos y yo hacemos los honores a la mesa, damos al traste con el sabroso chocolate que humea en jícara preciosa de Guadalajara; con la mantquilla de Puebla color de margarita silvestre; con el pan tostadito de corazón de espuma, y la gloria multiplicada en apetitosos platillos que primero devoramos con los ojos y luego engullimos con deleite mientras él toma, sorbo a sorbo, la taza de te o el mate argentino que libra la mente de "diablasas malas".

Conversamos. De pronto él recuerda la obra tal, y habla de ladrillos, puertas, ventanas, arcos, o explica un nuevo modelo de casa-escuela. A la vez escribe: "Sin embargo, al hacer estas construcciones no hemos querido tomar en cuenta únicamente el premio del instante, sino la obra educativa en su aspecto fundamental, y por eso no seguimos el consejo fácil de algunas personas que recomendaban construcciones provisionales de madera o de materiales muy pobres para resolver prontamente el problema de locales. Las bases de una verdadera cultura no pueden hallarse en construcciones sin estilo, en palomares. Se ha preferido, en consecuencia, edificar sin derroche y sin lujo, pero en forma definitiva por la duración y la belleza. Y se ha puesto empeño en que el estilo arquitectónico responda a la vieja tradición colonial y no

al gusto corrompido prerrevolucionario, cuando todo se encomendaba a extranjeros por el solo hecho de serlo, sin reparar en que afeaban nuestras poblaciones. Debe seguirse construyendo en esta forma, porque tenemos la obligación de ir creando una cultura autóctona y esto requiere bases originales y firmes. Rechazamos la casa de madera porque no se adapta al ideal de expresión de nuestra raza, desposada desde antiguo con lo eterno, y así rechazaremos todo lo que sea inferior a la potencialidad étnica y estética del mexicano.

“Tanto urge construir escuelas, que si no fuera tan difícil romper con la rutina humana, ya hace tiempo que habríamos propuesto la supresión de todo el personal de la Secretaría, aun la clausura de las escuelas por dos años para aplicar todo el presupuesto a construcciones. Un ministerio reducido así a un grupo de ingenieros, entregaría a la Nación los cien mil edificios que necesita para comenzar la organización del ramo educacional. Pero ya que esto es difícil, procuremos, por lo menos, convencernos de que la obra más patriótica y más eficaz en materia educativa es *construir*; pero construir en el sentido de edificar, no como suele usarse la palabra cuando decimos que se reconstruye porque un funcionario cambia los planes que su antecesor dejó formulados también en papel. . . Para que la civilización se organice sobre bases fundamentales, es necesario construir de verdad, poniendo piedra sobre piedra. . .”

Estos son los tópicos preferidos de las conversaciones de Vasconcelos, por lo general. Toda su preocupación la constituyen los edificios que deben levantarse en México. El cree que ningún trabajo de la Secretaría es más urgente, ni más necesario que el trabajo de construir edificios escolares.

*
* *

A las nueve me retiro. El se encierra en su gabinete de estudio donde hay cuatro estantes cargados de libros, una mesa grande y una maquinilla “Corona”. En las paredes, lienzos del enorme pintor Diego Ribera, tan discutido y tan poco comprendido, como sucede siempre con los genios. — son las generaciones que les su-

ceden las encargadas de aquilatar su obras. — Y al lado de estas telas, las del famoso Roberto Montenegro, de exquisito gusto; y otras tantas de artistas de menor cuantía.

A las diez, ronca mi amigo, envuelto en tres frazadas propias para las estepas rusas; pero él detesta el frío, como todos los temperamentos excesivamente nerviosos. Le gusta el calor, porque le permite trabajar con mayor facilidad y con menos desgaste de fuerzas.

Duerme de ocho a nueve horas. Se levanta temprano y sale a la calle. Pasa revista a las fábricas de la Secretaría; aquí hace una observación de carácter económico; allá ordena derribar un muro; acullá se enoja con un empleado que hace mal las cosas.

A las ocho y media llega al Palacio y, desde esa hora hasta las siete de la noche, trabaja, incesantemente.

Lo que la Secretaría ha realizado en tres años es asombroso. si se piensa en la manera como se trabaja en nuestros países, con una lentitud que aburre y desespera.

El Palacio de la Secretaría se hizo en un año; la escuela "Belisario Domínguez" y los Pabellones de Ciencias Químicas, en igual tiempo. Otro plantel que ya estaría terminado si no hubiera estallado la revolución que encabeza Adolfo de la Huerta, es el que llevará el nombre de uno de los libertadores mexicanos: "José María Morelos", con amplias aulas, diáfanas, frescas como la conciencia del niño que ha de recibir allí el pan de la instrucción.

Sólo mediante grandes privaciones logra un funcionario público hacer el trabajo que rinde Vasconcelos. Y sacrificios hace quien como él es fuerte, entusiasta, joven, siente gusto por el teatro, por la tertulia; dispone de los recursos necesarios para satisfacer el cuerpo y el espíritu, y huye exprofeso de todas las tentaciones, huye de la carne, la enemiga de todo lo grande y sólo vive para la obra emprendida de reformar escuelas, sistemas, desbrozar montes, fundar instituciones y levantar en plano de dignidad al obrero, al maestro, al artista...

En lapso de tres años, Vasconcelos ha organizado la escuela primaria; ha fabricado edificios; ha creado el cuerpo de Profesores Honorarios; establecido los Desayunos Escolares para los niños pobres; organizado los Departamentos de Bellas Artes y Bibliotecas; instalado más de mil doscientas bibliotecas y publicado un

mapa de ellas en el Boletín de la Secretaría del mes de enero. Ha hecho en tan poco tiempo lo que no pudo hacer en treinta años de gobierno el presidente Díaz. A la vez, ha escrito miles de circulares, discursos, conferencias, artículos y dado un viaje a los países de la América del Sur que constituyó un éxito ruidoso para México.

Para hacer todo esto ¡cuántos sacrificios! ¡cuántas privaciones! ¡Sólo caracteres moldeados en el yunque de la dignidad son capaces de tanto!

Hombre férreo, de gran visión espiritual, noblemente inspirado, ofrece a quien lo estudia pacientemente en su vida y en sus obras, los caracteres de un varón de Plutarco.

Sus obras son tocadas de generoso optimismo, escritas con inspiración que nunca decae, continua, inacabable...

Ante los problemas del mundo asume la actitud de un moderno Quijote. Las injusticias, los despotismos, las miserias y los dolores de nuestros pueblos hispanoamericanos le interesan tanto como los de México. Ver a Venezuela redimida del criminal despotismo del monstruo de Juan Vicente Gómez, verla libre, feliz, como la quiso el Libertador, es uno de sus nobles sueños. Hacer la unión etnológica de los pueblos que hablan español, otro de sus sueños máximos; y terminar su trabajo de educador, su mejor aspiración nacionalista. Después, irse lejos a un rincón del mundo, seguramente de España, a leer y a estudiar para escribir el libro que tiene anunciado: *Estética Fundamental*.

MANUEL CESTERO.

Invierno de 1924.

NOTA. — En el mes de junio próximo pasado Vasconcelos renunció al cargo de Secretario de Educación Pública y Bellas Artes, de México. No se sintió dispuesto a transigir con el "callismo" triunfante; no quiso tampoco adherirse al movimiento revolucionario encabezado por don Adolfo de la Huerta, ex secretario de Hacienda. Fuese al Estado de Oaxaca y luchó y triunfó al presentar su candidatura como aspirante a la gobernación de esa importante entidad; pero a última hora... lo de siempre, resultó derrotado en el Senado. Vasconcelos fundó entonces la revista *La Antorcha* donde continúa laborando en pro de los mismos principios, de los mismos ideales que defendió como secretario de Educación Pública (M. C.).

ALREDEDOR DE "LOS NOVIOS" DE MANZONI

Significación cristiana de Lucía

LUCÍA es una pobre aldeana, ignorante y buena, instintivamente recta, simplista y dilemática.

Manzoni nos la pinta muy sobriamente; es agradable el físico, pero la belleza modesta: una de esas bellezas comunes, dotadas más de juventud que de verdadera hermosura. No es, por consiguiente, la protagonista maravillosa desde todo punto de vista. Manzoni no incurre en ese defecto tentador; no hace de su campesina una señorita delicada y sensiblera como Giulio del Cárcano de su Angiola María; es que no es un romántico en el sentido más común de la palabra; tenía demasiado buen sentido para ello: su obra está más cerca del naturalismo de Verga que del romanticismo de Víctor Hugo.

La misma sobriedad en lo que al espíritu se refiere. Manzoni es esencialmente sobrio y no ama detenerse en un personaje sin una razón plausible, y rechaza toda frase no necesaria para la comprensión del personaje estudiado.

El espíritu reacciona, frente a situaciones diversas, en modo diverso; estos estados anímicos no son igualmente interesantes y desde luego no son igualmente aprovechables.

He aquí un ejemplo. Una misma persona reacciona en distinta forma ante la noticia de la muerte de su padre y la del aprisionamiento del mismo. Después del primer momento de estupor doloroso en los dos casos, sigue en el segundo una actividad cuyo proceso interesa mayormente al psicólogo y es más aprovechable para el artista.

El artista no debe abusar de una situación psicológica, ni debe insistir cuando esta no es interesante. Manzoni más que na-

die lo sabía; de ahí que resulte a veces demasiado sobrio. Pero es evidente que de lo sobrio a lo obscuro hay mucho trecho y Lucía está, sino prolijamente, perfectamente estudiada.

Lucía posee un espíritu sencillo, propio de su estado y condición; desconoce toda sutileza de análisis, que hace de todo acontecimiento un problema.

El libro se inicia con la suspensión de la boda. Si Manzoni dedica unas cuantas líneas a la descripción de las cavilaciones y sufrimientos de Renzo, no nos dice nada de lo que pasara en el espíritu de Lucía. En realidad no tenía nada que decir; esa lucha entre el deber y la tentación no es propia de la persona enteramente segura de sí; pensar contra el pecado ya es aceptarlo en parte. Lucía recibe los requiebros de don Rodrigo como una desgracia inesperada y brutal y toda su actividad anímica se reduce a la búsqueda y elección de los medios defensivos.

Problema es el casamiento clandestino y el autor nos describe esa alma torturada por la duda, y en esta tortura conocemos la integridad espiritual de Lucía, simplista y dilemática, como queda dicho.

En esa noche fatal ni Renzo, ni don Rodrigo consiguen lo que tanto deseaban, pues ni el casamiento se realiza, ni D. Rodrigo logra raptar a Lucía.

A partir de esa noche el escenario se ensancha, toda la época entra en él y se inicia la parte más dramática de la obra, lo que los antiguos preceptistas llamarían el *nudo*.

Lucía, Agnese y Renzo se ven obligados a buscar refugio en tierras extrañas; oh, dulce y melancólico saludo a los montes que te vieron nacer, desdichada y pura Lucía!

Don Rodrigo movido no por el amor, pasión animada aún en sus ínfimas manifestaciones por el aliento divino, sino por la pasión que más repugna al cristiano: el orgullo—, solicita ayuda de otro "signorotto" poderosísimo: el Innominado.

El Innominado, he aquí el personaje fundamental de la obra.

No uso este término fundamental como sinónimo de principal. No, los personajes principales son Renzo y Lucía; pero el Innominado es, sin ser el protagonista, el que dirige todos los pasos, el que encierra en sí la finalidad de toda la obra. Es como la máquina de las epopeyas antiguas, pero una máquina que, a la

par que influye sobre los acontecimientos, está por éstos influida.

Desde la primera página del libro hasta la presentación del Innominado todo es persecución para Lucía y estas persecuciones siguen hasta la conversión del Innominado. Después de la conversión, todo, hasta las calamidades públicas, se vuelve en favor de Lucía.

Rercordemos. Se refugian Lucía y Agnese en el convento en donde domina la "Señora de Monza". Esta (desdichada víctima y victimaria como todos los humanos) está relacionada con un mal sujeto: Egidio, amigo del Innominado, a quien había acudido don Rodrigo para lograr su fin.

Los medios se adivinan fácilmente: cae Lucía en poder de los enviados del Innominado y la llevan al castillo de su señor.

Atraviesa éste una crisis espantosa. Ya en la vejez, y hastiado, siente resurgir en sí el terror hacia lo desconocido. Claro está que el Innominado no había pensado jamás en un sistema de vida, pero en su subconciencia se había forjado uno, que lo dirigió en su conducta. Había llegado pues, a un punto en que ese sistema subconciente se hacía conciente, porque ya no aceptaba la conducta inspirada en él. Todos conocemos la importancia que adquiere cualquier acontecimiento en esos momentos de transición, y la muchacha humilde, aterrorizada, que lo suplica en nombre de Dios y de la Virgen con una fe tan absoluta, no podía dejar de impresionar a un espíritu que precisamente se hallaba en la búsqueda de un nuevo sistema con que reemplazar al anterior.

¡Qué noche terrible para ambos! De un lado el culpable con sus pecados, que adquieren un nuevo valor, ya que los juzga con el temor de Dios; del otro lado la doncella (tienen las doncellas en la religión cristiana un papel preponderante) encerrada en una habitación, cuidada por una mujer de horrible catadura, temerosa, sospechando la finalidad del raptó. Si la gracia divina cae sobre los mortales merced al sufrimiento de éstos, nunca como en aquella noche debió descender en mayor cantidad.

Y en efecto cayó a manos llenas sobre el castillo infame. El milagro de la cristiandad se renovó. Una voz habló al corazón del maldito y a esa voz surgió puro cual corazón recién nacido.

Lucía sacrifica su amor a su honra: hace a la Virgen voto de castidad.

Y el espíritu estático hasta este momento, ya que sabía lo que quería y podía lo que quería, se vuelve dinámico en su tortura.

Manzoni ya no lo pinta a vuelo de pájaro. Únicamente el monótono paisaje invariable se puede pintar en esa forma, pero si el llano está con frecuencia interrumpido por cuchillas, y ríos, y montes, y valles hermosos, es menester detenerse y estudiarlo con atención a fin de formarse de él un concepto claro y justo.

Ama Lucía a Renzo y se prometió a la Virgen. Ya no quiere pensar en su novio y piensa, y cuando piensa en él surge el recuerdo del voto; estos sufrimientos son peores que los pasados.

¿Pero, por qué Manzoni lo puso como escollo a los deseos de los enamorados?

Este voto, a pesar de ser un detalle verosímil y encajar perfectamente dentro de la personalidad de la protagonista, no debe su vida a estos motivos, sino que es necesario para que la obra tenga la alta significación cristiana que siempre se le ha dado.

Renzo sana de la peste, Lucía también, podrían encontrarse y ser felices, tanto más cuando una rica comerciante milanesa, habiendo perdido a toda su familia por la epidemia, ofrece su ayuda generosa; pero mientras el novio busca afanoso a su prometida, ésta quiere arrancárselo de su alma sin conseguirlo; y, salvada, ya sólo ve ante sí una vida triste de triste doncellez.

Veamos los últimos episodios del libro: en el lazareto de Milán, en la sección destinada a los varones, Fray Cristóbal cuida a los enfermos y entre éstos don Rodrigo, envuelto en su capa alta, agoniza.

Llega Renzo en busca de Lucía, se introduce clandestinamente en el lazareto. No conoce el lugar; va al acaso, con el corazón que se le rompe en el pecho por el ansia y el temor de saber.

Encuentra al fraile, que, como sus enfermos, está dominado por el mal.

—Tú aquí — exclama viéndolo.

Le cuenta el joven sus desdichas. No sabe si Lucía vive o si ha muerto. El fraile tampoco puede decirle nada. Renzo se

exalta al pensar que la mujer amada pudo haber muerto lejos de él por culpa del señor y exclama: —¡ Oh, si lo encuentro! . . .

“Ardiresti tu di pretendere — contesta Fray Cristóbal — ch'io rubassi il tempo a questi afflitti, i quali aspettano ch'io parli loro del perdono di Dio, per ascoltare le tue voci di rabbia, i tuoi proponimenti di vendetta? T'ho ascoltato quando tu chiedevi consolazione e aiuto; ho lasciata la carità per la carità; ma ora tu hai la tua vendetta in cuore: che vuoi da me? Vattene. Ne ho visti morire qui degli offesi che perdonavano; degli ofensori che gemevano di non potersi umiliare davanti all'offeso, ho pianto con gli uni e con gli altri; ma con te che ho da fare?”

El Innominado se había convertido, pero la conversión no bastaba para que la dicha volviera a los novios, era menester que el menos resignado, el que más había odiado perdonara.

Fray Cristóbal le pide una oración para el agonizante, porque: “Forse la salvezza di quest'uomo e la tua dipende ora da te, da un sentimento di perdono, di compassione. . . d'amore!”

Y en efecto, de esta oración depende la dicha de Renzo, porque si Fray Cristóbal hubiera echado al joven de su lado a no mediar el perdón, mal habría desligado a Lucía del voto para entregarla a un hombre que guardaba en su pecho el deseo de venganza.

Los caminos de la providencia son tortuosos, pero seguros, desconocidos para los hombres en la mayoría de los casos; deben éstos, empero, tener fe en la alta disposición divina.

“Io non sono andata a cercare i guai: sono loro che son venuti a cercar me” — dice Lucía y no halla razón—; pero un anciano pecador gozaba de una vejez tranquila. La flecha maligna arrojada por D. Rodrigo había llegado a través de un corazón puro al corazón de un malvado y lo había convertido.

Quizás el mal no sirva sino para destruirse a sí mismo.

POESIAS

I

Poemas de trino y duelo

VEÍAS en el pájaro
sólo su vuelo esquivo,
cual trashumante rama de aquel árbol
en que él había aposentado el nido.
Yo no. Yo espiaba tan sólo, ya discípulo,
la mariposa clara de su canto.

II

Pájaro a bordo

HOY ha cantado,
repetida mar de trino,
un pájaro.
Las secas tablas
retoñaron
sobre el silencio activo de las aguas
y, momentáneamente,
se frotó, resbalando,
fértil tierra invisible sobre el barco.

III

Falso pájaro

FIRME en la copa de un árbol
trina con voz oxidada
sus melodías de siempre
un pájaro.

*Yo me asomo a la ventana
para solamente ver
un chico al muro arrimado
que enreda con viento el agua
en su laringe de barro.*

IV

El ciego y el pájaro

YO no te amo, luz del sol,
porque no cantas para mí
desde la sombra de mi ceguera,

*porque tus manos me acarician
como unas manos primorosas
que fuesen ciegas a su vez,
pero no cantan para mí.*

*Yo sólo amo, luz del sol,
al pajarillo que, al cantar,
hace nacer cada mañana
nueva alegría para mí.*

Poemas de flor y fruto

I

VIENTO del mar, acaríciame
como si fuese una rosa
substraída a tierra firme.

Como si fuese una hoja
del árbol del cielo, muerta
sobre tus aguas rizadas.

Como si fuese una nube
a quien la verdad interior
se le revelase piedra.

Ciégate de amor por mí
y dame, resucitada,
capacidad de vibrar
a tu libre insinuación.

II

Sensación, espina con que todo se define,
que nos das los relieves personales
de las cosas perennes, redúcete hasta el límite
de aquella eternidad que voy soñando.

III

Durmiendo junto a mí
tu voluntad se marcha,

*como una hoja desprendida
con sólo el sol por única nostalgia,
al recuerdo lejano de tu hogar.*

*Y al despertarte, blanca, en la mañana,
te restregas los ojos cual si entonces,
herida por la luz más vigilante,
de tu impensado sueño regresaras.*

IV

*Perfección, ven a mi alma
tardía; que todo en ella
siempre vaya al infinito
de su pensamiento interno;*

*sé para mí como el sol
que en cauces de luz ordena
todo el polvo desvelado
por la sonrisa del viento.*

V

*Siempre es igual el término
de la emoción. No basta
qucrerle otro confín. Siempre recae
en la orilla vedada
de su sueño,
en la vulgaridad más inmediata
—¡emoción mía: cielo mío:
forma interior de una visión extraña!*

PEDRO PERDOMO ACEDO.

Isla de Gran Canaria.

LA QUENA

(*Escena: el Calchaquí Catamarcano. — Epoca: últimos años de la conquista española. siglo XVII.*)

DURANTE más de un siglo, en la región catamarcana de Calchaquí, resonó el grito de pelea de los indios y el fragor de epopeya de la conquista castellana.

Desde la entrada de Diego de Roxas a Calchaquí, a mediados de la centuria diez y seis, pocos intervalos de escasos años pasan sin que se pueblen los aires con la resonancia del combate; y cuando este acalla, la ansiedad de guerrear por la liberación del suelo indígena se precipita al fondo del alma nativa, donde espera la oportunidad de salir con la acción bélica y derramarse por la tierra erizada de lanzas y de flechas.

Transcurre más de un siglo, y en Calchaquí no se apaga el estruendo del constante combatir. Por momentos se abate la resistencia nativa, pero basta un acto depresivo, como el de cortar la melena a dos o tres caciques, para que de nuevo el alzamiento se pronuncie con varia fortuna, corra la sangre y resuenen las armas. Y tan vigilante y ansiosa vive la raza autóctona por su libertad, que sigue a un héroe de bronce como Juan de Calchaquí tras los combates y la muerte, o a un embaucador y parlanchín despreciable como el andaluz Pedro Chamijo, apellidado también Bohorquez, o Titaquín Calchaquí, o Hualpa Inca, en fin que muchos nombres tuvo para llamarlo la credulidad indígena y la ambición enceguedora del Gobernador Alonso de Mercado y Villacorta, a quien sedujo el andaluz con promesas del oro oculto de los naturales.

Entregado y ejecutado el falso inca, los indios, que no quieren deponer su armado enojo, sueñan todavía con la reconquista de la tierra calchaquí y de su libre vida en las montañas.

. *
* *

Así corre el año 1659. La guerra encrespa de nuevo la tierra hirsuta. Mirad al cacique de los hualfines, uno de los más bravos combatientes, entre la serranía alta, compleja y variada de su valle santamariano (1).

Tiene la cara pensativa del color de la tierra que ama. Cuando sentado en el suelo que defiende apoya el rostro entre ambas manos y los codos en las rodillas, semeja una esfinge de la serranía que clavase su mirada oscura en el granito del monte, como punta de acero. O bien se yergue, y por encima de la tristeza con que contempla la caída de la raza, su orgullo de cacique se empenacha sobre su desgracia de hombre.

Pasa de los cincuenta años de su edad, pero es fortísimo y membrudo, como que fue amamantado en lo agrio de sus soledades, educado para la guerra y acostumbrado a trepar cimas, a cruzar hondos y misteriosos bajíos. Como en su naturaleza y en su destino, en su ser habita el misterio y arde con luz oscura en sus ojos. Apenas silba el viento sutil de la serranía en sus cabellos lacios y gruesos, y en su boca duerme el grito que en los combates, llevado por los ecos de la montaña y sus largas resonancias, choca en las laderas y hace temblar las carnes de pavor.

Su alma es indomable y abrupta como su serranía, y en ambas se alzan cumbres, se hunden abismos y sobresalen ásperas laderas.

*
* *

Al clavar el cacique su mirada en un momento de consternación en el sol, que ya iba a tramontar la sierra, se le presentó el joven guerrero que más estimaba en su tribu, por su fuerza, su intrepidez en los combates y su rabia inmensa contra el hijo de España. En otra ocasión no se hubiera atrevido a hablar al cacique, pero, desde que la desgracia visitaba sus tierras, se mostraba

(1) Hay otro Hualfin en la provincia de Catamarca, el del Departamento de Belén. Es el de Santa María el Hualfin famoso en la historia de Calchaquí. En Belén también existió una tribu de Hualfines.

este más accesible y sobre todo más amante de su vasallo predilecto.

Pachacutec — así se llamaba el joven — se dirigió al jefe de este modo:

—No te vengo a hablar como a jefe, ni para guerrear al odiado blanco. Han pasado algunos *huatas* (1 bis) en que yo sólo he vivido guerreando, por cuya causa he ganado tu aprecio y tu confianza. Cierto es que casi desdeño el trabajo que nos enseñó el hombre del *Tuhuantisuyu* (2) y que los maizales pocas veces han sido sembrados por mis manos. A mí me atraía más la guerra, o el vagar por los desfiladeros, o despeñar rocas desde las cumbres y asustar a los guanacos con mis gritos, que las labores de la paz en el *Collasuyu* (3). Yo creía que solamente para las empresas peligrosas había nacido...

—Pachacamac (4) te bendiga. ¿Qué quieres de mí?

—Me falta la voz para decirlo. Tiemblo en tu presencia como el guanaco elástico cuando le hago pasar silvando la flecha que casi le roza la oreja. Yo jamás he temido ni al abismo, ni a la fragosidad de la montaña, ni al *illapa* (5) que los blancos manejan y tienen listos en la mano para dar la muerte, ni a las fieras con las cuales me atrevo a luchar, ni a la muerte misma; pero ahora tiemblo y, muchas veces, cuando el *Inti* (6) baja en las montañas del *Contisuyu* (7) y se guarece en la noche en sus grutas de roca y de oro, me dejo morder el alma por la tristeza y — perdóname, valiente guerrero — lloro, llora este que tú amas por su valor y su fuerza en los combates...

—Pachacutec ¿qué te pasa? ¿Pueden dar paso al alma femenil tus fibras fortísimas? ¿O ha entrado algún mal extraño en tu cuerpo? ¿Qué tienes, hijo indómito de las tierras levantadas?

—¡Munani, Munani! (8).

(1 bis) Años.

(2) Imperio de los Incas, las cuatro partes del mundo.

(3) Por Calchaquí, es decir, la parte sur del Imperio incásico.

(4) El animador del universo, el sol.

(5) Rayo. Se refiere al arma de fuego.

(6) El sol.

(7) Occidente.

(8) Amo, amo.

El cacique arruga el entrecejo y le replica con energía:

—¡No son tiempos de amar los que corren sino de dar la muerte, Pachacutec, de ahogar entre los brazos a la Tierra blanca: ¡mata y no ames, hijo de la serranía!

—Sí, yo me avergüenzo, valeroso cacique; pero hay una fuerza más poderosa que la tuya y que la mía, más aguda a veces que la punta de nuestras flechas, más blanda otras que los algodona-les, (8 bis) y en ocasiones más dulce que la miel de lechiguanas! Le he rogado que me libre de ella a Mama Quilla (9) en la serenidad de la alta noche, cuando lava con su baño de blanca luz la frente adormecida de las cumbres; se lo he pedido al Inti de rodillas cuando tiende sus primeros flechazos, por la mañana, sobre los últimos filos del *cacá* (10) que se destacan nítidos en los cielos coloreados por el dios; y hasta he corrido lejos de estas tierras por cumbres fragosísimas, a fin de librarme de ese daño, con gran peligro de rodar al abismo, sin que el mal genio de la hondura me haya querido tragar; porque el mal vive dentro de mí y es mi vida misma; sólo la muerte me lo podrá curar. ¡Munani, ay, munani!...

—¿Y quién, quién...?

—¡Ay, perdóname, valeroso cacique; mátame si tú así lo dispones porque mi pecho está abierto para tu lanza y libre para el silbo mortal de tu flecha!

—Pero, ¿quién es ella?

—(Pachacutec se humilla y besa la tierra). Por la Madre Tierra que he besado, yo te juro que no soy culpable: amo a tu hija, a Chasca, ¡ay! más que a Mama Quilla! ¡Librame de este amor de un lanzazo, o dame a Chasca!

—Yo sólo pienso en guerrear contra el falso intip-churín (10 bis); haste capaz de vencerlo y yo te daré mando sobre la tribu, sobre miles de indios, y te entregaré a Chasca cuando obtengas la primera victoria. ¡Yo te digo con todo el ardor de mi alma obscura que Chasca será tuya, para siempre tuya, si vences al blanco! ¡Chasca y todas las mujeres de la tribu y de muchas

(8 bis) Los había en Calchaqui.

(9) La luna.

(10) El monte, la montaña.

(10 bis) Hijo del sol.

tribus serán tuyas! ¡Bienhaya tu amor, hijo de la tierra morena. esperanza del cacique, espíritu de libertad de la montaña!

—¡Venceré a cien mil blancos y libertaré tus tierras para siempre, y Chasca será mía, sólo y enteramente mía!

—¡Chasca, Chasca, ven, ven! — grita con júbilo el cacique.

Y a los pocos instantes llega Chasca. Puro es su tipo calchaquí. Cuenta apenas diez y ocho años de edad. Más alta que baja, delgada y fuerte, ejerce completo dominio sobre su cuerpo ágil y hermoso. Su cabellera renegrida y brillante cae en gruesas *cimbas* (11) sobre la espalda, y como está un tanto suelta hacia las sienas, le cubre a medias las orejas. En su despejada frente morena con sus besos quemantes se alegra el sol; y en sus ojos grandes y de negro brillo se enciende el misterio de la profunda noche serrana. En su pecho, en su talle, en su cadera, en su vientre, en su graciosa pierna, lleva el encanto de las colinas onduladas y de los faldeos del gran monte, así como su mirada contiene el alma que da vértigos del abismo, y dardeos del astro sobre la roca viva de los cerros. Su voz tiene rumor de aguas mansas en desliz por los lechos limpios de la sierra y acentos de las calandrias. La vez que entona el *hailli* (12), su voz se destaca entre las otras voces cual si dibujara en el ambiente la emoción del auditorio, así como la hermosura de su cuerpo y de su rostro supera a toda otra hermosura serrana, por su armonía y su firme serenidad: porque Chasca es armonía y fuerza de alma, inteligencia sutil y astuta de la tierra madre, poder dominatrix y voluntad: que ella nació para dominar por su belleza y para vencer por el imperio de su espíritu. Unela con la tierra que pisa y con la raíz de la estirpe un lazo oculto, como que en su organismo encarna todo lo esencial de la naturaleza de la serranía con su fenómeno humano: la alteza de la cumbre, la sugestión del abismo, el misterio de los fondos impenetrables a la vista y llenos de noche, la astucia y el valor que dormían en la arcilla calchaquí, de que se hizo su raza; y en fin ella tiene la gracia, el enigma, la inteligencia, el poder, la blandura y la firmeza de la montaña. Ella es su propia naturaleza y el espíritu que la anima, en forma de mujer realzadas por toda la armonía y el candor de la belleza autóctona.

(11) Trenzas.

(12) Canto guerrero de triunfo, lento y cálido.

En el instante en que llega, lleva sobre el cuerpo como único vestido, una a manera de suelta túnica de algodón, ceñida a la cintura con una faja roja de vicuña, y cae con gracia sobre sus hombros una mantita de lana de guanaco, cuyos flecos acarician el brazo desnudo. Al pie lleva ushuta de doblados cueros de venado.

No bien mira a los interlocutores, comprende que tratan de algún asunto grave, como la guerra, pero le extraña el llamado del cacique. ¿Cuándo le consultaron a ella en nada?

Pero el jefe le dice sin preámbulos:

—Chasca, (13) pronto pertenecerás a mi guerrero predilecto: a Pachacutec te he prometido.

—¿Tú lo ordenas, tayta? (13 bis) contesta engestando apenas el entrecejo.

—¡Yo lo mando!

Chasca piensa un momento. Se nota que la contraría la determinación del cacique, como que busca en su alma un pensamiento libertador; y, de pronto, dice:

—Todos rendimos obediencia a tu voluntad. Tú mandas pero permíteme que yo imponga condiciones.

Piensa el cacique que Chasca va exigir la victoria sobre el blanco, y responde gozoso.

—Dí tus condiciones, que están concedidas.

—Exijo que Pachacutec vaya a la más alta cumbre de estas montañas, corra como el guanaco, cace al *cuntur* (14) con sus flechas, salte como el venado y venza al león con su lanza.

El cacique experimenta honda sorpresa, así como Pachacutec inmenso júbilo; y repuesto, el primero pregunta:

—¿Qué dices, joven guerrero?

Tembloroso y ansioso estuvo Pachacutec ante Chasca, y ahora, jubiloso porque se sabe capaz de todo lo que Chasca impone, grita con fuerza:

—¡Sí, sí, sí!

—Dentro de ocho días habrás vuelto. Yo prepararé los planes para lo que te he dicho — indica el cacique.

(13) Chasca significa lucero en lengua indígena.

(13 bis) Padre.

(14) Cóndor.

(Chasca piensa que son planes para la unión con ella, pero el guerrero sabe que lo son para vencer al blanco). Y el joven repite su grito:

—¡Sí, sí! El fuego indicará mi andanza en la más alta cumbre.

No espera un segundo, y váse corriendo por lo áspero de la sierra. Ya lejos, desde el primer filo del monte, grita todavía:

—¡Sí, sí, ahú, ahú — y se pierde en la montaña.

Entretanto el cacique, que también es astuto, ha clavado en Chasca, que baja los ojos, una escrutadora mirada. ¿Qué pretende Chasca? Y el cacique mira, mira, larga, hondamente, en el alma cerrada de la india.

¿Cuál es el misterio cuya sola existencia el cacique ha sorprendido, y que le agradaría esclarecer?...

Pachacutec, joven, apasionado, fortísimo e ingénuo, corre, vuela hacia las cumbres...

*
* * *

Ese mismo día, no bien cierra la noche, llega hasta el rancho de pared de quincha y techo de paja del cacique, queda y sentida, una dulcísima melodía de quena de las montañas. Es melancólica esa música y en sus notas, en ciertos pasajes, hay algo del apremio del que llama con ansia.

Pena de amar, sigilo, llamado y súplica, dice la quena muriente en la montaña...

Chasca, envuelta en la sombra nocturnal, desciende con cuidado un bajío y se pierde de vista. Es ella, entre la noche, una sombra que ama y que busca otra sombra amante. Sigue el ritmo de la quena. Cuando la música suena impaciente, Chasca apura su paso, anda con suma seguridad entre las piedras, como si las recordase una por una, y apenas produce un leve ruido la *ushuta* en el áspero sendero; pero cuando la música desmaya y se amengua el son, Chasca, toda suspensa acorta el paso, pisa con sumo cuidado y apaga el rumor de su andar.

Dijérase que la música le dice: —ven pronto, el camino está despejado; te espero ansioso—; y cuando languidece, es como

si le dijera al oído: —ten cuidado, cruza un bulto la senda, talvez tu padre te vigila...

Lo cierto es que a la orilla de un límpido arroyuelo, dos sombras se juntan, se unen estrechamente, y un chasquido de besos altera el rumor del hilo de agua cristalina que, rodando, rodando, cuenta lejos de allí, a la mañana siguiente, dulces narraciones de idilios a la blanca flor silvestre cuya corola, inclinada, se sonroja de oír a la onda transparente y mínima... Chasca y Huala cultivan intensos amores en la soledad de la campiña.

Huala es *aravec* (15) y tañe la quena.

Los incas, conquistadores y civilizadores de Calchaqui, enseñaron a los indios de la región a adorar al sol, a la luna y al lucero, a cultivar la tierra, a tejer lana de sus ganados numerosos, a hablar el quichua, a tañer la quena y a componer estrofas en aquel sonoro idioma. Y como Huala, indio joven, no naciera con la constitución de los guerreros y la intrepidez de su alma heroica, y fuera además poeta, sólo compone *haillics* con que celebra las victorias de los hijos de la montaña, y compone además dulces cantares con que únicamente puede expresar bien su amor, o el esplendor abolido y lejano de los incas, o las tristezas de la raza, o sus melancolías de hombre. Huala sueña, ama, sufre y fantasea, y tiene el alma enferma del divino mal de poesía. Pero Chasca ilumina su pena porque en la vida de Huala es el lucero.

Huala le dice a su Chasca al oído:

—Si tú no hubieses llegado tan presto yo habria muerto. La Quilla, que pronto va a aparecer sobre el filo del monte, a falta de tu mirar, iba a alumbrar mis restos y a denunciar mi desgracia a la tribu entristecida. Pero tú has venido, me has salvado, y la vida se multiplica y se alegra en mi cuerpo. Como cuando en la soledad del monte silba el viento entre las pajas y viene al oído un rumor de un fresco arroyo, es de alegre y renovadora tu voz en mi alma. Y cuando aparece tu figura a mi vista, es para mi como si la estrella que lleva tu nombre se levantase entre las nieblas de mis vagos pesares, dispándolos, en mi espíritu. Otras veces, lejos de tí, en mis andanzas solitarias entre los ce-

(15) Poeta.

rrros, te recuerdo, y ese recuerdo es como el sueño suave y feliz que despierta en la mente dormida con sus hilos de luz, la Quilla, que guarda a los que se entregan al sueño y les extravía la razón dulcemente.

—Tu voz es dulce como la música de la quena que tañes, y solo tú, entre todos los hombres, sabe decir las hermosas palabras con que me embriagas. Huala, Huala, yo te amo.

—Hoy he sufrido mucho, pero tu amor me resarce de mis penas. ¿Por qué fué Pachacutec, el fuerte, a tu vivienda, y por qué emprendió delirante como un loco el camino de la cumbre?

—Mi padre me ha prometido a él; no sabe que solo a ti te amo.

—¡Ay, de mí, Chasca, Chasca!

—Pero tiene que vencer al león y salvar los abismos, correr como el guanaco y saltar como el venado.

—¡Ay de mí! Pachacutec es ágil, flexible, veloz, intrépido y fuerte como el arco, la lanza y la flecha, y el más animoso de los hombres. Pachacamac (16) nada le ha negado.

—Pero no temas; yo soy tuya. Si salva el abismo y vence al león, nada podrá contra mi amor por tí, mi astucia y mi odio.

—El cacique es poderoso; tú no lo resistirás.

—Lo veremos, lo veremos, Huala. Yo te juro por el Iní que nadie podrá nada contra mi amor. ¡Primero seré muerta, o morirá Pachacutec, antes de que caiga en sus brazos!

Tal es el juramento de Chasca, la india fuerte, dominadora y hermosa.

Como fuera anunciada la luna por un blanco resplandor en el filo del monte, fuese Huala, lamentable como un fantasma de la raza de bronce y ensombrecido como su suerte.

Aunque casi a diario se repitieron las citas, la tristeza de Huala se condensaba y pesaba más en su alma. La quena del poeta callo todo son alegre, y sólo dió a los aires tristes acentos.

A la quinta noche, una fogata alumbró la cumbre altísima y enrojeció los cielos. Era Pachacutec, sin duda, que talvez anunciaba su victoria sobre el león y el abismo. Y el viejo cacique rugió su ansia de venganza bajo el cielo enrojecido.

(16) El animador del universo.



Como Pachacutec debía volver antes del octavo día, y el cacique viera con regocijo la cumbre incendiada, lo esperó todo vestido de gala y dispuesto a dar al joven guerrero honra y mando; y hasta anunciaría a los indios la próxima unión de Chasca con el héroe, pues no dudaba de que Pachacamac había oído su oración de venganza, así como que era llegada la hora de la redención.

Vestía una túnica talar de lana de guanaco hasta medio muslo, ceñida a la cintura con ancha faja terminada en fleco, de hilo de vicuña primorosamente tejido. Cubrían sus antebrazos láminas de bronce y cobre, y ajustaban sus biceps brazaletes de bronce con varonil donaire. Calzaba la cabeza corona con orbe de plata y oro, donde se ajustaban plumas del pájaro venerado, el *cuntur* sombrío y solemne de las cimas.

El sol declinante lo inundó con su fúlgida sangre, y en el metal resplandeciente pedía sangre el Inti sorprendido por la audacia hispana.

A los concurrentes se distribuyó *chicha* y *aloja* (17), y Huala debía de cantar haillies en honor del futuro libertador de la bronceína estirpe.

Un vaho de sangrienta esperanza enrojecido por el sol declinante emanaba de la tierra, y las almas morenas caldébense en rescoldos de pasión, y al destilar sangre, hacían flotar a ras de suelo sordos y pesados rumores con que clamaban por esa justicia tosca y primitiva que sólo se satisface con la muerte y la devastación. Poco a poco llegaron a la bárbara escena gran número de indios, como si brotasen de las grietas del monte al conjuro de la tierra ultrajada.

Las puntas de las lanzas y de las flechas punzaban el corazón del éter y desangraban los espacios teñidos de rojo por el sol expirante.

(17) Bebidas fermentadas de maíz y algarroba, respectivamente.

Las lanzas, las flechas, las agudas rocas, las aguas antes incoloras y puras, las crestas de la montaña y las almas. fueron tintas en sangre del dios, en tanto que bajo los arcos negros y fruncidos de las cejas flameaba en los ojos duros la renegrida y brilladora rabia de los indios.

El héroe no se hizo esperar. Llegaba de la lejana cima consagrada por la fuerza, la destreza y la intrepidez, por la cumbre y el abismo. Lejos estuvo de presumir siquiera, en su cándida y bravia simplicidad, recepción como la que contemplaba. Apenas si había pensado en otra cosa que en una mirada de amor de Chasca y en el cumplimiento de la palabra de acero del cacique jamás desmentida. Mucho más que un recibimiento tumultuoso del pueblo anhelaba un momento de retiro con Chasca, como que eran para ella sola las ofrendas que traía en testimonio de amor, de fuerza, de velocidad y de coraje.

Traía sujetos un guanaco y un venado para dejarlos después en libertad a la vista de Chasca y darles alcance en lo áspero de las hostiles cuchillas. Sobre ellos conducía dos pieles de cóndor y cuatro garras delanteras de león, para probar que contra dos fieras había peleado y vencido.

Así, pues, en pos del capricho de Chasca se había atrevido contra animales venerados como el león y especialmente el cun-tur, de modo que su valor resaltaba y esplendía por haber afrontado las iras de los dioses; pero el indio ladino en su simplicidad, amansó una serpiente que traía viva enroscada a la cintura, con lo que evitaba en su entender cualquiera influencia maléfica de lo misterioso, pues *amaru* (18) era también sagrada.

Requemado estaba su cuerpo por los soles que lo dardearon en las cimas; rayados en rojo por las espinas de los arbustos bravios, su pecho y su espalda desnudos; desgreñada por aires violentos su cabellera negra y fortísima; rasgado su escaso vestido cadente de la cintura hasta cerca de la rodilla; manchada su piel por la sangre de las fieras vencidas; y, para mayor realce de la virilidad extrema de su figura, *amaru* protegía su cuerpo en riesgo heroico y esparcía en su derredor admiración y espanto... Porque era *amaru* como el anillo de fuerte misterio que

(18) Serpiente.

protege la audacia sin límites en el trance de salvación imposible si no es por la potencia no comprendida que el acto riesgoso hasta la temeridad, del héroe, conjura en el núcleo de las cosas apenas presentidas...

Su figura entre los animales salvajes por él conducidos tomaba significación de fuerza de la naturaleza, a la vez simple y potentísima, moldeada por el Llastay (19) de los cerros. Parecía brotado de lo agrio de las crestas rocosas y hecho su cuerpo estrenuo para salvar las dificultades de las quebradas tierras.

Al aproximarse resonó un clamor de guerra en todo el campo, como si el suelo levantase su voz para llenar con ella todo el ámbito abierto de la tarde y toda la montaña, que a lo lejos enviaba el grito de liberación y de desahogo de la naturaleza oprimida, con largas prolongaciones de los ecos y retumbos roncós que rebotaban en las cuchillas, saltaban a los abismos y se levantaban a las cimas, hasta abatir como un vuelo su elástica gimnasia en los tendidos pajonales.

Cuando llegó al lado del cacique ataviado como en las grandes fiestas, calmose el rumor tremendo de la multitud, y Huala, por orden del jefe, entonó un *hailli* poderoso coreado por la tribu exaltada. Pero ese *hailli* no era solamente un himno de combate, pues tenía algo del bramido de la fiera celosa y mucho de las pasiones trágicas que hieren de muerte el corazón. Porque Huala plañía el amor que sospechaba avasallado por la hazaña de Pachacutec, así como también plañía por la tierra humillada por el blanco, y rugía con el despecho del varón; y por todo ello, pedía en la música de confusa manera, entre llanto y rugido, guerra, sangre y muerte.

En lo salvaje y áspero de la naturaleza, ese *hailli* era una canción fatal de la montaña que recibiera el riego de sangre de sus propios hijos y la huella profanadora del blanco en las soleadas invioladas hasta entonces, donde solo se ejercía el dominio del *cuntur*, de los soles catamarqueños y de los caciques ahora oscurecidos.

Pachacutec buscó con la mirada a Chasca, y fué grata su

(19) El dios, padre del cerro.

sorpresa cuando la vió próxima a su padre, engalanada ella también y puesto al cuello el collar de piedrecillas regulares de colores, perforadas por el centro, como indicio de que en paciente labor había pasado los días de ausencia del guerrero. Pero él, que le hubiese quizás dicho su ternura en el silencio del solitario retiro, no supo comunicarle su amor entre la algazara de la fiesta.

En jarras y ollitas de barro se ofreció aloja y chicha; y en cantos bárbaros, juramentos y embriaguez, pasó aquella noche la tribu excitada por el alcohol, la fiebre de venganza y los cálidos amores.

Al fuego de rimeros de pajas y arbustos encendidos tomaban cádeno resplandor los rostros oscuros, y a la distancia, hubiérase creído en un campamento de genios de la noche, o en un despertamiento de manes gloriosos que reclamasen de los vivos la liberación de la montaña opresa.

Pachacutec y Chasca, no obstante, rechazaron las bebidas, absortos el uno en su amor y la otra en largas meditaciones.

Huala dejaba perder la voz quejumbrosa de sus cantos trágicos en el tumulto de la orgía...

*
* *

Por el citado año de 1659, pocas eran las tribus que no habían rendido vasallaje en Calchaquí al gobernador del Tucumán antiguo, Don Alonso de Mercado y Villacorta. Persistían en su alzamiento, entre otros además de los hualfines, los yocahuiles y los anguinahaos, y muy especialmente los famosos quilmes, a pesar de haber comenzado a aplicar el hispano el castigo más cruel y entristeecedor para el indio, la expatriación, pues su cariño a la tierra nativa es legendaria. Con honda pena hubieron de abandonar su residencia los de Hualfin, Abaucán y Sungín.

Los tolombones y pacciocas, vencidos y temerosos del terrible castigo, aceptaron alianza con los españoles; y hasta consintieron en atacar a los quilmes, yocahuiles y anguinahaos.

Auxiliados con los propios hijos de la tierra los españoles arremeten con saña ya secular. dominan en el llano y se lanzan a la montaña, trepan sus asperezas y llevan su audacia hasta la

región de las cumbres, donde no solo los combate la lanza, la bola arrojadiza y la flecha, sino hasta la galga descujada de su asiento de las alturas, desde las que se precipita a los bajios con ceguedad bravía de fuerza desatada de la naturaleza, en una terrible y clamorosa lapidación del monte.

Pero como también la resistencia es heroica, la invasión no termina su tarea de vencer, a pesar de que van transcurridos cuatro meses de agrios y cotidianos encuentros.

Hanse cansado los soldados de la lucha continua. Aquello no es una guerra, sino una lapidación de todos los momentos, un constante silbar de flechas, una repetición de emboscadas, una dispersión por senderos ocultos y un pelear inacabable como pertinaz martilleo de la muerte sobre la vida. Rarísimo es el día en que repetidamente no se lucha. Y como la muerte anda emboscada en todos los senderos, ya no le parece al español que pelea sólo contra los guerreros vivos, sino también contra los fantasmas de la tierra vencida.

Los soldados y gran parte de la oficialidad murmuran y quieren abandonar un escenario donde hasta las piedras están alzadas contra ellos, así como le son hostiles la ladera, el abismo y el secreto del monte.

Desespera el Gobernador porque la mayoría de las tropas se resiste a continuar una lucha tan áspera y en todo momento presente como el suelo que pisan, cuando le llegan órdenes del Virrey de ir a Buenos Aires a hacerse cargo del gobierno. Ello es un nuevo motivo para emprender la retirada, como se emprende en efecto. Y el ejército lleva su última batalla contra los hualfines, los de la tribu en que Pachacutec es esperanza y gloria.

¡Le llegaba la ocasión al héroe de ser dueño de su Chasca y de redimir su tierra!

*
* * *

Pero Chasca era un misterio en su vida profunda. Constantemente hundía la mirada renegrida y brillante en la tierra morena.

Más de una vez, durante la ausencia del joven héroe, el

cacique la miró de soslayo, queriendo saber qué ideas bullían en lo arcano de su conciencia; pero nada temió por sus proyectos al ver a Chasca ensartar las piedrecillas de su collar, como indicio de la constancia en el recuerdo. Y por eso mismo, Huala estaba cada vez más sombrío y triste.

Otra señal para el cacique, del amor de Chasca para Pachacutec, consistía en el repentino afán de la india de aprender a lanzar la flecha con invariable seguridad. ¡No podía dejar de ser certera en su manejo la esposa de un héroe que concentraba tantas esperanzas como Pachacutec! Y Chasca, a la vista admirada del cacique, cortó más de una vez, a flechazos, la flor de los cardones. Todos los días subía a la ladera con un haz de flechas y con gracia trágica las lanzaba con precisión asombrosa al elegido blanco. Y cuando más precisa era su puntería, más brillaba la mirada chispeante de la beldad indígena, y con más ahinco, después, sentada sobre una peña, hundía su mirada renegrida en el suelo, como para enterrar en él las intenciones que relampagueaban de repente en sus ojos. ¡Huala creía comprenderlas y gemía de dolor! ¿Qué fueron de los juramentos de la hembra bella y dominadora? ¿Hembra al fin, le bastó la presencia del héroe, su fuerza, su valor y la consagración de la tribu, para rendir su voluntad al victorioso y olvidar al poeta de la quena y de los dulces idilios? Y en verdad ¿qué era su melancolía armoniosa, ante la varonil fiereza de un dominador?

A la tarde siguiente a la llegada del héroe, ella fué como de costumbre a realizar su ejercicio de las flechas a la escarpada ladera. Huala se deslizó detrás de ella con sigilo, pues en su desesperación y en sus celos, vigilaba a la mujer tornadiza en todos sus actos, en todos sus movimientos, para descubrir su vida interna, de tal suerte, que el amante desgraciado creía ya leer uno por uno los pensamientos de la mujer astuta, hermosísima y fatal.

Siguióla también Pachacutec, no con disimulo, pues nada sospechaba en ella, sino con brío y empuje que en un instante lo pusieron junto a la amada. Y ella le habló así:

—Pachacutec, yo he querido ser en algo digna de un guerrero como tú, y he aprendido, por lo menos, a lanzar con precisión la flecha.

—Tú eres más que todos los guerreros, Chasca, más que toda tu tribu y más que todos los indios. Mama Quilla te bendiga.

Chasca estiró la cuerda de su arco, apuntó a un cardón florecido y bajó la flor más alta del cactus. Pachacutec corrió por ella y se la trajo. La flor, de gran corola, nivea y alegre, parecía aún más blanca entre los amantes morenos. Ella después de tenerla en sus manos la arrojó con ímpetu contra la roca, con asombro de Pachacutec, al propio tiempo que brillaban sus renegridos ojos. Pero Pachacutec, acortado en presencia de la mujer querida, no se atrevió siquiera a interrogarla. Fué ella la que habló:

—Tú eres ágil y veloz como el guanaco y más fuerte que el león.

—Pero tú eres suave y dulce como el *tio-simi* (20).

—¿Llegarías en un instante, en el tiempo en que yo preparo el arco, junto a aquel *achumo* (21) de erguido brazo, y si yo lo clavase con la flecha, tú la recogerías para traérmela?

Como se destacara más o menos a ochenta metros de distancia el brazo del achumo, no en mayor tiempo en el que ella tomaba posición firme y apuntaba, estuvo allá Pachacutec, al lado del *cactus*, frente a Chasca, en espera del tiro certero de la india. Ella tomó firme asiento con los pies en la montaña, puso en toda la posible tensión el arco y la cuerda, apuntó lentamente, y la flecha, cortando el aire, que gimió, partió precisa y veloz, y salvó casi instantáneamente el corto espacio. Entonces se vió a Pachacutec levantar los brazos y caer mudo y lentamente sobre el suelo pedregoso.

Huala, que muy cerca, escondido, contemplaba la escena, se aproximó en dos saltos y dijo a la india, bella entonces como nunca lo fuera, chispeante la mirada y altanera la frente que cubría la inmensidad de las pasiones:

—¿Qué has hecho, Chasca, Chasca?

—Huala, oh, medroso Huala, he cumplido mi juramento. Yo solo a tí te amo porque eres suave como la voz de tu quena y

(20) "Miel de palo", de abejas.

(21) Una variedad de cactus.

tímido como el teque (21, bis). ¡No pienses más en Pachacutec; *tuta* (22) lo cubre ahora!

—¡Chasca, huye, huyamos, que no te vean los ojos de *Pe-carí* (23) entre la tribu; serás muerta!

Huala corrió a donde Pachacutec había caído, y vió que estaba muerto. La flecha certera de Chasca le traspasó el corazón.

Chasca no derribaría más por el suelo las flores blancas de los *cactus*. Su golpe certero, pacientemente preparado para el caso en que volviese Pachacutec vencedor de las fieras, del abismo y hasta de la ira de los dioses, había tronchado la flor de las flores de la naturaleza y de la tribu; mas no blanca, como la de los *cactus*: había humillado para siempre la roja flor del corazón del héroe. Chasca había hundido en la noche sin aurora la esperanza de la tribu y desvanecido a punto de flecha el vengativo sueño que el cacique concibiera bajo la tarde roja. El juró, cuando el espacio se desengraba, la liberación de su tierra y de su raza, ¿pero sabía acaso cuánta pasión bullía en la arcilla sangrienta del monte con que se hizo la entraña de Chasca? ¿No juró también ella que entre su amor y los brazos del héroe se interpondría la muerte? ¿Y no crecía su odio por el héroe fuerte a medida que su amor de mujer también fuerte aumentaba por el tímido Huala, el de la dulce quena? ¿Y quién puede presumir hasta donde llega el ánimo de la mujer, si nace vigoroso? Así como es de profundo el llanto de la hembra débil, sumisa y desgraciada ¿no son de hondos su perfidia, su astucia, su egoísmo y su valor, si nace inteligente, hermosa é intrépida? ¿La propia limitación de las posibilidades físicas, en tal caso, no le dá una infinita audacia espiritual que supera en mucho a la del varón más decidido?

La rabia del varón lanzó el juramento de venganza bajo los cielos rojos, pero la mujer universal, fatal y hermosa, Helena bárbara, dominó sobre la áspera naturaleza, sobre la tribu entera, y marcó un compás en el destino ineluctable de los indios.

(21, bis) Cachorro del guanaco.

(22) La noche.

(23) La aurora.



En vano un espectáculo temeroso de consejo de guerra presidido por el cacique se desplegó ante el ánimo valeroso de Chasca, esa misma noche: Chasca no temía ni desviaba la responsabilidad de su persona. ¡Ella había muerto a Pachacutec! Para lo demás fué muda y profunda: el abismo habitaba en su alma.

Por otra parte ¿podría esperarse clemencia del cacique, cuya única esperanza había sido extinguida por la mujer artera? Si fué solo la fatalidad de la raza la que tumbó a Pachacutec, ¿no sería el cacique ciego como esa fatalidad para vengar la muerte del guerrero? Y, por el contrario, si Chasca descubría su intención criminal ¿qué ternura de padre, qué lagrima de mujer fuera capaz de desviar de aquella el castigo precipitado en su cabeza como el rayo?

Invariable y hondo como el rencor vengativo del cacique era el silencio de la mujer bárbara. Por una y otra parte no hubo la menor vacilación. Si él parecía jurar en su mirada fosforescente: “¡Yo seré inexorable, pampayruna!” (24), ella le contestaba con su aire resuelto y su gesto firmísimo: “¡Yo desprecio tu rabia y me enfrento con firmeza a la muerte. Atemorízame, si puedes!”

El hecho es que conforme el día iluminó la montaña manchada de sangre, Chasca, desnuda, fué traspasada iteradamente por la lanza calchaquí. No fué su belleza esplendorosa suficiente a trocar en piedad la rabia de los indios; por el contrario, irritó más aún la venganza, levantó un clamor inmenso en la muchedumbre oscura cuando apareció en la montaña con desnudez resplandeciente de astro, y atrajo a sí con mayor furia la lanza que esgrimida por viriles manos, entró sensual y fatal en la entraña heroica y abismática.

Luego innumerables flechas se clavaron en su carne bellísima, y por último, arrastrada a las alturas del monte, los cóndores hundieron su pico en la desangrada hermosura de Chasca; después voznaron con ronco y entrecortado acento; alzáronse

(24) Prostituta.

apenas, tras de mucho correr por las asperezas, auxiliados por el batir de sus enormes alas, y ya en el aire, dueños del espacio, se perdieron de vista en los ponientes purpurinos.

No le llegaron solas esas desgracias a la tribu.

Los españoles trepaban el monte en persecución de los infortunados hualfines y el cacique dió orden de subir a la región de las cumbres, como lo hicieron, siempre en guerra.

Las crestas más altas, por la noche, se orlaron de llamas encendidas en el campamento apenado de los bárbaros, como si la montaña echara de sí el fuego secular que ardía en su frente calenturienta. Pero el español tozudo ascendía la altura reduciendo cada vez más el espacio de la contienda. Los muertos colgaban de las rocas en punta, las lanzas asomaban por detrás de las peñas y toda la aspereza superior del monte era un erizamiento de armas, de rabia y de exterminio.

Y cuando faltó el espacio y se debía librar el último combate, los jefes autóctonos, deprimidos por el contrario destino, por la derrota y la desgracia, vacilaron; y en el postrer respiro de la lucha sostenida durante más de una centuria, desfallecieron, tristes y malditos.

Entonces el cacique de los hualfines, trepado en el último peñón de la tierra mezquina que negaba espacio a la resistencia, se maldijo a sí mismo, maldijo a su propia raza y su amarga suerte, maldijo al blanco y a los jefes cobrizos, y pronunció las últimas palabras de su vida dolorosa y heroica:

—“Los mismos hijos de la tierra guían al blanco hasta las crestas invioladas: ¡malditos sean, por cobardes y traidores! La hija de mi sangre mata al guerrero sin par, nuestra última esperanza: ¡maldita sea mi sangre! Los jefes ceden el terreno amado a los falsos hijos del sol: ¡malditos sean! Los blancos se apoderan de las tierras erguidas sobre el mundo y someten a su ley de sangre la vida libre de los indios: ¡malditos sean! Los aires que, huracanados, no los aventan sobre el abismo; los cielos que sobre ellos no desprenden rayos y exterminio; las tierras que no se abren para tragarlos con sus fauces de llama, y dan sustento a sus plantas profanadoras; nuestra sangre deprimida: ¡todo sea mil veces maldito!”

¡Y desde la peña levantada sobre las otras peñas, como en

una demoníaca epilepsia, el cacique de los hualfines lanzóse al abismo, rugiendo aún en los aires!

Como en la montaña la cuchilla sola, sin el amparo de otras cumbres, escueta y bravía, rozada constantemente por la furia de los vientos, fué, entre las tribus de indios, el alma del cacique, áspera, erguida y única!

*
* *

Cuando el gobernador de Tucumán, Don Alonso de Mercado y Villacorta, regresó, pasados varios años, en ejercicio de su segundo gobierno, a las tierras del Calchaquí Catamarcano, solamente el viento despertaba en la montaña ecos dormidos de la vida indígena.

Un indio, sin embargo, vagaba libre en el campamento de los españoles, y por donde le placía. Creíanle idiotizado por las adversidades de su raza y de su vida, y le llamaban el "indio triste".

En lo profundo de las noches sonaba a veces su quena con acento elegiaco, y otras veces, sobre la montaña, al aparecer el lucero, tendiale los brazos llamándolo así: *Chasca, Chasca...*

Su grito hendía por un momento los aires y repercutía en los ecos para extinguirse al fin en el silencio.

Y un día se fué, en la misma región santamariana, a la tierra de los quilmes, en el valle Yocahuil, donde recuperó su vida de indio libre.

El *Indio Triste* jamás tomó una lanza ni una flecha entre los quilmes, ni instrumento de trabajo alguno; pero lo admitían ellos de buen grado en la tribu porque tocaba la quena y cantaba con melancólica voz las desventuras de la raza.

Cuando llegaron a Yocahuil las armas victoriosas de Mercado y Villacorta, vencidos ya de antemano los indios, se entregaron también los quilmes, y fueron dispersos sobre la faz de la República, como lo cuenta la historia. De numerosas tribus fué despoblada la montaña nativa, y repartidas por Salta, Esteco, Rioja, Santiago, Córdoba y Jujuy. A Buenos Aires a fundar un nuevo pueblo, condujeron doscientas familias de quilmes que

se establecieron donde se asienta la ciudad que lleva su nombre.

Y a Quilmes fué también Huala, el *indio triste*.

Durante la marcha, cantaba continuamente la despedida de las tierras amadas, de este modo, pero en su idioma quichua:

Triste, de las dulces tierras
de los *yuchanes* en flor,
ay de mí
yo me voy
triste, de las dulces tierras.

Muy lejos, junto a la mar,
me lleva el hijo del sol
a las doradas campiñas;
mas, las tierras de mi amor,
son lejanas de la mar...

Dejaré los chañarales,
el algarrobo, el mistol
y las margaritas que abren
su blancor
en los crespos chañarales...

No son esas rubias tierras
las de mi predilección,
sino estas tierras morenas
del cerro; las que amo yo
no son esas rubias tierras...

Los zorzales, las calandrias,
el inquieto *pica-flor*,
las tunas de mis tunales
han sido siempre mi amor,
los zorzales, las calandrias...

¡Adiós! me voy a las playas
rubias, lejos de este sol:
mi alma será un recuerdo;
y yo,
indio que llevará sombras
en el mismo corazón,
y tristezas
en la voz,
porque parte hacia las playas
rubias, lejos de este sol...

En Quilmes, Huala compuso otros versos muy tristes y gracias a su númen, fué exento del trabajo de todos los días. Vivía como un fantasma silencioso y sólo confiaba a la quena las intimidades de su ser.

Al descubrir su vista la inmensidad del Plata, un nuevo

soplo de vida dióle un poco de aliento, y un rayo del Inti reflejado en los espejos líquidos y armoniosos, penetró en la región sombría de su alma.

Aprendió a remar. Y en una tranquila tarde se perdió en lo inmenso de la superficie líquida... Remó, remó... Soñó con su serranía inmensa en el silencio y en la muerte, vertió lágrimas sobre las ondas con el dolor de su raza en triste y deprimente exilio, creyó ver a Chasca en un fugaz celaje, tañó la quena, cantó yaravíes nacidos de su sangre vencida; y en lo vasto del rumor del gran río, hundió para siempre el eco de su música quejumbrosa y toda la trágica armonía de su alma dulce, que abatió su postrer vuelo sobre el rítmico mecimiento de las aguas tranquilas...

*
* *

¿Quién quedaba entretanto en la montaña?

—La Soledad.

¿Quién velaba el recuerdo del pasado autóctono?

—El Silencio.

¿Qué voz, alguna vez, evocaba las figuras de la escena grandiosa?

—El Zonda, siempre cínico, silbaba entre las ruinas de fuertes y viviendas, satirizando el esplendor evanescente que sobre el mundo mudable alzan los hombres.

Pero el cóndor, a veces, cruza por encima de los quebrados campos, en un vuelo henchido de majestad, elevado y serenísimo, de cumbre a cumbre, y mudamente implora piedad sobre la escena con la enlutada cruz de su figura...

CARLOS B. QUIROGA.

Catamarca.

POEMAS

Eres en mi alma esta alegría...

ERES en mi alma esta alegría
luminosa de mi soledad.
Por ti es más honda mi tristeza
y es más piadoso mi llorar.

Por ti la tarde tiene un dulce
perfume suave de azahar.
Por ti la tierra del camino
es como un verso de bondad.

Yo miro alegre este silencio
maravilloso del hogar
y me arrodillo ante el recuerdo
de algún amor que ya no está...

El día gris de Otoño en mi alma
resplandece como un altar,
se hacen más puros los caminos
y es un zafiro inmenso el mar.

La sombra blanca de tus manos
en mi corazón es la
llama fragante de las rosas.
¡Qué alegre y diáfana esta paz!

*Todo el milagro es tuyo. Nunca
ya estaré triste, nunca más,
si eres en mi alma esta alegría
luminosa de mi soledad.*

Poema

S*i no fuera por esta claridad que pusiste
sobre la tierra ¡oh Dios! qué sería del triste!*

*Si no fuera por esta canción de cada día,
dónde ofrecer las blancas palabras de alegría!*

*Si no fuera por estas jornadas dolorosas,
para qué la fragante caridad de las rosas!*

*Si no fuera por esta fe de seguir tu huella,
para qué la infinita piedad de las estrellas!*

*Señor, si Tú no dieras a mi boca mezquina
un beso, qué sería de mi amada divina!*

*Y si ella no me diera lo que tanto Os pedí:
su amor ¡oh Dios! su amor, qué sería de mí!...*

Poema

F*LORECIAN en tu alma los primeros jazmines
de aquella Primavera de sol y de alegría.
¡Qué fragancia infinita se desbordaba en tu alma!
—nieve olorosa, estrella de dulce eucaristía—
Tu amor inmenso, inmenso, silencioso y tan triste.
venía desde el fondo del crepúsculo de oro.
Llamó a mi corazón con su mano de azahar...
Y aquí en mi corazón se quedó silencioso...*

*Y era mi corazón un refugio maldito.
En mi vida la sed de una pena fragante
esprimía los últimos racimos de pureza.
Para tu amor yo tuve mi dolor inefable.*

*Dolor de ansia, dolor de insaciable amargura. . .
Yo hice morir tus albos jazmines de alegría,
yo hice morir la santa fragancia de tu amor.
Puse en tu alma una inmensa plegaria de agonía.*

*Ah, perdóname, niña que no supe querer!
Deja besar tus ojos que me miran llorando.
deja borrar a besos sobre tu corazón
esa novela gris de amor y de pecado.*

FERNANDO BINVIGNAT.

La Serena (Chile).

A LOS JOVENES QUE TRABAJAN

ANTES que Nicolás Lenín lavara los ojos del mujik en las aguas revueltas de la vida rusa, separara sus párpados y disipando su embotamiento le revelara de golpe el varavilloso panorama del porvenir, yo me resistía a desechar la idea de que el arte, si bien conexo con la vida, no tenía respecto de ésta esa dependencia casi umbilical de la ciencia; lo que me llevaba a juzgar a aquél como una manifestación menos verídica de lo humano, como una interpretación interesada y antojadiza del mundo fenomenal.

Hacia ya tiempo que no traducía en verso lo que pensaba; adopté la prosa no por lucrativa (en aquel entonces, creo, solamente a Darío le pagaban sus versos), sino por encontrarla más flexible, más adaptable a la realidad. “La realidad es todo” he pensado. El horror que me habían causado siempre las estadísticas se desvaneció para dar paso a la simpatía; tenía en mi biblioteca, sin haberlo leído, *El Capital* de Marx. Qué obra monumental me parecía *El Capital* de Carlos Marx! Habíame prometido a mí mismo no ingresar al Partido Socialista hasta no haber leído ese gran libro.

Confieso, sin ninguna pedantería, que están hoy sus páginas tan vírgenes como cuando las igualó la guillotina.

Por aquel entonces viajaba en la espesa selva del Colegio Nacional, donde tantas cosas aprendí y luego olvidé. ¿No es verdad, amigo Giusti, que el Adelantado Alvar Núñez Cabeza de Vaca preferiría, si pudiera, ir de Santa Catalina a la Asunción abriéndose, a pié, camino por entre la espesura, antes que estudiar el bachillerato? Al menos, comería bananas.

Sobrevino la guerra que encumbró a los que estaban arriba

y hundió a los que estaban abajo. Los adolescentes de mi época, hoy fruto del árbol de la juventud, comenzaron a mirar el mundo con el largavista de la ciencia que habían adquirido; surgieron físicos, químicos, matemáticos, sociólogos. La poesía, por ejemplo, quedó en el nivel que la dejaron el hoy mudo maestro Enrique Banchs y el inolvidable Juan Pedro Calou.

El vértigo de barbarie, que hacía multiplicar la actividad del manipulador de Morse y el tiraje de los grandes periódicos porteños, tomó de improviso a la juventud. ¿Quién había pensado en la proximidad de la guerra?

Acaso, el Kaiser; acaso, Poincaré; quizás, esos diablos de industriales y financistas que impusieron al mundo el gobierno formidable de sus estadísticas, por las cuales preveíase que la suerte de Alemania, por ejemplo, dependía de un determinado número de latas de conserva que le faltaban en su stock. "¡Qué fácilmente se viene abajo, —pensaba— ese mundo, que creía eterno, del heroísmo y la poesía!"

Todavía, quise aislarme. Elegí, solamente, a France; puse la mirada fija en Pasteur.

Fué, entonces, cuando Lenin comenzó a tender el puente para salvar a la humanidad de precipitarse en el abismo. ¿En qué cosa, en qué lugar, en qué pensamiento no se ha sentido la sacudida, ya leve, ya brusca, de la revolución rusa?

Los que son, ahora, fruto de la generación a que me he referido tuvieron la oportunidad de ser los primeros en saborear el porvenir. La generalidad de la masa "ilustrada" argentina, de los estudiantes, los profesores, los periodistas, los literatos, los sabios oficialmente reconocidos, pasado el primer mareo, se pusieron del lado del régimen, usando un término comprensible; solamente la población obrera defendió la revolución. Aquí se planteó un problema tan complejo y tan delicado con dos términos: o burgueses o proletarios; o se era de la Liga Patriótica o se era maximalista. No cabía la reflexión, se impedía reflexionar.

En lugar de adelantar volvíamos a los tiempos de ese hombre oscuro que llegó por casualidad a ser Presidente de la República y que hoy, todavía, se llama Figueroa Alcorta.

El proletariado argentino de las fábricas salvó al país de su

fosilización; dió su sangre para darle sangre y dió su vida para darle vida.

Ha llegado, ahora, el momento del análisis, instante precioso si lo relacionamos, luego, con la hora de la acción.

Hemos visto cómo el temblor ruso dejó muchas ruinas en pie, que embarazan el camino; vemos cómo los espíritus mezquinos y timoratos se conturban porque no se ha entrado en el período de tranquilidad por ellos anhelado.

En verdad que el mundo está podrido por todos los costados; pero, es la muerte de una civilización la que lo pudre. Ayunemos hasta la nueva cosecha; laboremos para que surja, si es que no preferimos vivir entre maleza.

Algunos jóvenes argentinos están dando muestras de una sana inquietud por el porvenir. Lo hermoso sería que cada cual, esté donde esté, haga lo que haga, recogiera este valioso legado de optimismo que nos ha dejado la revolución rusa que, en verdad más que el comunismo, significa el espíritu renovador que en cada crisis social surge a través de la cadena de los siglos para aliviar la pesada carga del hombre de sentirse condenado a una realidad sin esperanza.

Hoy creo que no solamente el arte depende en absoluto de las preocupaciones de la vida diaria, sino que los más variados problemas que se discuten en el mercado, en la mesa, a la salida de una fábrica constituyen el nervio de la futura poesía, sin decadentismos, sin blanduras, propia de una época en que el refinamiento burgués perece.

Pero, cada cual trabaje para el porvenir esté donde esté, haga lo que haga. Es la hora del análisis. Ya nos reuniremos algún día cuando la vida del hombre peligre en las garras de un Dios.

LUIS REISSIG.

FILOSOFÍA

H. VAIHINGER Y LOS "ANALES DE FILOSOFÍA". — VARIA: LA NAVIDAD DEL FILÓSOFO. — UNA NOVEDAD EN LA BIBLIOGRAFÍA FILOSÓFICA. — SOBRE LA EDICIÓN ESPAÑOLA DEL MANUAL DE VORLANDER.

Hans Vaihinger y los "Anales de Filosofía".

ERA mi intención — tomando como pretexto el reciente cambio de programa de los *Anales de Filosofía* — decir hoy unas palabras sobre esta revista y de paso sobre la persona y la filosofía de su principal editor o director Hans Vaihinger. Después de comenzar la preparación de estas notas me ha parecido mejor dividir la tarea, es decir, referirme ahora a Vaihinger y a su revista, y dejar para mejor ocasión la exposición sucinta que deseo dar de su "filosofía del Como-si" — que tengo por una de las manifestaciones más importantes y representativas del actual pensamiento germánico. Sin duda se efectúa así un corte en el asunto, se abre en él un paréntesis, porque si las ideas de Vaihinger son un producto natural de su evolución espiritual, que resumiré aquí, los *Anales* son la continuación, por parte del autor mismo y de un grupo de pensadores e investigadores reunido en torno suyo, del libro donde esas ideas se exponen. El orden lógico y aun el cronológico exigen hablar de Vaihinger primero, después de su obra capital y sólo posteriormente de la revista. Pero esta y otras muchas inconsecuencias del mismo orden ha de hallar el lector en las apuntaciones sobre la filosofía contemporánea que en esta sección de NOSOTROS intento. Sirva por lo menos de disculpa que la "filosofía del Como-

si" impone pensarlo dos veces antes de afrontar su resumen en cuatro o cinco páginas. Por otro lado, dará ello oportunidad a más de una repetición, cosa no del todo ineficaz en el caso presente. La razón de no dejarlo todo para más adelante y emprenderlo entonces con mejor orden es que este año señala el fin de una etapa en el movimiento ficcionista. En cierto modo, Vaihinger ha dado por terminado el trabajo de complementación iniciado por él después de la difusión de su libro y de sus ideas, convencido de que estas últimas pueden ya abrirse camino por sí solas.

Conviene situar desde luego la tendencia filosófica de Vaihinger. El Ueberweg, el clásico manual casi indispensable para estos estudios, divide el positivismo alemán contemporáneo en cinco direcciones: el *positivismo en sentido riguroso* (Laas, Jodl); el *empiriocriticismo* de Avenarius y Mach; las *formas posteriores* de éste (Ziehen); la *filosofía de la inmanencia* (Schuppe, etc.), con la que se relaciona la *del dato* (J. Rehmke), aun cuando esta última se considera fuera del cuadro positivista, y finalmente el *positivismo idealístico-pragmatista o ficcionismo*, que es la filosofía de Vaihinger. El nombre común de positivismo para todas estas direcciones supone un sentido de la palabra bastante diferente del habitual entre quienes hacen sinónimos positivismo y comtismo. Para señalar un punto solo de divergencia, basta pensar en la preocupación por el momento gnoseológico, presente en casi todos estos positivistas alemanes y ausente en el comtismo. En el reciente e interesante ensayo de ordenación del pensamiento actual, realizado por Müller Freienfels, de que se ha hablado en esta revista (1), se incluye a Vaihinger entre los llamados "filósofos de la vida" — por oposición a los "filósofos de la ciencia"—, y dentro de este partido, en un grupo que comprende también el pragmatismo, el escepticismo y otras tendencias próximas.

Hans Vahinger ha referido en detalle, hace algo más de tres años, su vida en cuanto se refiere a educación filosófica, influencias y constitución definitiva de sus puntos de vista, en

(1) *Las dos tendencias de la Filosofía alemana contemporánea*. NOSOTROS, Núm. 179, de abril de 1924.

una especie de autobiografía intelectual (1): por la feliz iniciativa de un editor-filósofo, esta clase de documentos abundará dentro de poco, y ha de constituir la fuente de informaciones más curiosa y atractiva para el estudioso. De esta confesión se extraen los datos que siguen. Nació el filósofo en la casa parroquial de Nehren, cerca de Tubinga, en la Alemania del Sur, en septiembre de 1852; la primera educación fué, pues, completamente religiosa, en un ambiente donde los nombres de los teólogos liberales hegelianos Baur y Strauss se pronunciaban con santo horror. A los doce años fué confiado a un maestro distinguido, Sauer, en Leonberg, la ciudad natal de Kepler y Schelling: Vaihinger llegó a ser el discípulo predilecto de Sauer, quien le estimulaba y despertaba su emulación recordándole que aquellos dos grandes hombres, el astrónomo y el filósofo, se habían sentado en los bancos de la misma antiquísima escuela donde él ahora aprendía los rudimentos del saber, y le hablaba de los estudios sobre el sánscrito y el *Mahabarata* en que se ocupaba. Desde el primer momento, pues, una alta e intensa cultura rodea a Vaihinger y forma a su alrededor la atmósfera en que vivirá siempre; no es infrecuente, en cambio, entre nosotros, menos afortunados, el caso de que para llegar a la ciencia o a la filosofía debamos comenzar por olvidar todo lo que nos han enseñado. Sauer profesaba un teísmo ético que logró infundir en su alumno.

En el gimnasio de Stuttgart se realiza la etapa siguiente de su evolución; poco a poco va volviéndose hacia un panteísmo naturalista. Por entoces caen en sus manos las *Ideas sobre la Historia de la Humanidad*, de Herder, libro con el que declara tener una grande deuda de gratitud. Entre otras ideas fundamentales le proporcionó el concepto de desenvolvimiento o progreso; cuando por primera vez oye el nombre de Darwin, en 1869, las hipótesis revolucionarias del sabio inglés no le causan la sorpresa que suscitan a su alrededor, porque Herder le ha familiarizado con la imagen de una humanidad ascendiendo hacia el bien y el conocimiento desde las profundidades oscuras de la

(1) *Wie die Philosophie des Als Ob entstand*, von H. V., en *Die Philosophie der Gegenwart in Selbstdarstellungen* II, Leipzig, 1921 (2ª edic. 1923).

animalidad (1). Platón le servía en esta época para contrapesar el naturalismo evolucionista: el mito de la caverna, según lo expone la *República*, es lo que en el más profundamente le impresiona. Es la revelación de un mundo nuevo, el mundo de las "ideas": cuando el profesor le habla de los mitos platónicos ya está en él como en germen o presentimiento lo que llamará después el *Als-Ob*.

Las poesías y los tratados filosóficos de Schiller dejan también en su espíritu impronta perdurable; circunstancias especiales contribuyen a interesarle por el poeta. El culto de Schiller se mantenía vivo en la familia de la madre de Vaihinger, con la que aquel había tenido relaciones de parentesco y amistad. Muchos versos de Schiller quedan impresos en su memoria, como la frase: "Nur der Irrtum ist das Leben, und das Wissen ist der Tod" que en cierto modo viene a ser fundamento de su doctrina de la ficción; acepta también la teoría de Schiller según la cual el juego es el fundamento de la estética y la incorpora a sus propias concepciones porque halla en ella afinidades con el *Comos*.

Este es el bagaje espiritual con que llega a Tubinga en 1870. En aquella Universidad, a la que se incorpora como estudiante, encuentra una gloriosa tradición representada por una pléyade de nombres ilustres: Schelling, Hegel, Hölderlin, Waiblinger, Baur, Strauss, Vischer, Zeller y muchos más. El régimen de la casa era de libertad; además de los profesores, había repetidores excelentes que guiaban a los jóvenes en su trabajo personal. Ningún obstáculo halló Vaihinger en Tubinga para el desarrollo natural de su pensamiento según sus propias inclinaciones; al contrario, declara que en toda forma se le allanó el camino.

La enseñanza de la filosofía se impartía en los cuatro primeros semestres: el primero estaba consagrado a la filosofía antigua; el segundo, a la moderna hasta Kant; el tercero, a la época desde Kant a Hegel; el cuarto conducía, por intermedio de Schleiermacher, a la dogmática fundada filosóficamente. En-

(1) Un excelente conocedor de la filosofía actual en su conjunto hace notar que el pragmatismo se puede designar como la teoría del conocimiento del darwinismo. V. T. K. Oesterreich: "Die philos. Strömungen der Gegenw.", en *Systemat. Philos. (Kultur der Gegenw. I, VI)*.

tre sus profesores de Tubinga recuerda Vaihinger especialmente a Signart, el famoso lógico, a quien tenía en mucho en la disciplina de su especialidad, en la que fué un reformador, pero sin seguirle en su concepción teológica del mundo ni mirar sin reservas su manera de encarar los restantes problemas filosóficos. En el fondo, se mantiene autónomo, profundizando cada vez más la imagen del mundo que le proporciona el evolucionismo. Por su afinidad con éste le interesan desde luego los filósofos naturalistas griegos, especialmente Anaximandro; también le atrae Aristóteles. En el segundo semestre le apasiona Spinoza. Pero la impresión que le causa Kant es incomparable: es para él un libertador, con la ventaja de no atarlo a nada nuevo; la doctrina de la idealidad del espacio y del tiempo le libra de la presión del mundo material. Pero lo que más le subyuga en el filósofo de Koenisberg es la doctrina de las antinomias. Acaso, en efecto, constituye esta doctrina el momento capital en la larga requisitoria contra el racionalismo estricto que arranca de la antigüedad y parece reclamar un fallo definitivo en nuestros días. La concepción del primado de la razón práctica se le impone, pues fácilmente se alía y casi identifica con los pensamientos que van germinando en él.

Consecuencia lógica es que las grandes construcciones filosóficas de Fichte, Schelling y Hegel le dejen un poco frío. El plan de estudios oficial llevaba desde el "idealismo alemán" de Fichte, Schelling y Hegel, a Schleiermacher. Aquí Vaihinger reacciona personalmente y se dirige hacia Schopenhauer, ignorado y aun prohibido en Tubinga. La influencia schopenhaueriana llega a ser más intensa que la de Kant. Tres elementos le proporciona Schopenhauer: el pesimismo, el irracionalismo, el voluntarismo. No acepta su metafísica, porque ya antes Kant le ha demostrado la imposibilidad de toda metafísica. Un punto esencial le aclara Schopenhauer: que el pensamiento es originalmente un medio al servicio de la voluntad y que solamente después, en el curso de la evolución, se emancipa de la tutela de la voluntad y se fija fines propios. El darwinismo contribuye a afirmarlo en este importante punto de vista, que se prolonga en consecuencias en la elaboración a que lo somete, hasta llegar a formular por su cuenta una ley, según la cual los medios procuran

invadir los fines, dominarlos; todo medio al servicio de un fin tiende a independizarse de él y a darse un fin propio. Vaihinger lamenta no haber expuesto terminantemente su ley, cuya fórmula (“Gesetz der Ueberwucherung des Mittels über den Zweck”) cree más justa y adecuada que la teoría posterior de Wundt de la “heterogonia de los fines”, que se refiere a lo mismo.

La concepción schopenhaueriana del pensamiento como servidor de la voluntad de vivir y sólo posteriormente dándose fines propios, se complementaba en él con la doctrina kantiana de los límites fatales del conocimiento circunscripto a la experiencia sin poder trascenderla. Pero esta limitación no la interpretaba ya como una falla o defecto del espíritu humano, en comparación con una posible forma superior de espíritu que no estuviese rodeado por tales fronteras insalvables; sino que se le aparecía como una consecuencia natural, necesaria, de la misma naturaleza del pensamiento, instrumento subordinado a los grandes fines vitales, y creía que al darse la autonomía, el conocimiento se proponía una tarea irrealizable, y no solamente para este nuestro conocimiento humano, sino también para cualquier pensamiento en cuanto pensamiento: manera de ver consolidada y cristalizada en él desde aquellos días hasta llegar a constituirse en uno de los más firmes sostenes de su concepción del conjunto. En esta disposición de espíritu, arraigada aún más por una seria profundización de las ciencias naturales, dió por terminados sus estudios en Tubinga en 1874. No es necesario seguirle en adelante paso a paso; por poco que aun sepamos de su filosofía, vemos cómo toda la marcha de su espíritu va hacia unas cuantas concepciones dominantes, concretadas poco a poco en sólidos cimientos sobre los cuales habrá de elevar su edificio. No es ciertamente un amontonamiento de materiales organizados por el acaso y según el orden en que van llegando, sino más bien la concurrencia de la oportunidad con que ciertas ideas llegan a él, y la segura reacción personal, el criterio de selección constituido prematuramente, mediante el cual se va apropiando cuanto conviene a las tendencias generales de su naturaleza. Y es lo más singular que este profundo trabajo de una inteligencia, encauzado desde el comienzo en una

dirección dada, constituyendo el tema constante de un pensamiento activo y enérgico, estructurado bien pronto en forma propia y original, sólo muy tardíamente sale a la publicidad y aun entonces con una extraña timidez.

Anotemos aún otra influencia decisiva: la de Lange. La *Historia del Materialismo*, especialmente en su segunda edición, es una revelación para Vaihinger; la aparición de Lange en su horizonte la recuerda con palabras de cálido entusiasmo (1). Lo que más estima en su libro es que en él el problema metódico de la ficción, que tanto le preocupa, aparece exactamente comprendido. Entre todos los pensadores alemanes es Vaihinger el único continuador de Lange, aunque adoptando respecto a él una postura relativamente independiente.

En 1876 publica su primer libro filosófico: *Hartmann, Düring y Lange*. A fines de 1876 escribe un trabajo sobre la doctrina de la ficción científica para optar a la habilitación; este trabajo, en el que consigna sus ideas fundamentales según se han ido constituyendo en él a lo largo de varios años de reflexión y por el que se le acuerda la *venia legendi*, es la parte central de su libro *La Filosofía del Como-Si*, que no aparece hasta 1911. Los estudios kantianos le ocupan después, siempre en relación con sus propios puntos de vista, y prepara su extenso comentario a la *Crítica de la Razón pura* con motivo del jubileo de este libro, que se celebró en 1881. En 1896 fundó los *Kantstudien* y en 1904 la *Sociedad Kantiana*. En 1906 se le agrava una vieja enfermedad de los ojos que le impide en adelante las actividades universitarias, y se dedica a complementar sus antiguos manuscritos sobre la teoría ficcionista, cuya publicación prepara y efectúa, con el título *Die Philosophie des Als-Ob*, cuatro años más tarde.

(1) "Jetzt hatte ich endlich den Mann gefunden, nach dem ich während der Tübinger vier Jahre mich immer vergeblich ausgeschaut hatte: ich fand den Führer, den Meister, den "Lehrer im Ideal". (*D. Ph. d. Gegenw. in Selbst.* II. 2ª edic., p. 196). Poco antes de su muerte (1875), Lange escribía a Vaihinger: "Estoy persuadido de que el punto de vista puesto en evidencia por usted llegará a ser algún día una piedra angular de la teoría del conocimiento". Estas palabras casi proféticas, puestas ahora por Vaihinger (con ligeras modificaciones de forma que no alteran su sentido) al frente de su libro, relacionan inesperadamente al autor de la *Historia del Materialismo* con los orígenes del movimiento pragmatista, cuya suerte supo columbrar tan temprano.

La inspiración del libro es, para decirlo en una palabra, pragmatista. Esta comprobación y el interés de Vaihinger por Kant parecen dar la razón a Bergson, cuando en la tesis más importante (según él) del pragmatismo creía reconocer una continuación del kantismo. Vaihinger llega a sus conclusiones independientemente del pragmatismo de lengua inglesa. Ya hemos visto que sus doctrinas capitales estaban fijadas en 1876-1878. El famoso artículo de Peirce que inicia el pragmatismo americano apareció en el *Popular Science Monthly* en enero de 1878; W. James pronunció su discurso sobre el método pragmático en 1898 y publicó su libro *Pragmatism* en 1907. Aun prescindiendo de otros méritos a que se aludirá en su tiempo, es justicia reconocer a Vaihinger este de la prioridad en un movimiento importante del pensamiento contemporáneo.

* * *

El interés despertado por el libro de Vaihinger en Alemania ha sido considerable: pruébanlo las ocho ediciones publicadas hasta la fecha. Se ha creído conveniente hacer de él una edición popular o reducida (*Volksausgabe*, 1923) que manteniendo lo esencial, suprime los desarrollos innecesarios para el lector no especialista. De la repercusión de la *Filosofía del Como-Si*, de los investigadores atraídos por ella para profundizar en los distintos dominios del saber los problemas que plantea, atestiguan los tres volúmenes de los *Anales de Filosofía*, la revista fundada por Vaihinger y R. Schmidt en 1919.

Como toda revista especialista, tiene ésta un gran atractivo para el estudioso. Representan, en general, las revistas especialistas un papel propio y de la mayor importancia en la actividad científica. Unas veces se adelantan al libro, y no sólo con trabajos parciales. El material de alguna de las obras fundamentales de Husserl y Max Scheler se ha publicado por vez primera en revistas. En otras ocasiones lo complementan y continúan, como sucede con los *Anales*. La revista sigue fielmente y paso a paso la marcha del espíritu creador, que avanza sin descanso. "En general — ha dicho Ramón y Cajal — puede afirmarse que el libro refleja ya una fase histórica de la ciencia."

La revista y la monografía son la ciencia en su fase actual. Entre los puntos de pasajero reposo que son los libros, las revistas representan el fluir vital en el saber, la continuidad del pensamiento científico.

En el primer número de los *Anales*, en un programa suscrito por Vaihinger y Schmidt, se anunciaban los propósitos y tendencias de la nueva publicación. La *Filosofía del Como-Si* había atraído la atención de un buen número de estudiosos; nacida esta filosofía como consecuencia de una ojeada metódica a los diferentes dominios del saber y de la vida, el interés hacia ella no se revelaba sólo entre los filósofos, sino también entre los representantes de las diversas disciplinas científicas. Para aprovechar los ecos que suscitase, convenía disponer de algún sitio donde se centralizaran todas las manifestaciones individuales, expuestas de otro modo a perderse entre la múltiple producción científica contemporánea; de un órgano propio donde los trabajos realizados bajo la sugestión del ficcionismo aparecieran en conexión y continuidad. La tarea más urgente de las investigaciones parciales sería la de estudiar a fondo el método nuevo, examinar su valor lógico y sus fundamentos psicológicos y establecer hasta dónde era lícita y fructuosa su aplicación. Insistían los editores sobre la ausencia de toda pretensión dogmática en su intento. El método debía investigarse críticamente; los colaboradores no contraían ningún previo compromiso de ortodoxia. La crítica objetiva sería tan favorablemente acogida como el aporte positivo, porque también la contradicción contribuye al perfeccionamiento de una doctrina cuando la dicta el puro interés científico.

Otra cuestión cuya aclaración se estimaba de grande importancia era el problema de los antecedentes históricos del *Como-Si* (1). Se averiguaría hasta qué punto se halla en la historia de la filosofía trazas o rastros de métodos y doctrinas semejantes.

La revista debía ser algo así como un lugar de cita destinado al encuentro y final reconciliación de positivismo e idealismo, cuyo contraste había de superarse en una amplia inteli-

(1) Asunto ya tratado a fondo por Vaihinger en *Die Philosophie des Als-Ob*.

gencia. En el título de su obra ya expresaba Waihinger que fundaba su teoría general de las ficciones sobre un positivismo idealista. En el programa de la revista la conciliación de positivismo e idealismo se presenta como una necesidad urgente del espíritu contemporáneo.

Todos los dominios científicos deberían colaborar en la realización del programa, ya que su fin era el perfeccionamiento de todo el saber. Los hombres de ciencia trabajarían al lado de los profesionales de la filosofía en la resolución de los problemas; la revista tendría así un carácter de campo neutral donde concurrían las ciencias especiales y la filosofía. La lista de colaboradores, puesta al frente de la revista, contenía el nombre de un representante de la teología, otro de la ciencia del derecho y otro de la medicina, es decir, uno por cada una de las tres facultades tradicionales; además, un matemático, un físico (representando las ciencias de lo inorgánico), un botánico (por las ciencias de la vida), un economista y un profesor de estética e historia del arte; aparte de estos especialistas, seis filósofos (1).

Se ha hecho notar hace poco que los *Anales* constituyen históricamente la primera revista de lógica, porque el problema del *Como-Si* es ante todo un problema metodológico (2): Problema demasiado restringido para una revista. En los tres primeros volúmenes el método se ha aplicado a las cuestiones más desemejantes, como la religión, el derecho, la medicina, la física molecular, las matemáticas, la doctrina del valor, la estética, la teoría eléctrica... Otros artículos relacionan con el ficcionismo los nombres de Ibsen, Goethe, Schopenhauer, Guyau, etc. Un fascículo especial se ha dedicado a la teoría de la relatividad,

(1) Los filósofos eran: Erich Becher, Ernst Bergmann, Hans Cornelius, Karl Groos, Kurt Koffka, Arnold Kowalewski. Exceptuando el último (cuyo nombre veo aquí por primera vez), todos tenían ya publicaciones de importancia y un nombre en sus estudios en Alemania; Groos hace tiempo que fué traducido al francés y Cornelius empieza a serlo ahora al italiano. Tampoco los hombres de ciencia del grupo eran principiantes; baste consignar el nombre del matemático Moritz Pasch, autor de las *Lecciones de Geometría moderna* que tradujeron Alvarez Ude y Rey Pastor.

(2) La observación es de P. Feldkeller, en un extenso y completo estudio sobre las revistas filosóficas alemanas (*Das philosophische Journal in Deutschland*, contenido en el *Richls philos. Almanach*, 1924, p. 400).

con varios estudios de importancia, entre los que se destaca uno de Oskar Kraus (el profesor de Praga, ya citado en un número anterior de esta revista como discípulo y biógrafo de Marty) titulado *Ficción e hipótesis en la teoría einsteiniana de la relatividad*.

Con el primer número de este año, los *Anales* se despojan del subtítulo que ostentaban desde su fundación y que expresaba la consagración de la revista al estudio del problema del *Als-Ob*; el título ahora es *Anales de Filosofía y de Crítica filosófica*. Se da por cumplido satisfactoriamente el programa mínimo que tuvieron en vista los editores al crear la publicación, es decir, la discusión de la nueva filosofía, y se orientan todos los esfuerzos a superar el contraste actual entre idealismo y positivismo, entre filosofía y ciencias particulares, por el trabajo en común de los representantes de una y otras. Al mismo tiempo se anuncia el propósito de registrar toda la producción filosófica alemana y extranjera, viniendo así a reemplazar a la extinguida *Revista de Filosofía y de Crítica filosófica*, cuyo lugar estaba vacante. Los tres tomos anteriores, pues, quedan aparte y con una significación especial, como parte integrante del libro de Vaihinger, cuya consecuencia directa son. El anciano filósofo — hoy casi ciego — no podrá pensar sin emoción en estos hijos de su espíritu — hijos engendrados por él en otros espíritus afines. Y cuando medite en que sus ideas han ido creciendo en ambientes propicios, bajo la influencia directa o indirecta, personal o libresca, de hombres ilustres o simplemente meritorios en el saber; al recordar después que cuando formuló su propio pensamiento filosófico otros hombres llegados de puntos distintos de la ciencia se agruparon a su alrededor y aceptaron sus puntos de vista y los profundizaron y aplicaron en una ejemplar comunidad intelectual — cuando tenga todo esto presente, se regocijará, porque no hay destino mejor para un estudioso.

La Navidad del filósofo (1).

Está solo, cerca del fuego, en su habitación, donde le retiene el frío intensísimo; tiene ahora veintiocho años, pero su juven-

(1) *Oeuvres de Maine de Birán*, etc. par Pierre Tisserand. Tome I: *Le Premier Journal*. (Alcan, Paris, 1920), pág. 73.

tud ha sido rudamente sacudida por las tormentas de la época: aun vuelven a él como una obsesión las escenas presenciadas en Versalles pocos años antes. Se siente incapaz de abordar ningún trabajo. Nada mejor — piensa — que reflexionar sobre mí mismo, sobre mi disposición actual de espíritu, sobre el estado de mi alma en esta época de mi vida. Y en la hoja de papel, después de poner la fecha — 25 de diciembre de 1794 — comienza a anotar sus reflexiones.

Nuestra existencia — va escribiendo — una veces se corta en épocas claramente separadas, otras pasa insensiblemente de un período a otro distinto. No hay en ella dos instantes semejantes. El rápido correr de la vida lleva al hombre de la cuna a la sepultura sin que encuentre un punto de reposo... Cambian sus sentimientos, sus ideas, sus maneras de ser; su estado moral varía con su estado físico. Las formas de la sensibilidad, a las cuales corresponden los diversos sentimientos de la existencia, están sometidas al mismo tiempo a un movimiento regular y general ordenado por las leyes de la organización, y a movimientos particulares que no es posible medir ni prever. Así en el sistema del mundo los astros son llevados por el espacio por una fuerza general; pero cada planeta tiene también su particular movimiento...

La pluma sigue corriendo por la cuartilla. Ahora el filósofo piensa que cada hombre debiera compararse consigo mismo, superponer su yo de hoy al yo de ayer, seguir atento los grados de su evolución espiritual. Si así lo hicieran, cuántas cosas sabríamos sobre el espíritu humano. La relación de lo físico con lo espiritual le preocupa: —“Me parece que jamás se llegará a dirigir al hombre por medios morales si no se agrega el conocimiento de los medios físicos”.

Pero ¿cómo realizar tal proyecto? Los hombres, siempre ocupados en cosas exteriores, no gustan de penetrar en el recinto interior. Yo mismo —sigue diciéndose— en estos dos años en que sólo me he ocupado en mí, acaso porque no he tenido a mi alrededor objetos capaces de atraerme, acaso por falta de aptitud para interesarme en las cosas externas, en estos dos años no he puesto suficiente cuidado en registrar los cambios que en mi alma se sucedían. Después de una vida de tumulto y disipación

me he retirado a la soledad en que vivo, y ahora vuelvo a traer ante mis ojos todo lo que he hecho desde hace veintiseis meses. Dos años he consagrado al estudio, o mejor, a los libros — pues son más los libros que he hojeado que lo que he aprendido en ellos. El afán de llegar a ser sabio me ha torturado durante mucho tiempo. Pero el deseo de aprenderlo todo a la vez me ha arrastrado a diversos órdenes de estudios sin relación entre sí; he perdido mucho tiempo que hubiera podido emplear de manera útil, sin duda, si me hubiera dedicado a las partes que más convienen a mi modo de ser, que son, creo yo, la metafísica y la moral...

A lo largo de la noche invernal continúa el monólogo, que ha comenzado antes de esta noche de navidad y que se prolongará muchos años después. Treinta años dura el incansable autoanálisis a que se sometió Maine de Birán, la interminable conversación consigo mismo que ocupa la mitad de su vida y de la que sacó toda su filosofía.

Una novedad en la bibliografía filosófica (1).

En una nota anterior he utilizado en la parte pertinente, y bastante a la letra, un fragmento de la exposición hecha por Vaihinger de su formación espiritual y de sus propias ideas en el volumen II de la serie titulada *La Filosofía contemporánea en autoexposiciones*. Edita esta colección R. Schmidt y se trata sin duda de una dichosa iniciativa destinada al más amplio éxito.

El título de la obra expresa suficientemente el plan. Cada filósofo debe exponer sus propias ideas. No solamente hay probabilidades de que sea el propio autor el que mejor se resume en pocas páginas, sino que sólo él puede explicar cómo sus puntos de vista han nacido y se han desarrollado, cuáles influencias han sido las decisivas. No cabe en la filosofía la separación entre el hombre y la obra que es posible, por ejemplo, en la ciencia, porque una concepción filosófica es en el fondo una experiencia vital, la reacción de todo un espíritu individual ante el mundo. La integración de la personalidad en la obra se hacía hasta ahora

(1) *Die Philosophie der Gegenw. in Selbstdarstellungen*. Leipzig, Meiner, 1920 y siguientes.

por una trabajosa inducción, que gracias a la empresa de Schmidt será en adelante innecesaria.

Los volúmenes publicados constituyen ya una magnífica serie de documentos cuyo valor, naturalmente, es muy desigual tomados individualmente pero que poseen un gran valor de conjunto. Un curioso de filosofía no puede recorrer con indiferencia estos volúmenes donde, en veinte o treinta páginas, concretan su vida espiritual y su filosofía algunos de los pensadores más significativos de nuestro tiempo. Casi todos los filósofos contenidos en la serie son alemanes. Pero el propósito es abarcar todo el pensamiento contemporáneo. En el tomo IV, por ejemplo, figuran Croce y Höffding. Algunas de las autoexposiciones se han convertido ya en testamentos filosóficos, porque sus autores han emprendido el viaje definitivo: anoto, entre los que figuran en los primeros volúmenes, a Paul Barth, Meinong (interesantísimo artículo de sesenta páginas escrito meses antes de su muerte), Natorp, Höfler, Troeltsch, Mauthner, etc.

Aparte su importancia filosófica, tiene esta serie un valor histórico o humano. Si se suele ir al hombre para comprender mejor las ideas, se debe también buscar al hombre por el hombre mismo en las ideas o en el libro. Un espíritu humano, un hombre viviendo los problemas supremos vale tanto, por lo menos, como sus mejores ideas, como las más altas creaciones de su inteligencia. Estos libros constituyen ya una galería única de autoretratos.

Sobre la edición española del Manual de Vorländer (1) .

En un número anterior de esta revista (Nosotros, número 184, pág. 80) dije unas palabras con motivo de la aparición en castellano de la *Historia de la Filosofía* de Vorländer. No me referí entonces expresamente a la traducción por no considerarlo necesario, pero después de un examen detenido del libro creo oportunas unas palabras sobre él.

La traducción está hecha bastante a la ligera. Afea además

(1) Karl Vorländer: *Hist. de la Filos.* Traducción de la sexta edición alemana (sic), por J. V. Viqueira, etc. (F. Beltrán, Madrid, sin año de impresión, según otro censurable vicio editorial).

la edición la enorme cantidad de erratas de impresión — una de las manifestaciones más elocuentes de la barbarie cultural —, que apenas se salvan en la lista cuantiosa, pero incompleta, agregada al final del segundo volumen.

Pero no es esto lo peor. Pase la imperfecta versión; pasen los yerros tipográficos. Todo el mundo tiene derecho a equivocarse, y me reservo para mí mismo este derecho, de que ya he usado en estas mismas notas. Aunque siempre hay un límite que separa lo lícito de lo ilícito, y el libro que me ocupa queda del lado de allá de tal límite.

Lo peor, lo que no puede pasar sin grave censura, es equivocarse a sabiendas, es decir, mentir. En la cubierta de la edición española del Vorländer se dice que está traducido de la sexta edición alemana, y esto es inexacto. La versión se ha hecho sobre una edición anterior.

Cualquiera puede comprobarlo sin mayor esfuerzo cotejando la sexta edición alemana (1) con la traducción del señor Viqueira. Basta recorrer las bibliografías que encabezan los distintos párrafos. Siempre que la edición alemana agrega un dato de fecha de 1919 en adelante, es decir, posterior a la quinta edición, este dato falta en la traducción. Como faltan la fecha de la muerte de Max Weber, que registra la sexta edición (II, 499), y la cita de Spengler y su libro, en el mismo sitio, porque estos acontecimientos constan por primera vez en la sexta edición.

Se omiten los datos que la última edición agrega, correspondientes a publicaciones de 1919-20, en las bibliografías que en la sexta edición alemana figuran a páginas 143 y 293 del primer volumen, y a páginas 24, 269, 304, 345, 423, 456 (aquí falta toda la bibliografía, seis títulos, porque todos son recientes), 461 y 475 (omisión también considerable), etc., del segundo tomo. Y conste que no he perdido mucho tiempo en la ingrata ocupación de comprobar estas faltas. Son sólo botones de muestra para juzgar la conciencia científica y editorial con que se ha hecho la edición.

FRANCISCO ROMERO.

Diciembre de 1924.

(1) *Gesch. der Philos.*, von K. V. 6. Auflage (Félix Meiner, Leipzig, 1921).

LETRAS ARGENTINAS

POESIA

Versos de la calle, por *Alvaro Yunque*. — Editorial Claridad. Buenos Aires, 1924.

Es esa mano en el pecho
y esa apostura de hombre que pensara,
la pose nos denuncian...
Fabricantes de estatuas,
no valéis lo que vale la más simple
máquina fotográfica:
tan siquiera una vez en instantánea.

ENCERRADO en esta estrofa o, mejor dicho, composición, está la idea cuyo comentario lo será de las virtudes y de los defectos de este nuevo poeta.

Ella nos define toda una manera literaria actual, común entre los escritores últimos. Nos referimos a la instantánea. En otra ocasión llamamos a ese procedimiento apuntismo, más el señor Yunque nos lleva hacia una calificación más oportuna y más propia para su caso particular.

Hablábamos del comentario de las virtudes y defectos, por comparación de esta manera con otras de los últimos años. Siempre hemos observado la dificultad extrema de realizar obra perdurable mediante el problema del *apuntismo*, es decir, mediante impresiones rápidas que se caracterizan por su instantaneidad y que nunca son muy intensas y aunque de efecto relativo, por la casi imposibilidad de acondicionar el espíritu o mejor la sensibilidad con la rapidez necesaria para percibir las emociones. Poe ya planteaba, en su Principio poético, o mejor indicaba un problema psicológico de gran importancia en cuanto se refiere a la poesía y que en estas horas debe recordarse. La emoción artística provoca por solidaridad de los sentidos, es decir, por

cooperación de éstos, un poder mayor de percepción en los mismos, pero tal estado de agudización no es instantáneo ni prolongado, es necesario estimularlo y mantenerlo. De ahí el peligro de las obras excesivamente breves y la necesidad de releerlas o buscar su lectura en momento propicio. Y este fenómeno se hacía evidente en los apuntistas, que son por lo general objetivos.

Yunque que, aunque no siempre, también hace apuntismo, suele acertar con frecuencia, dado que su temperamento, rico de sentimiento, evita el objetivismo escueto y en todas las ocasiones, para sus instantáneas usa como objetivo, más que el ojo su alma de hombre, plena de un humanismo perdurable.

Las instantáneas tienen, sin embargo, la misma explicación de los apuntes de los otros poetas apuntistas y esa explicación no es otra que la necesidad de reaccionar instintivamente contra un arte que por exceso de composición (pose) ha ido perdiendo día por día su frescura hasta convertirse en una elaboración retórica de frases hechas.

La poesía joven quiere darnos la realidad viviente, vivida, con su riqueza dinámica, fluida y conmovedora mas sólo alcanza su fin en parte, lo que es ya plausible. Claro que por no realizar por completo su intención pierde mucho de su eficacia.

Así como la pose fotográfica subtrae la verdadera fisonomía de las personas, fisonomía que por lo común se caracteriza por la gesticulación, gesticulación que sólo sorprende el objetivo instantáneo, éste también peca en su rapidez cuando no acierta con la gesticulación característica.

La poesía viene siendo en los poetas maduros un arte despersonalizado, que ha perdido mucho de su poder emocional por el gran número de imitadores que agrupándose alrededor de ciertos poetas representativos, van formando núcleos que se agrandan hasta confundir entre sí, a favor de ciertos imitadores que todo lo balbucean hasta constiituir verdaderas ollas podridas; por eso es que todo lo viejo, para quien no sabe descubrir las verdaderas personalidades aparece como un mismo tejido. Tal arte inocuo ha concluido por vulgarizarse y ya en poetas cursis de barrio se advierten en un mismo *atentado*, rezagos de Darío o Banchs, junto a rezongos imitando giros de Almafuerte.

En cambio la manera de los últimos jóvenes, en cuanto a forma constituye un secreto de fábrica (nos referimos a cierto versolibrismo) destinado a popularizarse más rápidamente de lo que ellos mismos suponen, pues su desdicha está en que carece de secreto. Hasta hace un año no faltaba quien suponía que tal nueva manera se presentaba con una métrica nueva con leyes determinantes de esa forma informe, peculiar, que a veces suena y otras ni suena ni truena. Se sospechaba una libertad sujeta a un ritmo armonizante, mas ya podemos asegurar que son muchos los que han caído en la cuenta de que, por lo general, nadie conoce ningún secreto y lo que es peor, afirman que éste no existe y que todo es arbitrario y librado a la emoción de cada uno. Claro que hay quien recita a Gustave Kahn, pero es para despistar. Nunca los literatos fueron más ajenos al conocimiento de su arte.

Tal vez en ese aparente caos resida una nueva estructura musical, arte en potencia, mas no son los jóvenes de vanguardia los que harán la obra. En ese desconcierto en que ambulan, los que poseen una sensibilidad rica logran interesar, aunque sea por la riqueza de la emoción y día por día, aparecen individualidades de valor.

Yunque si bien es cierto que practica en sus *Versos de la calle* una manera instantánea, no por eso es un imitador del apuntismo de última hora de Fernández Moreno, pues en el nuevo poeta hay cualidades y aptitudes valiosas. Así cuando nos pinta "El murallón de la Penitenciaría", lo hace en cuatro versos, pero cuatro versos que a favor de una conmovedora ternura quedan vibrando en nuestro corazón:

Tan monótono, triste y frío —
cual una hoja de la ley —
lo vi, que compasivamente
le escribí un nombre de mujer!

Esto es instantáneo. Es una cuarteta. Los que se dedican a la fabricación de estas obras breves, alegan, en defensa de ellas, el antecedente de las canciones japonesas, breves como flores de almendro y aéreas y perfumadas como éstas. Sin embargo, es fácil advertir que esas obras son siempre de carácter subjetivo, como es por lo general el arte popular de esta clase de canciones.

Claro que esa brevedad no es general en Yunque pero sí su instantaneidad, pues aunque se extienda en muchos versos, su rapidez es visible siempre hasta constituir su característica, con el agravante de que sus mismas reflexiones de índole moral, política o social, son siempre un poco primarias, inmediatas y de orden común hoy en casi todos los espíritus cultos, sean poetas o no. Y debe indicarse también que tales reflexiones constituyen un conceptismo no siempre artístico, aunque explicable en Yunque. Aunque debe declararse que aumenta la impresión de superficialidad la forma un poco deshilada pero conveniente que adopta para conservar esa frescura que lo hace agradable y que favorece el efecto inmediato.

El valor de Yunque es expresarlo todo, en versos simples, de gran sentimiento, destinados a tocarnos el corazón. Son versos de la calle; son las impresiones de un hombre que hace su camino solidarizándose con la vida de todos y especialmente con el dolor anónimo. En ocasiones podría recordar a Walth Whitmann. Mas si el gran viejo componía los cuadros de sus *Leave of Gras* con un delicado amor de artista del renacimiento, aunque aparentara proceder sin método, Yunque, en exceso espontáneo, por no caer en la composición, esto es, en el arte que dentro de un conjunto sólo elige y transforma los elementos principales, nos da todo lo que alcanza a abarcar su objetivo, léase su corazón. El poeta puede decirnos: "basta que mi corazón lo acepte, para que yo lo crea eficaz dentro de mi obra"; mas sería fuerza replicarle que el exceso de detalles daña a veces el efecto de lo que pudiera ser por representativo, excluyente de lo secundario.

Nuevas Devociones, de *Enrique Méndez Calzada*. — Editorial Babel. Buenos Aires, 1924.

CUANDO en 1921 apareció el primer libro de Méndez Calzada, tuvimos la certeza de que se incorporaba al grupo de nuestros escritores una nueva figura destinada a realizar obra valiosa. Desde entonces, aquel temperamento juvenil, tocado de una generosidad indudable y que elevaba su voz ardorosa para muchas

altas y nobles cosas y acontecimientos, no ha vivido en vano sus días. Hasta ha logrado alcanzar nombre como humorista, gracias a buenas páginas en prosa que lo han consagrado, por resolución unánime, el *segundo* escritor de tal naturaleza, aunque todavía nosotros no hayamos logrado saber si tal gradación se refiere a un escalafón de revista; mas respetemos la *vox populi*.

De todos modos no es inoportuna la referencia al humorismo de Méndez Calzada. Es común que los espíritus más noblemente dotados y más sinceros, adopten esa actitud para reflejar el espectáculo que la prosa del mundo les produce.

Aquí, en estas nuevas devociones, aparece también, mojado en lágrimas, el humor de este corazón de hombre, cuya voz nos place escuchar, pues todas sus palabras repercuten en nuestra alma.

Este es sin duda el privilegio del verdadero poeta. Desde las primeras páginas queda de lado toda observación sobre forma, pues esta no es algo que pueda ser motivo de examen; siéntese que se ha llegado a una expresión fiel y completa de lo que se quiere transmitir y desde luego, en tales condiciones, el que lee sólo atiende la voz emocionada que cuando el llanto puede empañar las pupilas, graciosamente sonríe, hasta para burlarse con dulzura de los dolores más cruentos.

Este es sin duda el libro más hermoso que se ha publicado desde hace un buen tiempo. Sin extraordinarias novedades literarias, con esa simplicidad eterna del amor verdadero, el poeta nos desnuda su corazón en sucesivos momentos de espiritual confesión. No hay aquí para encandilarse con imágenes intensivas, ni para conmover a círculos literarios; es una serie de composiciones que se leen en silencio, despacio; y cuando, alta la noche, cerramos el libro, se nota que el alma se ha puesto triste, pero serena, y que una gran ternura nos ha llevado tan cerca del corazón de las gentes, que nos sentimos solidarios con todos los dolores y responsables de todas las injusticias, aun con la que condena a ver pasar trenes y trenes a la pobre solterita provinciana.

El hogar en el campo, por *Fernández Moreno*. — Editorial Tor. Buenos Aires, 1924.

DE los últimos libros de Fernández Moreno, tal vez éste, en que nos habla del hogar en el campo, puede que sea el de más valor, aunque no está exento de ese relleno de menudencias sin importancia que casi constituye el contenido de 1922, como hemos tenido ocasión de demostrarlo.

El nuevo volumen encierra en cierto modo un pequeño poema, por la continuidad del tema fundamental y por la emoción que todo lo satura. Podríamos decir por lo tanto que es un bello libro. Hay una ternura fresca y humana, que se hace más evidente y que nos llega más profunda porque cada nueva composición que muchas veces no es sino una nueva estrofa, se beneficia del ambiente que van formando las anteriores, pues, para mayor suerte, las primeras páginas, donde hay indudablemente una fina poesía, sirven de oportuno estímulo a nuestra sensibilidad.

En este poema, aparece el poeta tal como le conocemos, literariamente, es decir, como un buen muchacho francote, con su gran corazón a flor de piel, llano y noble como un hidalgo castellano, gustándose de las bellezas del hogar y mostrando en todos sus gestos y palabras, ese amoroso sentimiento que en todas las cosas halla quien en sí lo lleva.

Desde *Ciudad*, es *El hogar en el campo* el libro más bello y más completo de Fernández Moreno, y casi no habría necesidad de repetir que ello se debe a la emoción humana que fluye de todas estas nuevas y conmovedoras estrofas.

Veinte años, por *Jorge Obligado*. — Agencia General de Librería y Publicaciones. Buenos Aires, 1924.

YA Amorim inició su obra literaria con un volumen de versos titulado en la misma forma que este que hoy nos ofrece Jorge Obligado. *Veinte años!* Y en verdad hay el espíritu juvenil de un muchacho de tal edad en este libro que nos lo imaginamos la obra inicial de un poeta, destinado a transformarse profundamente y a realizar una labor valiosa y perdurable.

Aunque las composiciones actuales no sirvan para considerar a *Veinte años* como un libro de mayor valor, son suficientes para probar que este Obligado no ocupará puesto menos digno que los otros poetas del mismo nombre con que se honra nuestra literatura. Y hasta creemos que tal vez alcance mayor desarrollo, ya que este volumen no es para nosotros sino la manifestación casi diríamos epidérmica de una singular personalidad que ahora sólo se advierte como entretenida en jugar al arte.

Estamos seguros de que Jorge Obligado, bajo cuyas manos el verso es dúctil como sintiendo la presión del artífice, adquirirá muy pronto la intensidad que una próxima evolución dará al espíritu de este juvenil poeta.

RAFAEL DE DIEGO.

BIBLIOGRAFIA HISTORICA

Manual de Historia de las Civilizaciones, por *Mariano Antonio Barrenechea*; "Antiguas": (I) "Oriente", nueva ed. 1923, port. + Advertencia + 101 + ind.; (II), "Grecia", 1920, port. + 173 + ind.; (III) "Roma", 1921, port. + Adv. + 185 + ind.; id. id. "de la Edad Media"; (IV), 1924, port. + Adv. + 136 + ind. — Buenos Aires, Schola, in 8.º menor. (II), en colaboración con José Bernabé Rúa.

Los tres primeros tomos de estos Manuales han obtenido, dice el autor en la Advertencia del cuarto (pág. 5), un "éxito completo". Esta circunstancia discierne un interés especial al examen que de ellos emprendemos, ya que nos ilustrará no sólo acerca de la obra del Sr. Barrenechea, sino también acerca del ambiente educacional que la consiente y fundamenta su fortuna.

El título, ciertamente acertado, nos hizo esperar que la obra respondiera a él en sus criterios dirigentes, pero un breve análisis del plan nos despojó de aquellas tempranas esperanzas. Habíamos creído dar con un estudio gradual de las civilizaciones, que hubiera respondido a conceptos modernos de la Historia, pero nos encontramos con que etapas diversas de la cultura — las de la Oriental, de la Griega, de la Medioeval, v. gr. — son reducidas a un solo momento en forma de excluir la noción de la cultura que evoluciona y aun de dar de ella una idea sumamente atenuada.

El plan no revela cuidado, ni erudición, ni disposición didáctica. Hay puntos tratados con una extensión que no guarda una explicable proporción con la de otros, teniendo en cuenta la respectiva importancia histórica: en "Religión Griega" (II. 20 a 36) se amontonan biografías de dioses y de héroes, de valor puramente legendario y no se establecen caracteres generales y propios de esa religión, ni se habla de los oráculos que

tanta parte tuvieron en la vida helénica, ni del culto. El mismo defecto de plan, aparece más flagrante en el estudio de la Filosofía de los Griegos: a los cínicos es dedicado un párrafo de 69 líneas (II 147 a 150), mientras que Platón y Aristóteles, no merecen más que unas referencias accidentales; para la cultura helenística no hay cabida en el libro del Sr. Barrenechea, pero la guerra Lamíaca se estudia detalladamente (II. 172). Este criterio distributivo nos resulta más extraño, cuando leemos en la "Advertencia" del tomo de Roma estas juiciosas palabras (III. 4): "Hemos pues abreviado en lo posible el relato de los acontecimientos particularmente políticos, y hemos prestado mayor atención a los hechos que revelan mejor la evolución del espíritu del pueblo romano, que interesan más directamente a la historia de la civilización y de la cultura propiamente dichas". El carácter general de estas ideas referidas al tomo de Roma, hace pensar que bien podrían haber influido en la redacción del de Grecia, aunque este fué dado a luz un año antes que aquel. Esta "Advertencia", detendrá un instante nuestra atención. Y no para delatar una contradicción entablada entre dos de sus párrafos: "Nuestro propósito no ha sido publicar una Historia más con la pretensión de superar las existentes "dice uno, y: "El autor del presente librito ha querido mejorar esos manuales que circulan ahora entre los estudiantes", replica el otro, m. 0.024 más abajo. Vaya a saber el lector desapasionado, cuál trasunta la verdadera pretensión del autor! Pero esto carece de importancia pedagógica, en nuestra opinión, porque los estudiantes no leen las advertencias de los Manuales que usan. Nos interesan las ideas directrices expuestas en el lugar indicado. Promete el autor no ocuparse de leyendas, evitar los datos biográficos; dice que "ha sacrificado de buena gana la amenidad a la verdad, la fantasía a la exactitud, la belleza a la precisión" (III. 5). Pero a pesar de estos loables propósitos, no perdona ni una leyenda, supedita el desarrollo "serio" de los acontecimientos a una biografía — como en el caso de la de Demóstenes (II. 155 a 157) y nos cuenta como ciertas las historias de "Eneas, hijo de Venus" (III. 20), de Ascanio, Numitor, Amulio y de la Rea Sylvia, a cuyo respecto, sin gracia ni verdad refiere: "...el dios Marte *cugañó* [burló] la vigilancia del usurpador

[Amulio] y *sus visitas* a la vestal Rea Sylvia tuvieron por resultado el nacimiento de dos gemelos"...

La contextura del volumen de Edad Media, deja la impresión de que hubiera sido terminado apresuradamente, truncándose el plan, pues son excluidos varios temas importantes: el reinado de Federico II en Alemania, la guerra de los Cien Años, el pre-renacimiento en Italia, la aparición de los turcos y la caída de Constantinopla, etc. Estas oquedades que mutilan seriamente el plan, se complican con el descuido por seguir las "series históricas" y ambas circunstancias concurren al efecto de producir la deficiencia general de ese tomo.

En su aspecto científico, nos encontramos ante una obra cuya información está atrasada varias décadas en muchos e importantes puntos, lo cual es un grave defecto que puede bastar para decidir el juicio sobre un libro de texto. El texto y el profesor deben proporcionar conocimientos al día con los adelantos de sus asignaturas, auscultando continuamente las palpitations de la investigación científica. De lo contrario la enseñanza será trasnochada, como el libro del Sr. Barrenechea. Por otra parte, quién sino el profesor de los colegios y escuelas, habrá de seguir el ritmo del investigador? Solo así se complementarán en la misión de moldear y difundir la cultura y si no se entendieran morirían ambos: el investigador por ignorado; el profesor por ignorante.

Toda vez que en los "Manuales" se alude a Geografía o a Etnografía, se advierte lo débil de los conocimientos del autor en esas disciplinas. Tocante a la primera, en el capítulo de Egipto (I. 19) se asegura que este país está situado en la zona de los vientos alisios "*por eso* su clima es excesivamente seco", con lo cual demuestra el Sr. Barrenechea desconocer lo que son los vientos alisios a la par que las razones por las cuales no llueve en Egipto. La reseña geográfica de Grecia es paupérrima y del tipo antiguo: una enojosa enumeración de nombres de accidentes, sin concierto ni ilación, en que se omite toda alusión al clima. Mas allá (IV 19) se llama Rhone al río Ródano (Rhône). Algunas concepciones felices de geografía histórica, no tienen cabida ni en el texto ni en los mapas, tales el de *Asia Anterior* ("Vorder Assien") de los historiadores alemanes, y

el de la *Media Luna de Tierras Fértiles* ("Fertile Crescent") debido a Breasted y adoptado ya por otros historiadores, Moret por ejemplo.

Pero en punto a Etnografía los errores y lagunas son incomparables. Allí se mezcla la tradición bíblica con las investigaciones de hace 50 años y el resultado es un soberbio enredo. Desde luego, confunde el Sr. Barrenechea Etnografía y Etnología (I. 7 y 8). Afirma que "los asirios pertenecían a lo que parece a la raza escita o turaniana" (I. 48), lo cual es un error, pues los asirios eran buenos semitas. Tratando de Palestina ensarta lo siguiente: "Más tarde este valle [el del Jordán] fué ocupado por los filisteos, *población guerrera, originaria del Asia Menor, y por último por los Hebreos*". Hasta ahí el Sr. Barrenechea. Pero ni los filisteos ocuparon el valle del Jordán, sino el borde de Palestina, sobre el mar, ni constituían una población guerrera (Cf. G. Glotz, *La civilización Egèenne*), 7 y 68, "La Renaissance du Libre", París, 1922), ni provenía del Asia Menor (Cf. Glotz, *id.*; L. Desnoyers, *Histoire du Peuple Hebreu*, I. 26 y sig. Picard, París, 1922), ni llegaron a Palestina antes que los Hebreos al valle del Jordán. Bastantes desaciertos en pocas palabras, ¿no es verdad? Tomemos otro ejemplo en Grecia. Las excavaciones que desde principios del siglo han realizado en Creta, Evans y sus continuadores que vienen trastornando los conocimientos que acerca de la prehistoria de Grecia se tenían, no han revelado aún al Sr. Barrenechea cosa digna de ser consignada en su texto: ni la curiosa cultura del "palacio", ni las concordancias con la historia egipcia, ni la influencia cretense en el continente, etc. En cambio, el Sr. Barrenechea nos habla de los pelasgos (II. 7) que habrían sido los primeros habitantes de la península y que pertenecían al grupo ario. Esto es un disparate; los arios fueron los indos y los iranos. Ese grupo de pelasgos, — continúa impassible —, se dividía, y uno de los núcleos que resultaron, el de los helenos, se dividió a su vez en cuatro tribus: aqueos, colios, etc. (II. 8). De donde queda afirmada una nueva inexactitud: que los pelasgos y griegos eran de la misma familia.

En la parte dedicada a Fenicia, entre errores grandes y menudos brilla el siguiente: "los fenicios fueron los primeros y

durante mucho tiempo los únicos navegantes del mundo antiguo” (I. 60); en igual sentido se pronuncia tratando de los Griegos (II. 10). Cae el Sr. Barrenechea en un error generalizado que los estudios modernos tienden a corregir. Dice al respecto H. Berr: “Después de que la acción de los egeos aparece netamente, la de los fenicios — respecto de la cual había tendencia a exagerar — se encuentra disminuída. La Fenicia no adquirió su desarrollo, hasta el siglo XI a. J. C. próximamente, después de la caída del poder minoico; su supremacía en el Mediterráneo va de 1100 a 800 a. J. C., aproximadamente. Desde el S. IX a. J. C. los griegos han renovado las tradiciones egeas y poco a poco han desplazado a los fenicios”. (Avant-Propos a J. Glotz. cit.). La misma tendencia que resumen estas palabras del Director de la *Revue de Synthèse Historique*, manifiesta Breasted, quien en su excelente texto de Historia Antigua (J. E. Breasted, *Ancient Times*, Ginnand Co., Boston, 1916), no dedica a los fenicios un capítulo especial, sino los estudia en el que corresponde a los albores de la civilización helénica.

Difícilmente se pondría aventajar al Sr. Barrenechea en su habilidad para concertar disparates. Vaya un ejemplo (I. 13): “Con el fenómeno del *diluvio universal*, (?) o mejor dicho, del *calentamiento del globo* [??] cuyo resultado fué el derretimiento de los hielos que cubrieron, durante incalculable tiempo, la Europa Central, terminan los tiempos cuaternarios, una nueva raza humana, de origen asiático, aparece sobre la tierra y se inicia el período que se llama de la piedra pulimentada”. Esto es un zarandeo de todas las ciencias: gramática, lógica, geología, prehistoria, sin hablar de la pedagogía, que reclama claridad en la expresión, claridad como promete el autor del parrafito en una de sus Advertencias (I. 6). Nada digamos en desagravio de la gramática ofendida por esa rara construcción, ya que en elegancia ni hay que pensar, y pasemos por alto a la lógica — lógica menuda — que no entiende eso de que *aparezca sobre la tierra una nueva raza humana*, que viene, nó de Júpiter, sino ¡del Asia! Consolemos a la Geología que agradece aún a Ed. Suess una de las más geniales síntesis de la ciencia moderna — *Das Andlitz der Erde* — en donde se explica en forma seductora aquella inundación de la Baja Caldea (Sinear), que

pasó a la leyenda con el nombre pomposo de diluvio universal, y que el Sr. Barrenechea confunde antojadizamente con el fenómeno glacial! La Geología — ciencia que aprécia el autor de nuestro libro (I. 11), no es culpable de tales errores, ni de que se hable del *calentamiento del globo*, como no lo es la prehistoria de las raras e inadmisibles concordancias cronológicas que se le atribuyen (Cf. Capitán, *La Prehistoire*, 95 y sig. Payot, Paris, 1921; de Moorgan, *L'Humanité Préhistorique*, 74, La Renaiss. du Livre, Paris, 192').

Si después de todo esto, no nos hubiéramos hecho impermeables al asombro, de seguro que nos caeríamos de espaldas, al comprobar cómo se contradice en sus diversas partes el texto del Sr. Barrenechea, lo cual prueba dos cosas que tienen poca importancia en sí: que el autor ha escrito sin cuidado y que no conoce historia, pero que son perjudiciales por sus consecuencias, pues nada hay más nocivo, acaso, para la enseñanza, como las contradicciones del texto o del profesor. Como la única forma de documentar nuestros asertos es recurrir a los ejemplos, presentaremos dos nada más; primero, “los dos más grandes poetas de Grecia, —dice por ahí (II. 113)— Homero y Hesiodo, florecieron más o menos, mil años a. J. C. el primero, y el segundo 900 a. J. C.”. De paso, digamos que según los datos corrientes, Hesiodo habría vivido entre los siglos VIII y VII a. J. C. y que la primacía es discutible. Pero antes ha dicho (II. 16), que “vivió Homero unos tres siglos después de la guerra de Troya”. El lector desprevenido — v. gr. el pobrecito estudiante que *debe* aprender la hermosa historia de la Hélade en este libro — no advertirá la contradicción, porque el Sr. Barrenechea no fija la época de la guerra de Ilión; tomemos en su defecto, una cronología corriente (E. Cicotti, *Storia Greca*, 354, Vallecchi, Firenze, 1922); el fin de la guerra se coloca en el primer cuarto del S. XII a. J. C.; tres siglos más tarde, época en que cantó Homero, según uno de los párrafos transcriptos; 900 a 875 a. J. C., inconciliable con el otro dato: 1025 a 975 a. J. C., por más que se alargue la vida del meónida. Ejemplo segundo: “según las tradiciones —escribe (II. 50) — más o menos hacia el S. XVI a. J. C., Cecrops llegado de Egipto fundó una ciudad que tomó el nombre de Cecropia... Un siglo y

medio más tarde llegaron los jonios... siendo Teseo quien hacia 1300 a. J. C. consiguió reunir en uno solo los doce demos". Los jonios habrían poblado al Atica, según este pasaje, cuya superfluidad — dado el carácter legendario de sus fundamentos, — no criticaremos, en la segunda mitad del S. XIV a. J. C. Esta afirmación no impide a nuestro autor escribir (II. 63) que "La parte N. de Grecia se hallaba habitada por los eolios y los dorios y el Peloponeso por los aqueos y los jonios. Esta distribución del territorio fué radicalmente cambiada en el S. XII, debido a la marcha [qué léxico] de los dorios conocida *por el* [qué redacción] "Regreso de los Heráclidas". Estos dirigiéndose hacia el Sur, invadieron el Peloponeso, presionando *vivamente* a los pueblos que en él estaban establecidos. *De ellos los aqueos* se refugiaron en el centro y norte de la península, y los jonios prefirieron emigrar, yendo a establecerse en el Atica, y en las costas de Asia". Aquí los instalan a los jonios dos siglos después que allá. Escribir un libro con tan pocos conocimientos y cuidado, no es obra seria y menos lo es recomendarlo, como han hecho los catedráticos gracias a quienes ha obtenido el "completo éxito" que menta el autor.

Podría ser un atenuante de la severidad del juicio que el libro en su aspecto científico merece, la circunstancia de que hubiera sido escrito en buena forma o siquiera adecuada. Mas no hay lugar para ese paliativo. El estilo de nuestro libro es casi siempre impertinente por lo ampuloso, y declamatorio a ratos, con no pocas caídas en el palabrerío anodino. En una página y media que se consagra a Sócrates (II. 125 a 127) no se explican ni el sistema del pensador ateniense, ni los rasgos que lo diferenciaron de los sofistas, ni se habla de su "mayéutica". etc.; pero se leen vacuidades como ésta: "su conversación era pública *en el más alto grado, perpetua*" (?); allí donde caben los datos precisos y conexos para evocar la congruencia maravillosa del pensamiento y la vida del filósofo, se derrama un material desordenado que no consiente la síntesis, ni promueve al pensamiento. En "Guerra del Peloponeso" — otro ejemplo del mismo defecto capital tratándose de un libro para la enseñanza — las palabras están en relación a los conceptos, en respetable superávit.

La lógica que el Sr. Barrenechea derrocha en sus Manuales

desconcertaría al mismo Aristóteles. “Los griegos — escribe por ahí (II. 7) — fueron pastores y labradores, pero como eran escasos el ganado y los cereales, y, por el contrario, abundantes el vino y el aceite, la misma índole de esas producciones los impulsó al comercio, mientras la naturaleza les invitaba a la navegación”. Sin ocuparnos del estilo y la gramática silvestres, barruntamos, en cuanto al fondo, que se nos quiere decir: “Los griegos fueron pastores y labradores, pero por estas razones y por las de más allá, no lo fueron y se dedicaron al comercio y la navegación”. Esta lógica compete en eficacia pedagógica con la siguiente simpleza: “el historiador griego Herodoto, que visitó el Egipto *en la antigüedad* — (I.26); Mr. de la Palisse no lo hubiera pensado mejor. En ocasiones da pruebas el Sr. Barrenechea de que no sabe manejar el idioma con la necesaria agilidad para expresar las ideas que desea; queriendo establecer que cada uno de los libros de la obra del halicarnáseo lleva distintamente el nombre de una de las musas, escribe: “. . .Las Historias de Herodoto, divididas en Nueve libros a los cuales se dió *el* nombre de las Nueve Musas”. . . (II. 117); pocas líneas más abajo se asegura que Cicerón llamó al mismo Herodoto, “padre de la Historia, no sólo porque es el más antiguo de los historiadores griegos cuyos escritos hayan llegado *hasta nosotros*. . .”, nosotros, los historiadores modernos, de quienes Cicerón — dice el historiador Barrenechea — es autorizado contemporáneo. Sin alarmarnos ya, seguimos leyendo (II. 113): “Las bellas letras y las *ciencias*, las *artes liberales* (?) y las *mecánicas* (!) . . . fueron . . . llevadas por ellos (los griegos) al *más alto grado* de belleza y *perfección*”. Indiscutiblemente, el autor de estas líneas no fatiga su cerebro cuando escribe.

Dos de los tomos (I y IV) de la obra del Sr. Barrenechea, aseguran en la portada que están “*adornados* con grabados y mapas”. Digamos al caso — sin la pretensión de hacer crítica de arte —, que algunas de las ilustraciones que *adornan* los textos, según el autor, son ridículas y antiestéticas: dos caballeros patizambos entre los yuyos (IV 53), p. e. Es otro el criterio que debe regentar la elección y disposición de los grabados; deben aclarar, completar el texto, ahorrar explicaciones en el caso oportuno y sobre todo, deben escogerse y distribuirse con “sentido

histórico" de que carece completamente la ilustración del libro del Sr. Barrenechea (ver p. ej. II, 13, 14 (!), 35 (!), etc.). Muchos son los ejemplos presentables para dar idea de cómo puede ilustrarse un libro con "sentido histórico": el de Breasted, citado; Goodspeed: *Ancient World*; la Historia Universal dirigida por Pflugk-Harttung (edición en italiano de la S. E. L. Milán); la *Historia da Colonização Portuguesa do Brasil*; éstas dos, realmente notables por sus ilustraciones; entre nosotros, los textos del Sr. Rómulo D. Carbia son excelentes, en ese aspecto.

Al hacer un examen retrospectivo, se detiene nuestra atención en un párrafo de la "Advertencia" al tomo de Roma, cuyo sabor estamos en condiciones de percibir: el texto — dice el Sr. Barrenechea (III, 5) "es un elemento de trabajo que deben emplear conjuntamente el señor profesor y los estudiantes, y... la explicación del profesor debe llegar hasta donde no alcance el texto y debe simplificar lo que no es directamente accesible a la inteligencia del alumno". Si los profesores de Historia no se desempeñan con independencia de textos tan deficientes como el que hemos examinado, deberá ser ésa ¡hélas! su misión docente: salvar los errores científicos, corregir las "inadvertencias" gramaticales, neutralizar las fallas didácticas, disimular las contradicciones, tan abundantes en el libro del Sr. Barrenechea, que ha obtenido un "completo éxito".

FEDERICO A. DAUS.

Descripción de un cráneo sirionó, por Félix F. Outes. — Buenos Aires, 1924 [1-1] + 191. — 212 páginas.

ESTA nueva publicación del conocido especialista argentino el señor Félix F. Outes, es una separata de *Physis*, la revista de la Sociedad argentina de ciencias naturales.

El cráneo estudiado, fué cedido al autor por los señores Carlos Lizer y Luis F. Deletág, quienes efectuaron un viaje por Tarija, Santa Cruz de la Sierra y Bení; realizaron, al mismo tiempo algunas observaciones y lograron reunir objetos antropológicos, etnográficos y arqueológicos, entre ellos algunas máscaras usadas por los Chané, en sus pantomimas y que entregaron

también a Outes, quien, en este mismo trabajo, promete ocuparse de ellas próximamente.

El autor, con su acostumbrada erudición y método, comienza su trabajo suministrándonos una serie de datos sobre los Sirionó, advirtiéndonos que es un grupo indígena cuya morfología y somatología se desconocen en absoluto. Inmediatamente nos suministra la bibliografía sobre el asunto y junto con ella la dispersión de los citados indígenas. Outes infiere, de las noticias que resume, que los Sirionó tienen actualmente sus aduares en los bosques impenetrables que se encuentran en la extensión limitada por los ríos Guaporé y Baurés, el Mamoré y el Securé, y además los 17° 20' de latitud sur.

Aprueba Outes con prudencia el segundo punto de vista de Nordenskiöld, quien rectificándose en su antigua opinión sostuvo, por último, que los Sirionó eran una agrupación primitiva, la cual por haberse encontrado en contacto con otras fué guaranizada. Pero Outes hace la siguiente salvedad: "mientras no se obtengan los elementos corroborantes de prueba en el mismo terreno, pienso que conviene encarar este complicado problema de etnogenia sudamericana con suma cautela, tanto más, cuanto que existen datos diversos que justifican las sospechas del sabio americanista sueco. La sola transcripción de dos textos, redactados en épocas diferentes, y cuya vaguedad salta a la vista, bastará para explicar mis propias reservas. Se estudia, luego, el cráneo bajo el punto de vista antropológico, con toda meticulosidad y además se detiene en una anomalía que presenta en la región basilar que según afirma trátase de "un *processus condyloideus tertius* bien caracterizado, constituido por una protuberancia situada en el borde intercondileo anterior, más ancho que largo, provisto de una faceta articular cuyo diámetro mayor, de 12 milímetros, es transversal, y el menor de 9 milímetros, dirigido en el sentido ánteroposterior."

Hace constar Outes la escasez de los documentos publicados sobre los grupos humanos que subsisten en el oriente boliviano y la dificultad de encontrar elementos de comparación pues hasta ahora sólo se contaba con las referencias o mejor dicho la diagnosis de Biasutti sobre un cráneo sirionó obtenido por Nordenskiöld, las observaciones sobre los chiriguano de Lehmann-

Nitsche, los datos de Ten Kate sobre cuatro individuos, también chiriguano; de las descripciones de dos cráneos de hombres Kayuvavas de Ecker y de Merejkowsky; y de lo que informó Giuffrida-Ruggeri sobre un cráneo Kavina.

Finalmente el autor compara el cráneo sirionó en su poder con las informaciones dadas por los autores citados últimamente y llega a las siguientes conclusiones: "Los resultados obtenidos mediante las comparaciones realizadas, son realmente sugerentes, pues proporcionan indicios que plantean el problema de las vinculaciones étnicas de los Sirionó, de acuerdo con una fórmula en cierto modo inesperada. Y me atrevo a sospechar que, con mayor material, acaso sea posible afirmar, en definitiva, que los Sirionó representan un tipo morfológico cuyos elementos afines se hallan entre las numerosas tribus que habitan a lo largo del curso superior del Tahuamanu, del Manuripi, del Tambopata y Heath, como de buena parte del Madre de Dios y Beni".

JUAN CÁNTER.

CRÓNICA MUSICAL

Gabriel Fauré y Giacomo Puccini.

CASI simultáneamente, con pocas semanas de intervalo fallecieron dos compositores de igual fama en los polos opuestos del arte, en que se desarrollaron sus respectivas carreras. Uno, Gabriel Fauré, artista en la más noble y elevada acepción del vocablo, músico que cultivó con igual genialidad los géneros superiores: el arte sinfónico, de cámara, vocal, instrumental y el teatro simbólico y poético; artífice que cinceló maravillosas joyas; revolucionario de la armonía, cuyas innovaciones abrieron amplios y nuevos horizontes y dejan huellas imperecederas en la historia y la evolución de la música; maestro de grandes maestros; crítico esclarecido y orientador; uno de los más puros y genuinos representantes del espíritu y del alma de su raza... El otro, Giacomo Puccini, talento popular y bullanguero; ídolo de los operistas del mundo, cuyos gustos trabajó constantemente, con inteligencia, más de una vez con elegancia y saber; *record-man* mundial de la taquilla, por la que tuvo solícitos y paternales cuidados; creador a quien el progreso del arte lírico, el único que cultivó, nada le debe.

Para distinguir la orientación artística y estética, los gustos y las preferencias literarias, de las cuales derivan, como es lógico, los méritos de la labor musical, basta recordar que Gabriel Fauré comentó textos poéticos de Baudelaire, Verlaine, Sully-Prudhomme, Leconte de Lisle, Samain, Villiers de L'Isle-Adam, van Lerberghe, Richepin, Silvestre y que en el teatro escribió música de escena para *Pelleas et Melisande* de Maeterlinck, (antes que Debussy) *Shylock* de Shakespeare, *Prometeo* de Jean Lorrain y *Penélope*, drama lírico en tres actos de René Fauchois; en tanto

que Puccini se sintió impresionado y subyugado por la *Tosca* de Sardou, *La vie de Bohème* de Henri Murger, *Manon Lescaut* del Abate Prevost, *Madame Butterfly*, dulzona y ñoña novela yankee, *La Fanciulla del West*, vulgar film grand-guignolesco, yankee también — ¡oh los derechos en dólares! — *Il Tabarro*, drama comprimido y brutal, etc.

Estos gustos literarios, bastan y sobran para colocar en su sitio, dentro del arte universal, a Fauré y a Puccini; pues, como queda dicho, su respectiva labor musical está en concordancia con los textos inspiradores.

En lo que a música se refiere, impera, aún entre las personas cultas, una benevolencia, una secreta simpatía por lo vulgar y plebeyo, probatoria de que, en el mundo, el gusto musical no está todavía tan refinado como el gusto literario, pictórico o escultórico.

Admitamos, por un momento, que la melodía infinita de Wagner, tan admirablemente expresiva, por estar repartida, diremos, entre las voces y las diferentes familias de la orquesta, no pueda ser percibida del todo por quien carezca de hábito auditivo sinfónico; que el colorido deslumbrador de Rimsky-Korsakoff, el intenso desarrollo que sufren las ideas en Beethoven, la subyugadora fuerza dinámica de Strauss, la arrebatadora vida rítmica de Strawinsky, en una palabra todo el arte que se basa en el sinfonismo, en el armonismo, en la politonalidad, que se aparta de la línea melódica y de su acompañamiento, exija una disciplina para ser plenamente gustado; pero ¿cómo explicar, sin la existencia de un encanallamiento, acaso atávico, que se prefiera el "Vissi d'arte" de *Tosca*, a esas maravillas de pureza, de armonía, de belleza eterna que se llaman *Roses d'Ispahan* (Leconte de Lisle), *Après de un rêve* (Romain Bussine), *La Bonne chanson* (Paul Verlaine) de Gabriel Fauré, que con tan íntima e intensa emoción, tan perfecta concordancia espiritual, comentan esos textos poéticos; o que, en el mejor de los casos, quien guste de estas obras, pueda gustar también del vals de Museta?

¿Y el eclecticismo? se dirá... No confundamos eclecticismo, con tragaderas... No es ecléctico, quien admira a Cervantes y a Pérez Escrich, a Gabriel d'Annunzio y a Ponson du Terrail,

a Dostoiesky o Ibsen y a Carlota Braemé o Carolina Invernizio... Y, al fin y al cabo, entre Fauré y Puccini, existe igual diferencia que entre Maeterlinck o Verlaine y Sardou o Xavier de Montepin!

Puede admitirse, que después de un banquete o a impulsos de la Primavera, el aficionado al arte sinfónico o de cámara, el que admira *Tristán e Iseo*, *Pelleas et Melisande*, *Boris Godunow* o *Falstaff*, sienta un picante placer, en oír una libidinosa opereta, en escuchar chispeantes *couplets* de café concierto; del mismo modo que es explicable que el asiduo lector de Dante, Shakespeare, Goethe o Anatole France, guste, como solaz para el espíritu, de una graciosa novela de Willy o una "astracanada" de Muñoz Seca, concebidas para causar hilaridad... Pero complacerse, deleitarse, conmovirse en la evocación sonora de actos brutales y repugnantes, carentes en absoluto de esencia musical; de caracteres — ¡cuando existen! — despreciables, que el misterioso y místico lenguaje de la música no puede expresar; en la sensiblería barata, en la ausencia de nobleza y elevación de sentimientos; por más dorada que esté la píldora, con un melismo epidérmico y dulzón, no carente, a ratos, de elegancia; con efectos orquestales, más de una vez chispeantes y delicados; es algo que va más allá de nuestro entendimiento.

Por más apreciables que sean las cualidades técnicas y objetivas, con que el compositor adereza su obra, lo primordial en el drama lírico, es la evocación de situaciones poéticas, de nobles pasiones, de caracteres ejemplares, dignos de ser exaltados por la música; es decir todo lo subjetivo, lo que emana de la sensibilidad del autor, identificado, por afinidad espiritual, con el drama al que da vida y con los personajes que en él sufren o gozan.

La figura de Penélope, contiene una admirable esencia musical, el dolor de Prometeo, el drama íntimo que se desarrolla en *Pelleas* y en *Melisande*, ofrecen ancho campo a la materia musical... Lamentamos no poder decir otro tanto, de Marcelo y Rodolfo, a quienes si Mimi y Musetta fueran menores de edad, se aplicaría, con entera justicia, la Ley Palacios; los cuatro tenebrosos disimulados que actúan en la *Bohème* ni hablan de arte, ni sienten el dolor inherente al fracasado; únicamente les inte-

resa el dinero, los amores *productivos*, no pagar el alquiler, y, para usar un término criollo, *calotear* la cena... En la obra de Murger no se trata de la sublime bohemia de Heine, Verlaine, Villiers de L'Isle-Adam o Samain; sinó de la vida de holgazanes y amorales que al amparo de una melena y de una indumentaria típica, simuladoras de talento poético, musical o filosófico, viven de la trata de blancas... Dudamos mucho que los que en *Bohème* evocan sus años juveniles y de música, hayan meditado sobre la psicología, los caracteres, los sentimientos de esos tristes personajes que en la vida real serían despreciados o irían a la cárcel.

Que Giacomo Puccini haya hecho seres simbólicos de semejantes individuos, es harto sintomático: no comprendió cual era la catadura moral de esos sujetos y trazó, musicalmente, caracteres sin relieve, sentimentaloides, muy del agrado del grueso público, pero discrepantes con la esencia del drama.

Tampoco creemos que la repugnante figura de Scarpia, el gandul de Des Grieux y la pispireta de Manon, acechados también por la ley Palacios; el ambiente de bandidaje cinematográfico de *La Fanciulla del West*; de bajo fondo social de *Il tabarro*; ofrezcan a un verdadero artista, materia para desarrollo de una música que concuerde íntimamente con la vida interior del drama; y, si como acontece más de una vez con Puccini, la inspiración es superior al sujeto comentado; la música se empeña en ennoblecer caracteres y situaciones innobles; confesemos que con mejor gusto literario y menos benevolencia para con la taquilla, el celebrado compositor verista hubiera podido elegir libros de más positivos méritos artísticos y estéticos, que posee a granel la literatura italiana, despreciada sistemáticamente, para buscar en países extranjeros, Francia y Estados Unidos, lo menos elevado y más popularizado que pudo encontrar.

No negamos, ni mucho menos, que la inspiración de Giacomo Puccini fuera agradable, fluida, sensual, aunque carente de intensidad; que su instrumentación, verbigracia en *Madama Butterfly* y *Gianni Schicchi*, llegara a efectos delicados, coloridos, pintorescos; que fué el más artista de los veristas italianos; que poseyó cualidades musicales más que apreciables. No, injusto sería no inclinarse antes sus múltiples y positivas dotes; pero que-

remos colocarlo en su sitio dentro del teatro lírico contemporáneo, que es similar al que ocupan en el teatro dramático un Victoriano Sardou, en la novela un Jorge Ohnet.

Autor de éxitos populares, sí; pero nunca un artista digno de que se instituya un *Premio Giacomo Puccini*, para un joven compositor argentino, como se ha instituido últimamente aquí, para vergüenza nuestra.

Hubiéramos concebido un Premio Gabriel Fauré, porque se trata de una de las figuras ejemplares del arte de todos los tiempos; por la genialidad de su labor innovadora, por los géneros que cultivó, por las enseñanzas que dejó en todos ellos, por haber sido el esclarecido maestro de Maurice Ravel, Charles Kaeblin, Florent-Schmitt, Louis Aubert, Roger-Ducasse, Paul Ladmirault, Jorge Enesco, muchos más; porque a través de sus múltiples actividades: compositor, pedagogo, crítico, ofrece ejemplos a los jóvenes, que adaptados a sus respectivos temperamentos y ambientes, solo pueden inspirar una carrera noble y una producción digna del mayor respeto.

En cambio Puccini llevará a quien siga sus pasos, no ya, como Fauré, a la admiración de las grandes obras literarias, sino al folletín y al melodrama; no ya a la música pura, sinfónica y de cámara, a la canción de concierto y al teatro simbólico o poético; sino a la pieza de efecto grueso o de brutalidad; no ya a concentrarse en sí mismo y a escribir obras llenas de nobleza y de vida interior; sino a la exterioridad, al halago de los gustos menos elevados del gran público; vale decir a todo lo que debe combatirse en aras de los prestigios del arte. Bien está, ya que para evitarlo es imposible, que la música tenga sus *condottieri*, sus explotadores, sus comerciantes, — por temperamento o espíritu de lucro — más ello no autoriza ni a exaltar su personalidad, ni a presentarles como ejemplo a los artistas noveles.

La licitación del teatro Colón.

Alea jacta est. Triunfó la mala doctrina, o más bien, la imbecilidad a secas, ya que no puede considerarse doctrina uno que otro lugar común, rebuznado por los que intervinieron en el asunto!

Están salvados los prestigios (?) del teatro Colón! Tendremos orquesta, coros y cuerpo de baile permanentes, temporada oficial italiana, temporada de *media estación* (sic); lo suficiente para satisfacer las aspiraciones artísticas de la gente bien y de los politiqueros; para halagar la vanidad de algún compositor argentino, convencido de que escribirá obras maestras, si ellas se estrenan en el Colón; y para proporcionar puestos rentados, a los artistas que los necesitan para ser algo.

Séanos permitido referirnos a lo que en los últimos cinco años aconteció en el teatro lírico Real de Bukarest, capital de la lejana Rumania. Dicho teatro era, artística y musicalmente hablando, algo semejante al Colón, es decir algo rematadamente malo, un factor negativo para la cultura del pueblo y para el arte nacional. Como en el coliseo de la Plaza Lavalle, la Opera de Bukarest estaba en manos de mercachifles extranjeros, el repertorio, formado casi exclusivamente por obras de éxito, no respondía a ningún plan de difusión artística; los intérpretes no eran sino divos; ni el decorado, ni los juegos de luces, ni los vestuarios, concordaban con las exigencias modernas; en fin, allá como acá, se daban *Tosca*, *Lucía*, *Hugonotes*, concertadas en forma igual.

Mas resulta que en Rumania el gobierno posee un asesor musical, Jorge Enesco, con capacidad y talentos probados, quien aconsejó al Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes, un cambio fundamental en el régimen de la Real Opera: se expulsó a los extranjeros reemplazándoles con artistas nativos idóneos; directores de orquesta y de escena, cantantes que interpretaron el repertorio en idioma propio, coristas, bailarines, electricistas; luego, después de dar amplia hospitalidad a las óperas de compositores locales, se suprimió casi íntegramente del repertorio, las obras carentes de méritos musicales y estéticos; en vez de adquirir decorados fabricados al por mayor en Milán, se encomendó a escenógrafos rumanos la creación de una escenografía moderna y nacional.

Desde ese venturoso día, la Real Opera de Bukarest es un gran centro de arte y de cultura; es un teatro, que en su patria, de la cual es legítimo orgullo, llena la constructiva misión que en la suya llenan la Opera y Opera Cómica de París, la Opera de

Berlín, Viena, Milán, Varsovia, Petrogrado, Moscú, Riga, Praga, Bruselas, Amberes, La Haya, Estocolmo, Cristianía, Copenhague, Tiflis, Budapest, Kiew, cien ciudades más que poseen teatros líricos nacionales o regionales.

Como aquí los Jorge Enesco no son escuchados, el Colón sigue siendo una factoría. Ciertamente es que este teatro por sus dimensiones descomunales, no podrá ser nunca un teatro de arte, un museo lírico. Ni los clásicos franceses e italianos de los siglos XVII y XVIII, ni *Don Juan*, *Bodas de Figaro*, *La Flauta encantada* de Mozart; *Freischütz*, *Oberon* y *Euríante* de Weber, *Pelléas et Mélisande* de Debussy, *L'Heure espagnole* de Ravel, la mayoría del repertorio moderno, pueden apreciarse en las condiciones de intimidad requeridas para que cada obra llegue a la sensibilidad del auditorio con toda su fuerza expresiva. Ya lo hemos dicho varias veces: oír no basta, menester es que entre el escenario y la sala, se establezca vibración sonora, que sumerja al auditor.

Cuantas veces, durante el verano, en el silencio nocturno, no oímos una sonata de Beethoven, una pieza de Chopin, tocada por alguna vecina: percibimos todas las notas, nos emocionamos por el recuerdo, pero nunca por los efluvios sonoros que emanan de la lejana versión. Por ello, en los países civilizados, los cuartetos de arcos actúan en salas pequeñas, para 500 personas, como máximo; por ello los teatros líricos dedicados a obras íntimas, subjetivas o ligeras, no llegan nunca al tamaño de nuestra antigua Opera, que es menos de la mitad del Colón.

Años hace, oímos en el coliseo municipal, una excelente versión de *Carmen*, que no nos causó impresión alguna: "otro ídolo que se derrumba" pensamos con melancolía, cuando meses más tarde en la Opera, con una Compañía de verano, la música de Bizet nos conquistó de nuevo!

Si entre los sujetos que intervinieron en el asunto del Colón, existieran verdaderos e inteligentes aficionados a la música, mentalidades fuertes y sensibilidades que vibren ante los eflujos sonoros, estas verdades meridianas, que todos pueden comprobar yendo a la Opera o aun al Marconi, donde se están desarrollando dos temporadas líricas populares, serían conocidas; pero, desgraciadamente, en ciertos medios, los estucos del vestíbulo, los cho-

rros dorados de la sala, la comodidad y lujo de palcos y butacas, los berridos de tenores y sopranos, la almibarada languidez de romanzas, arias y dúos, la posibilidad de verse representado ante damas escotadas y caballeros de frac, que aplauden con desgano y protestan reciamente contra las *latas* de los compositores argentinos; satisfacen plenamente el sentido artístico y las ambiciones de ciertos autores ingenuos que no ven más allá de la punta de sus narices, las que para el caso, se me ocurren tan chatas, que, de acuerdo con Quevedo, se pregunta uno cómo las encuentran los perfumes.

¿Para qué seguir?... ¿Para qué predicar en el desierto?... Mientras en la Argentina, como acontece en Rumania y en los países civilizados, no se escuchan a los Enescos, a los verdaderos artistas que no obren por vanidad, concupiscencia o deseo de halagar a las personas encumbradas, seguiremos en las mismas, sin que, por otra parte, ello influya mayormente sobre nuestro progreso y sobre nuestra cultura.

El teatro es una de las ramas de la música, la más popular y la menos elevada, no por falta de obras buenas, sino por la prostitución de que es objeto.

Si en nuestro país se realiza una obra educadora y civilizadora, digna de enorgullecernos, es fuera y a pesar del Colón y del oficialismo. Dos orquestas, la Filarmonía y la Sinfónica, ocho sociedades musicales: Sociedad Nacional de Música, Asociación Filarmonía Argentina, Asociación Wagneriana, Diapasón, Sociedad Cultural de Conciertos, Amigos del Arte, Sociedad Argentina de Música, Sociedad Pro Cultura Musical, que sostienen cinco cuartetos de arco y dan anualmente más de doscientas audiciones, representan un esfuerzo artístico y una fuerza, que pueden compararse con las de los más grandes centros musicales del mundo. Merced a estas diez sociedades, Buenos Aires está al tanto de la música de cámara, instrumental, coral y vocal clásica, romántica y moderna; ello basta para proclamar la mentalidad del pueblo argentino y para asentar una sólida y ecléctica cultura, ajena a los prestigios del teatro Colón, para usar la hueca jerga del operismo oficial.

GASTÓN O. TALAMÓN.

BIBLIOGRAFIA

LETRAS ARGENTINAS

Antología Argentina. Poetas modernos. Carlos Guido y Spano. Olegario V. Andrade. Ricardo Gutiérrez. Rafael Obligado. Almafuerte. Lugones. Selección de *Ernesto Morales*. — El Ateneo. — Buenos Aires, 1924.

ERNESTO Morales, simpático poeta, es un feliz antólogo. Tiempo atrás, dirigió con muy buen gusto *Hebe*, selección mensual de páginas literarias, y formó con discreción y acierto en colaboración con D. Novillo Quiroga, una *Antología de poetas argentinos contemporáneos*. Ahora ha publicado un tomo de *Poetas modernos*.

“Es necesario llegar hasta Carlos Guido y Spano para encontrar un poeta argentino del cual se pueda escoger un haz de composiciones aún frescas; y, después de él, a Ricardo Gutiérrez, Olegario V. Andrade, Rafael Obligado, Pedro B. Palacios (Almafuerte) y Leopoldo Lugones” — afirma Morales en el prólogo, y ateniéndose a su juicio, sólo a esos seis da cabida en el primer volumen de su antología. A los demás los niega; no sólo a Encina, a Méndez, a Coronado, a Díaz, a Castellanos, a Fernández Espiro, (“son como decoraciones de teatro vistas de cerca y al día siguiente de la función” — dice de sus obras) en lo cual podemos convenir; no sólo a los versificadores pseudoclásicos de la época revolucionaria, a Juan María Gutiérrez y a Echeverría, a lo que podríamos oponer algunas razones y ejemplos, sino también a Mármol, de lo que ya disentimos resueltamente. No admiramos sino con muchas reservas a los poetas argentinos de cualquier tiempo, con excepción de Rafael Obligado, así que no compartimos la admiración que siente por Mármol, Calixto Oyuela, quien le considera “el príncipe de los líricos argentinos, uno de los mayores de América y de nuestra lengua”; sin embargo pensamos con él que “es hoy aquí como un compromiso de buen gusto (aquí suprimimos un paréntesis para que Morales no lo tome a mal) el estimarle en poco”. Morales dice: “Respetamos en Mármol el autor del más popular apóstrofe contra la tiranía”; Oyuela había dicho: “Su fama se nutre sólo de sus célebres invectivas contra Rosas, notables sin duda, e insuperables en su línea, pero que distan mucho de alcanzar, por su misma índole, las grandes alturas poéticas en que soberanamente se cierne en los *Cantos del Peregrino*”. Recomendamos a Morales que lea o relea el estudio crítico que sobre Mármol ha escrito Oyuela, ya que, como lo prueba al transcribir su excelente estudio sobre Obligado, no desdén los juicios del anciano maestro.

Concedida al antólogo la bondad de la elección por él hecha (a Hernández, “la figura más original de nuestra poesía”, lo excluye para no fragmentar su extenso poema orgánico), es justo reconocerle, ya sin

indulgente concesión, el tino, el buen gusto, la sobriedad, con que ha escogido los poemas ilustrativos. Pocos: de Guido, *En los guindos, Al pasar, At home*; de Gutiérrez: *La Victoria, La patria del Alma, El Misionero*; de Andrade: *La vuelta al hogar, Prometeo*; de Obligado: *El nido de boyeros, Las quintas de mi tiempo, Santos Vega*; de Almafuerte: *Piú avanti, Trémolo, El Misionero*; de Lugones: *El solterón, La emoción aldeana, Las cigarras, El chingolo*. ¿Son los mejores? Son, por lo menos, de los mejores, y ninguno inferior a su autor. A Morales no se le ocurriría jamás recomendar el *Dios te salve!* y otros engendros que concentran la admiración del arrabal y de algunos hacinadores de versos. Claro que si nos pusiéramos a discutir nuestras preferencias, ahí propondríamos la inclusión de, por ejemplo, *A mi hija María del Pilar, Las dos almas, La hermana de caridad, Atlántida, El hogar paterno, En la ribera*, algunas de las *Odos seculares*; pero, en verdad no hemos citado poemas tan indiscutibles, joyas líricas de tan absoluta perfección, que no puedan ser preteridos u omitidos.

Y no corresponde sino concluir que estos *Poetas modernos* de Ernesto Morales, forman una antología hecha con seriedad. — R. G.

LETRAS FRANCESAS

Révolution, novela, por *Henry Petiot*. — París, 1924.

UNA intriga de amor a cuyo desarrollo y desenlace contribuyen las escenas que precedieron a la reacción fascista en Italia: he aquí *Révolution*.

No le falta vigor ni colorido a la pluma del Sr. Pétiot, quien demuestra, además, dextenidad en la composición; pero el lado flaco de su novela está en el trazado de los personajes y en los hechos que les atribuye.

Los de *Révolution* están contruidos conforme a un patrón harto común, son demasiado *sur mesure*.

Repetir la vida cotidiana en toda su chatez creyendo que se la ha descubierto es el peligro que se corre cuando no se tiene una visión original o una potencia intuitiva superior, para suplir a los ojos y a la razón que juzga lo visto.

Pintar, describir los hombres y las pasiones, no es pintar ni describir un hombre y una pasión (¡Oh, Mr. de la Palisse!).

Una cosa es la geografía humana y social y otra la literatura.

Los personajes de *Révolution* son como *los hombres*, no como este hombre o aquél. Lo general no es materia para la literatura, si acaso para la historia. Decimos si acaso, porque también en la historia lo general muere, se esfuma, quedando por encima de este relleno aquellos hechos que se apartaron lo suficiente de lo cotidiano para significar algo por sí solos. Los componentes de *la grande armée* nadie sabe quienes fueron: queda Napoleón.

Los personajes de *Révolution* haciendo lo que se hace siempre en las ocasiones en que ellos actúan, pierden calor de humanidad y se convierten en máquinas.

¿Entonces sólo la novedad sería novelable? No, todo está en la manera. — E. S. C.

Almanach des Lettres françaises et étrangères, sous la direction de Leon Treich. — Vol. II. — Avril-Mai-Juin. — Paris, 1924.

LA promesa de León Treich, de ocuparse en su *Almanaque* de las letras extranjeras, hecha al aparecer el primer volumen, no ha sido tenida en cuenta sino muy someramente en el segundo que ahora nos llega.

Y en lo que concierne a las argentinas e hispanoamericanos, fuera del anuncio de unos cuantos lamentables fallecimientos — Joaquín V. González, Estrada, López de Gomara—no encontramos, a pesar de nuestra escrupulosa rebusca, otras muestras palpables de su promesa.

Sin embargo en lo concerniente a las letras francesas, el *Almanaque* sigue siendo el mismo libro lleno de datos útiles, de amenos recuerdos, de críticas avisadas y bibliografía numerosa, constituyendo así un verdadero arsenal del escritor y del simple lector.

Sólo es de desear, repetimos, que ensanche su campo, como el título promete, dando en sus páginas más frecuente cabida a la historia y la leyenda de las letras hispanoamericanas. — E. S. C.

Le Bal du Comte d'Orgel, roman, par Raymond Radiguet. — Paris, 1924.

Es verdaderamente lamentable que la muerte haya venido tan de improviso por Raymond Radiguet.

Y decimos así, pensando en que las promesas de *Le diable au corps* no han sido cumplidas en *Le Bal du Comte d'Orgel*, — sin excluir naturalmente el sentimiento que despierta la desaparición de un hombre joven, a quien pudo esperarle un bello destino.

Todo cuanto dijimos a propósito de *Le Diable au Corps* podríamos reeditararlo al hablar de la postrera novela de Radiguet.

Era un intuitivo formidable, y tal vez por esto le faltaba el sentido de las proporciones — patrimonio de todo lo francés — que se adquiere mediante serias disciplinas a las que difícilmente se adaptan caracteres como el suyo.

Hay en *Le Bal du Comte d'Orgel* un cúmulo de finas y penetrantes observaciones, escenas de escalofriante dramaticidad bajo las apariencias más frívolas, interés, fábula movida y mano diestra.

Pero toda la obra es de un descoyuntamiento que no está justificado, ni siquiera por el propósito del autor de hacerla en un estilo "genre mal écrit comme l'élégance doit avoir l'air mal habillé".

Este estilo externo a que aludía Radiguet nosotros lo asimilamos en su caso como en todo otro al interno: un lindo cuerpo siempre disimula un feo traje mientras que un feo cuerpo siempre aumenta la fealdad del vestido.

Manos amigas han trazado las palabras de la glorificación. Respetemos los sentimientos que inspiraron el elogio; pero digamos nuestro juicio sincero como el mejor de los inciensos quemados por la amistad.

Radiguet vivió y murió promesa. Sus veinte años no pudieron dar otro fruto. — E. S. C.

LIBROS VARIOS

Una nación secuestrada. (*El terror militarista en España*), por Vicente Blasco Ibáñez

BLASCO IBÁÑEZ nos ha enviado su famoso folleto contra el rey Alfonso y la dictadura militar, que tanto revuelo ha producido en los círculos monárquicos de este y del otro lado del Océano. Son cuatro nutridas páginas, formato diario, que justifican el revuelo de los adictos al monarca, porque en ellas éste y sus acólitos aparecen desnudos. El rey en primer término.

“Ya que me he decidido a hablar, después de larga reflexión — escribe Blasco Ibáñez — no debo mentir ni valerme de anfibologías y atenuaciones para desfigurar la realidad. Si abandono mi dulce retiro es para decir las cosas tales como son, señalando el verdadero autor de los males que sufre España.

“Recuerdo, al llegar aquí, las órdenes de combate que daban los antiguos almirantes a los artilleros, en tiempos de la marina a vela.

“—¡No tiréis a la arboladura! ¡Tirad al casco!

“La arboladura en el presente caso son los generales de opereta o de drama policiaco que forman el Directorio. El casco es el Rey.

“Y yo, español, declaro desde el primer momento, por patriotismo, por decoro nacional, que tiro contra Alfonso XIII!”

¡Y como tira! Todos los capítulos del folleto son terribles, pero ninguno como el II y el III, titulados *El Rey* y *Cómo el Rey preparó el golpe de Estado*.

“—Es igual a Fernando VII — dicen muchos que le han estudiado de cerca y hasta fueron sus ministros.

“—Aigo más — repuso uno de los personajes más eminentes de la política de la derecha en España—. Es Fernando VII... y pico.”

Eso resulta en efecto Alfonso XIII a través del folleto de Blasco Ibáñez, información anecdótica sobre la psicología y los hechos de Alfonso. De ser cierto el telegrama dirigido por el rey al general Silvestre, cuando éste, en 1921, inició su desastrosa marcha a través de Marruecos por orden directa del monarca (“¡Olé los hombres! el 25 te espero — decía el telegrama), y no hay por qué dudarlo pues se afirma, y no ha sido desmentido, que figuró en el expediente de la comisión parlamentaria de los Veintiuno, hecho desaparecer, como se sabe, por el Directorio — él basta, si no abundaran los documentos semejantes, para retratar al rey de cuerpo entero. Y a propósito del desastre de Annual y de aquel expediente, recordemos con Blasco Ibáñez:

“La comisión de los Veintiuno después de oír a numerosos testigos, dió por terminado su expediente. La culpabilidad del rey resultaba visible por las declaraciones y los documentos. Alfonso XIII siguió con inquietud el trabajo de esta Comisión cuyas funciones eran completamente nuevas. Se iban a hacer públicos en el Parlamento su desdichada intervención en la guerra, sus actos de rey absoluto, su desprecio a la Constitución. Había que ahogar este escándalo enorme y para ello apresuró el golpe de Estado, que estaban preparando los militares y que produjo el Directorio actual.

“Una parte del ejército venía conspirando de acuerdo con el rey, pero la fecha de la sublevación se había fijado para más adelante. Al saber Alfonso XIII que la Comisión de los Veintiuno había terminado su infor-

mación e iba a hacerla pública el 20 de septiembre, dió orden a Primo de Rivera para que adelantara el golpe de fuerza.

"Primo de Rivera, acelerando sus preparativos, con la seguridad que le daba el apoyo del rey, se sublevó en Barcelona el día 13."

No son menos sabrosos los capítulos restantes: *Primo de Rivera y sus acólitos, El fracaso del directorio, El peligro del militarismo español y la necesidad de su muerte*. Espigamos al acaso sobre Primo de Rivera en dos columnas nutridas de recuerdos y anécdotas:

"De todos los generales del ejército español el menos indicado para representar una revolución moralizadora es Primo de Rivera... Durante más de treinta años, cuando los militares españoles querían mencionar un caso de favoritismo inaudito, de nepotismo escandaloso, mencionaban a Miguelito Primo de Rivera... Fué sobrino del capitán general Primo de Rivera que traicionó al gobierno revolucionario en 1874, ayudando a restaurar la dinastía de los Borbones... Pocas veces se ha visto una carrera tan rápida. Ascendió casi tan aprisa como los generales de la primera República francesa y de Napoleón. Este mozo no pudo hacer un gesto sin que resultase un acto heroico. Allí donde España tuvo una guerra, allí estuvo él y a las veinticuatro horas de llegar ya había hecho algo extraordinario, únicamente comparable con las hazañas del Cid... Durante el período de las guerras coloniales, su tío hizo de él una especie de viajante comisionista del heroísmo militar... En resumen, que poco después de los treinta años ya era general; el general más joven del ejército español.

"Jamás mandó un ejército. Ha sido siempre un subalterno. La primera vez que actúa de general en jefe es ahora como presidente del Directorio, asesorado por otros camaradas no menos cubiertos de entorchados, condecoraciones y fajas... Tiene la locuacidad disparatada de un barbero a la antigua, con faja de general, de un Figaro que mientras afeita al parroquiano arregla con su interminable y segura facundia la suerte de su país y la de todos los países de la tierra... En realidad, resulta una ironía de la suerte haber escogido a este alegre soldado para defensor de los principios morales. Primo de Rivera es eternamente joven, con una juventud vulgarota y escandalosa, buena para una guarnición de provincias... Además Primo de Rivera es uno de los más famosos jugadores de España. No hay círculo de juego que no lo haya tenido por cliente. Se ha jugado lo suyo y lo de otros, y cuando se apoderó del gobierno para moralizar a España, andaba, según dicen, muy falto de dinero... Etc., etc."

Hemos omitido las anécdotas picantes o grotescas. Las hay en el folleto, muy características, sobre el rey y Primo de Rivera. Véase ahora una silueta más sombría:

"Todos los criminales encerrados actualmente en los presidios españoles tienen una historia más corta que la de este hombre (habla del general Martínez Anido). Martínez Anido ni siquiera puede ofrecer la excusa de ser un terrible y desinteresado verdugo al servicio del orden, como los generales que dirigían la policía de los zares en tiempos del absolutismo ruso o como su difunto cómplice, el coronel Arlegui, alcohólico y demente. En él van unidos la voluptuosidad roja de la matanza y el amor al dinero.

"Los que conocen su vida como gobernante de Barcelona calculan que se llevó de allá mucho más de un millón de pesetas. Al mismo tiempo que ordenaba diariamente asesinatos, se hacía pagar contribuciones cuantiosas por las casas de juego, las casas de prostitución y los espectáculos lascivos... Primo de Rivera y los otros generales del Directorio pueden darse el lujo de parecer bondadosos y falsamente tolerantes. Su camarada Martínez Anido se encarga de matar por ellos."

El lector, si no conoce el folleto por alguna de las raras reproduc-

ciones que se han hecho de él en el país por periódicos de izquierda o populares, puede formarse idea de él por lo transcrito. Libelo le llaman. Pero ¿y pues dice la verdad? Las mismas cosas las han dicho Unamuno, Marcelino Domingo, Alba, recientemente Cambó. El tono es lo de menos. Lo fundamental son los hechos. Y en tal sentido, Blasco Ibáñez, cualquiera que sea el juicio que sobre él se tenga, hace cosa útil y patriótica de saneamiento, al emplear su fortuna en esta obra de demolición de un régimen nefasto. El suplicio, el garrote, las amenazas, las bravatas o las adulaciones de los alquilones del directorio y de la monarquía, no han de impedir que tarde o temprano la conciencia española, representada por quienes piensan como Unamuno y Blasco Ibáñez, estalle en una sola protesta efectiva.

A la voz mentirosa de esos alquilones, preferimos por más patriótica la del novelista valenciano, cuando escribe:

"Yo, español, declaro con dolor y vergüenza, que España es en estos momentos el país más desorganizado de la tierra. Sus regiones más ricas y laboriosas muestran una tendencia instintiva al separatismo. Son miembros que aún laten con vida propia, y quieren separarse del resto de un organismo que consideran podrido. Tal es el caso de Cataluña y otras provincias.

"Además, durante medio siglo, la monarquía ha convertido en un pueblo materialista y de profunda bajeza moral, a esta España que fué antes una nación romántica, con ideales tal vez equivocados, pero siempre generosos".

El final del folleto propone el proceso del rey ("un enredador, un intrigante, un biznieto de Fernando VII") y la reconstitución de España sobre la base de un plebiscito, del cual Blasco Ibáñez espera que surja la República, que "es la paz, es la escuela, es el respeto y la libertad de todas las opiniones, es el ejército verdaderamente nacional al servicio de la ley, sin aventuras y sin robos..."

Amamos a España, amamos la democracia, y como él deseamos que sus votos se cumplan. Dos millones de ejemplares se han distribuido de este folleto, publicado además en francés, en inglés y otros idiomas. Su autor pide encarecidamente a los españoles y a los extranjeros, que contribuyan a difundirlo. Por nuestra parte queda complacido Blasco Ibáñez, a quien sólo reprochamos no haber él comunicado a sus palabras aquel aliento lírico por el cual aún viven los famosos manifiestos de Zola cuando el asunto Dreyfus. — N.

Iglesias de México. (Vol. I. *Cúpulas*. — Texto del *Dr. Atl*. — Fotografías de *Kahlo*. — Publicaciones de la Secretaría de Hacienda. — México, 1924.

IMPRESO en forma confirmatoria del adelanto a que han llegado en México las artes gráficas e ilustrado con un arte y una profusión dignas de todo aplauso, nos llega este interesantísimo libro, con el cual se enriquece la serie de publicaciones oficiales del gobierno mexicano, hechas en cumplimiento del amplio programa cultural que se ha trazado.

Viene consagrado, después de un jugoso prólogo y breve historia de la cúpula en México, a presentar fotográficamente, con ligeras apuntes, las cúpulas más bellas y artísticas de las iglesias mexicanas, estableciendo a la vez el verdadero carácter arquitectónico que tienen y dando la clasificación definitiva del estilo a que pertenecen con arreglo a un juicio fundado en reposadas y sólidas razones.

Iglesias de México es un libro destinado no sólo a los profesionales sino a todos cuantos sienten y comprenden la belleza donde quiera se halle. Y al mismo tiempo es un excelente medio de propaganda de la tierra mexicana, tan rica en obras de arte y tan llena del espíritu de grandes razas.

Hecho por artistas, participa del libro didáctico y del libro de recreo.

Esperamos con interés los volúmenes subsiguientes en los cuales ha de completarse el estudio y presentación que éste inicia. — E. S. C.

Biblioteca Argentina de Libros Raros Americanos. Tomo III. *Bartolomé de las Casas o Casaus*. COLECCIÓN DE TRATADOS. 1552-1553. Con advertencia de Emilio Ravignani. Facultad de Filosofía y Letras. Instituto de Investigaciones Históricas. — Buenos Aires. MCMXXIV. (XIII +3 + 648 + 16).

“**C**ON la edición facsimile de los *Tratados* de Fray Bartolomé de Las Casas, aparecidos en Sevilla en los años 1552 y 1553, e impresos por Sebastián Trujillo y Jacome Cromberger, la *Biblioteca Argentina de libros raros americanos*, pone al alcance de los estudiosos, los arquetipos de los trabajos escasos de este autor y que hoy constituyen una de las colecciones más costosas para los anticuarios” — escribe el doctor Emilio Ravignani, director del Instituto de investigaciones históricas de la Facultad de Filosofía y Letras en la advertencia que precede a esta preciosa reproducción.

Y concluye, después de examinar sumariamente el contenido de cada uno de los nueve tratados reproducidos facsimilamente:

“En síntesis, se desprende con toda claridad, de esta compilación de tratados, dos noticias vertebrales: los fundamentos jurídicos de la libertad de los indios, con todos sus derechos conexos, y las bases incuestionables de la soberanía excluyente de los reyes de Castilla y de León, en las Indias Occidentales, con respecto a todos los otros monarcas de la cristiandad.”

Ecuador. *Condizioni naturali ed economiche. Cenni storici e culturali*, por *Riccardo Riccardi*. (Con 15 cartine geografiche e 33 illustrazioni).— **Venezuela.** *Condizioni fisiche ed economiche. Cenni storici e culturali*, por *Morini Armando*. (Con carta geografica e numerose illustrazioni). Pubblicazioni dell'Istituto "Cristoforo Colombo".

EL Instituto "Cristoforo Colombo", de Roma, cuyo propósito es la vinculación de Italia con los países de habla española y portuguesa, está publicando una interesante serie de volúmenes sobre las distintas repúblicas latino-americanas. Los dos últimos aparecidos son los que tratan respectivamente del Ecuador y de Venezuela. Ya aparecieron anteriormente Chile y Colombia, y están en preparación otros varios, entre ellos uno sobre la Argentina.

Cada una de estas monografías, de cerca de 150 páginas, es un discreto tratado de geografía física, política y económica, complementado con someras informaciones sobre la vida intelectual y artística y sobre las relaciones comerciales y espirituales entre la república estudiada e Italia.

Il principe don Carlo nella leggenda e nella poesia, por *Ezio Levi*. Segunda edizione con 7 tavole. Pubblicazioni dell'Istituto "Cristoforo Colombo".

EZIO LEVI, de quien el Instituto "Cristoforo Colombo" publica la 2.ª ed. de su obra sobre el príncipe Don Carlos, es un distinguidísimo hispanista italiano, muy apreciado por sus estudios sobre la literatura española.

En este libro, importantísimo para el esclarecimiento de la misteriosa figura del hijo de Felipe II, estudia Levi minuciosamente a través de la historia y la leyenda, la vida del joven príncipe, muerto el 25 de julio de 1568, a los veintitrés años de edad.

Ya en el tercer capítulo entra a tratar los orígenes de la leyenda; en el cuarto su penetración y desarrollo en el teatro español; en el quinto su paso a la novela y tragedia francesas de los siglos XVI y XVII; en el sexto el *Don Carlos* del inglés Otway (1676); en el séptimo la leyenda de don Carlos en el teatro italiano del siglo XVIII, donde, naturalmente, estudia ampliamente el *Filippo* de Alfieri y sus derivaciones peninsulares; en el octavo, el *Don Carlos* de Schiller; en el noveno la leyenda en el romanticismo alemán, y por último, en el décimo la misma entre los románticos franceses, italianos y españoles, hasta *El haz de leña*, de Núñez de Arce y el *Philippe II* de Verhaeren.

Como se ve por el precedente resumen, se trata de un estudio metódico y completo. La información desplegada por Levi en las 427 páginas de su obra es vasta, delicada y segura, de donde este libro resulta una preciosa contribución al estudio de las costumbres, ideas, sentimientos y literatura no sólo españoles sino europeos de los últimos siglos. — N.

La génesis de los continentes y océanos, por *A. Wegener*. — *Revista de Occidente*. — Madrid, 1924.

LA *Biblioteca de la Revista de Occidente*, cuya distribución en Sud América está a cargo de la editorial Calpe, de acuerdo con su plan de divulgación de las más actuales ideas científicas, ha publicado el notable libro de A. Wegener, *La génesis de los continentes y océanos*, traducido de la tercera edición alemana, por Vicente Inglada Ors.

Esta obra, que ha despertado grandísimo interés entre los estudiosos de Europa, y sobre la cual hay ya una copiosa literatura, demuestra con abundancia de argumentos de toda índole — geodésicos, paleogeográficos y paleobiológicos, — la teoría de que América se ha separado de Europa y África. Recortando en un mapa la costa africano-europea por un lado, y la americana por otro, se ve que coinciden. Además, según Wegener, los continentes siguen flotando a la deriva sobre el zócalo semifluido de la Tierra.

Su lectura ha de interesar no sólo a los técnicos sino a todos los estudiosos. "No hay hoy, en la ciencia — escribe el prologuista, J. Dantín Cereceda — sugestión más preñada de eficacia y de dinamismo que la del libro de este famoso geólogo, ni lectura que despierte curiosidad más viva y aguda".

Libros recibidos en el mes de diciembre

- El conquistador de los trópicos* (Novela), por Nicasio Pajares. — Editorial Marinada. — Av. Conde Peñalver, 16. — Madrid, 1924.
- El poema de las tierras pobres*, por Jorge González B. — Santiago de Chile, 1924.
- Poemas*, por Jaime Torres Bodet. — Editores: Herrero Hermanos. — Avda. 5 de Mayo 39. — México, 1924.
- Mala yerba*, por Mariano Azuela. — Talleres Tipográficos de Rosendo Terrazas. — México.
- Diccionario biográfico de ilustres próceres de la independencia sudamericana*, por el Dr. Vicente Dávila. — Tomo 1.º — Imprente Bolívar. — Caracas (Venezuela), 1924.
- "*We, the people*". The constitution of United States with comment and explanation, by alvin M. Higgins. World Book Company. — Chicago. — U. S. A.
- Colección de tratados de Bartolomé de las Casas o Casus (1552-1553)*. Biblioteca Argentina de libros raros americanos. — Tomo III. — Facultad de Filosofía y Letras. — Buenos Aires, 1924.
- Nuestro preceptismo literario*, por Arturo Costa Alvarez, de "Humanidades". — Tomo IX, páginas 85 a 104. Buenos Aires, 1924.
- Obras de Ricardo Rojas. La guerra de las naciones*. — Tomo VII. — Casa Editora. Librería La Facultad de J. Roldán y Cia. — Buenos Aires, 1924.
- Sobre el gran sacerdocio y otras páginas*, por Enrique Pérez Colman. Prólogo del Dr. Rodolfo N. Luque. J. Roldán y Cia. Edit. — Buenos Aires, 1924.
- Reflexiones*, por Rubén Vila Ortiz. — Rosario de Santa Fe. — República Argentina. — Año 1924.
- La voz ferviente* (Poemas), por Roberto Munizaga Aguirre. — Editorial Nascimento. — Santiago de Chile. — Año 1924.
- Un internacionalista representativo, Cosme de la Torriente*, por Ruy de Lugo Viña. — Comisionado Municipal de La Habana. — Ediciones Hispano-Francesas. — Librería Cervantes. — 26, Rue de Richelieu. — Paris. — Año 1924.
- Samaritana* (Poemas), de María Rosa González. — Editorial Nascimento. — Santiago de Chile. — Año 1924.
- Austrias y Borbones*, por Alfonso Danvila. — Editorial Calpe. — Madrid. — Año 1924.
- Sangre de mi sangre*, por Alfonso Fabila. — México. — Año 1924.
- La escudilla de Diógenes (Etopeya del Cinico)*, por Fernando Lles y Berdayes. — Editorial Nuestra Novela. — Habana (Cuba). — Año 1924.
- Fantasías*, por Josefina Melo y Parravicini. — Buenos Aires. — Año 1924.
- Alemania en la paz y la guerra*, por Eduardo Labougle. — Agencia General de Librerías y Publicaciones. — Buenos Aires, 1924.
- La esfinge*, por Angel de Estrada. — Impreso en los Talleres Gráficos de Angel de Estrada y Cia. — Buenos Aires, 1924.
- Los orientales. Tierra salvaje*, por Victor Arreguine. — Jesús Menéndez, editor. B. A., 1924.
- Las Horas Alucinadas. Nocturnos y otros poemas*, por Evar Méndez. — Ilustraciones de Alfredo Guido. J. Samet, librero-editor. B. A., 1924.
- Conversaciones sobre Filosofía y Arte* (De mi diario) por Belisario J. Montero. — B. A., 1924.

Folletos recibidos en el mes de diciembre

- Situación financiera de los Ferrocarriles del Estado.* — Informe presentado al P. E. por el Administrador General Dr. Enrique S. Pérez, 18 de Noviembre de 1924. — Buenos Aires, 1924.
- La vocación religiosa.* (Conferencia dada en los "Cursos de Cultura Católica" de Buenos Aires, Segunda Edición por Gabriel Palau, S. J. — Buenos Aires, 1924.
- Humanidades* publicación de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación dirigida por Enrique Mouchet. — Tomo IX. — La Plata, 1924.
- Destrucción de las plantas invasoras, perjudiciales vivaces y anuales.* — Instrucciones a los agricultores, por Carlos D. Girola. — Ministerio de Agricultura de la Nación. — Buenos Aires, 1924.
- La selección mecánica de las semillas de trigo realizada por agricultores asociados.* Precio de costo y beneficios económicos. Ministerio de Agricultura de la Nación. — Buenos Aires, 1924.
- Trigos comunes y seleccionados.* Valor de utilización de algunas aclimatadas e importadas. Ministerio de Agricultura de la Nación. — Buenos Aires, 1924.
- La evolución del derecho público* (Política y Economía). Según la doctrina Spengleriana, por Ernesto Quesada. — Buenos Aires. — Año, 1924.
- El ciclo cultural de la colonia,* por Ernesto Quesada. — Buenos Aires. — Año, 1924.
- Estadística Agro-Pecuaria.* — Dirección de Economía Rural y Estadística. — Año XXVI. — N.º II. — Boletín del mes de Noviembre. — Ministerio de Agricultura de la Nación. Año 1924.
- Servicio de Piscicultura* sus resultados hasta el año 1922 inclusive. — Dirección General de Ganadería. Oficina de Pesca. — Ministerio de Agricultura de la Nación. — Buenos Aires, 1924.
- Antecedentes oficiales de la colonización y radicación del inmigrante en la Argentina.* — Ministerio de Agricultura de la Nación. — Buenos Aires, 1924.
- El Norte y el Sur del Continente. Roosevelt y Zeballos.* Disertación para las socias de la Y. W. C. A., por C. Onelli. Ed. de 100 ejs. Octubre 1924.

LAS REVISTAS

Los últimos momentos de Edgar Poe

LES Nouvelles Littéraires del 29 de Noviembre último, publica la siguiente información sobre la muerte de Poe, no desprovista de patético interés.

Setenta y cinco años han transcurrido desde que Poe murió tan extrañamente (7 de Octubre de 1849). Supone una leyenda cruel que terminó su vida en la abyección y en el abandono, victima de su funesta pasión por el alcohol.

Los más indulgentes le conceden, sin embargo, el beneficio de circunstancias atenuantes: la excusa de su bohemia y de su miseria, a las cuales se agregaba el pesar, ya viejo, causado por la pérdida de una compañera adorada, su prima Virginia Clemm, con quien contrajera matrimonio.

Pero el fin del más romántico de los escritores nortemericanos es, como se verá, de una tragicidad muy distinta y deja muy lejos todo cuanto hubiera podido imaginar el espíritu atormentado del mismo que, en sus cuentos, parece haber alcanzado los límites extremos de las angustias alucinantes.

*
* *

Señalemos ante todo las circunstancias que determinaron a Edgar Poe a hallarse en Baltimore en el transcurso de 1849, último año de su vida.

En el mes de julio había abandonado su *cottage* de Fordham, en las cercanías de Nueva York, dejando en él a la señora Clemm, su suegra, que, desde la muerte de su hija hasta la de su yerno, no dejó de prodigar a éste los cuidados más atentos y afectuosos.

Había concebido el proyecto de emprender en algunas grandes ciudades de los Estados Unidos una gira de conferencias, cuyo producto, agregado a una colaboración activa en ciertas revistas, debía proporcionarle los fondos necesarios para la realización de su sueño constante: la fundación de una revista propia, *Stylus*, de la que sería dueño absoluto.

Sin embargo, sus esperanzas quedarían frustradas.

Si sus lecturas y conferencias obtenían bastante éxito, por el contrario la mayoría de las revistas con que contaba para publicar nuevas obras en prosa y en verso cesaban bruscamente de aparecer, perseguidas por una encarnizada mala suerte.

Afligido y presa de deprimente melancolía, que hacia nacer en él el delirio de la persecución, Poe se dirigió a Richmond, y en esta región,

cuna de su niñez, no tardó en sentir restablecerse un poco su salud quebrantada.

Por lo demás, en Richmond se desarrollaría uno de los últimos capítulos — y no de los menos extraños — de la extravagante novela de su vida.

¿No hallaría allí, en la persona de la señora Shelton, a la que había amado locamente cuando era la señorita Elmira Royster?

Veinte años antes, habitaba con su familia de adopción una casa vecina de la que ocupaban los parientes de la joven, y un tierno idilio había nacido entre los jóvenes.

Una secreta promesa de matrimonio había ligado el uno al otro, pero su intriga amorosa se había quebrado bruscamente por causa de los padres.

Edgar partía para la Universidad de Virginia y Elmira, prematuramente casada, se convertía en la señora Shelton.

Poe volvía a encontrarla cuando ya había perdido a su marido y sentía renacer en él su amor de juventud por la que durante tanto tiempo había sido la Egeria de sus sueños.

Supo tan bien hacerla participar de sus sentimientos que Elmira aceptó casarse con él.

El casamiento, formalmente decidido, había sido fijado para el 11 de octubre y Poe resolvió partir para Fordham con el propósito de traer consigo a la buena señora Clemm, advertida de esta unión proyectada y a cuya ceremonia, debía asistir.

Al despedirse de la señor Shelton, mientras ésta lo acompañaba al barco que lo conduciría a Baltimore, Edgar Poe parecía dominado por una profunda tristeza, y decía tener sombríos presentimientos. ¿No le había hablado también de su loco temor de no verla nunca más?

Siniestros presentimientos de un fin inminente que ya había tenido en julio, a su partida de Fordham, cuando, al ordenar sus papeles, confiaba a su amigo Griswold el encargo de publicar sus obras, en caso de que muriese.

Nefasta decisión de Poe, que estaba lejos de suponer en la persona de Rufus Wilmont Griswold un infame detractor capaz de empañar su reputación pintándolo en su famoso *Memoir*, bajo los colores de un odioso y repugnante sinvergüenza de genio.

Había de ser este mismo reverendo doctor en teología quien representando el papel del más criminal de los tartufos, se encarnizara como un vampiro inmundo con los despojos del desventurado poeta insinuando y dejando correr los rumores más degradantes sobre las circunstancias en que se había producido su muerte.

Llegamos aquí al hecho mismo en toda su brutalidad.

Al amanecer del 7 de octubre de 1849, un hombre inanimado había sido hallado sobre un banco en una de las calles de Baltimore. Al advertir un grupo de mirones, un agente de policía se había acercado y, en vista del estado gravísimo del desconocido, había tomado un carruaje y conducido al moribundo a uno de los hospitales de la ciudad, el "Washington Medical College".

Este hombre, sin conocimiento, con las ropas sucias, abandonado en la calle como una miserable piltrafa humana, no era otro que el gran escritor Edgar Allan Poe...

Alguien, por lo demás, parecía haberlo reconocido: uno de los transeúntes que habían ayudado a recogerlo, un tipógrafo que regresaba de su trabajo nocturno.

Desde entonces, una leyenda se forma en torno de lo que — a no ser la personalidad del moribundo — hubiera podido pasar por un trivial suceso callejero.

Diversas versiones circularon sobre el particular.

La más acreditada dice que Poe, de paso por Baltimore en el momento de una elección, había sido encontrado por un grupo de agentes electorales que lo habían llevado de taberna en taberna, haciéndole beber en demasia a fin de forzarlo a votar inconscientemente por su candidato. Pero viéndolo atacado de *delirium tremens*, a consecuencia de su obstinada dedicación a la bebida, lo habían abandonado en la calle a fin de evitarse serias molestias.

Siendo tan frecuentes en las costumbres políticas norteamericanas, estos actos de corrupción electoral, la explicación de la muerte de Poe, producida en el hospital el día mismo de su ingreso, pareció tan aceptable como esta otra, igualmente difundida en el público:

Habiendo encontrado en Baltimore a unos antiguos compañeros de la escuela militar de West-Point, de la cual fuera cadete en su juventud, Poe habriase entregado con ellos a una orgía de la que le sobrevino el *delirium tremens*.

Todas las versiones — se comprueba por estas dos — concordaban en un punto: derribado por la ebriedad, Poe había muerto en el hospital el mismo día 7 de octubre, a consecuencia de un acceso de alcoholismo.

La verdad era muy diferente, pero nadie se cuidó de buscarla en la única fuente que la hubiera hecho conocer claramente: el sumario de la muerte de Edgar Allan Poe, levantado por el doctor J. J. Moran, médico-jefe del Washington Medical College, que asistió al desventurado escritor en sus últimos momentos.



Edgar Poe, a quien habían conducido al hospital, declaraba el médico, acababa de ser hallado extendido inanimado sobre un banco en *Light Street*.

Se hallaba en un estado de completo torpor a causa — afirmaban quienes lo habían recogido — del alcoholismo o, acaso, de la absorción de un narcótico, pues no se podía precisar sobre el particular.

Colocado en una pieza reservada, Poe había sido desnudado y minuciosamente examinado por el doctor Moran, que en ese momento no tenía ninguna noción sobre su enfermo, sus costumbres, su género de vida y su situación pecuniaria.

Pero dejemos la palabra al médico:

“Sus vestiduras y su aliento no exhalaban ningún olor de alcohol. No tenía delirio ni agitación. La piel estaba lívida; algunos pocos ruidos se percibían en su garganta; parecía dormir.

“Su estado era comatoso.

“Se le aplicaron compresas de agua tibia, sinapismos en los pies, en las pantorillas y en el vientre y trozos de hielo en la cabeza.

“Hice cerrar los postigos de las ventanas y procuré darle la posición más cómoda para su estado, colocando además un enfermero a su cabeza.”

Se advertirá que el informe del médico es concluyente en un punto: las vestiduras y el aliento del enfermo no exhalaban ningún olor a alcohol, tan fácil de distinguir, sin embargo; no había delirio ni ningún movimiento desordenado.

Muy lejos estamos, como se vé, de los síntomas bien característicos del *delirium tremens*.

Media hora después de este primer reposo, Edgar Poe aparta su fra-

zada, se incorpora sobre su asiento y, con los ojos muy abiertos, pregunta bruscamente dónde se halla.

El doctor le toma la mano, se sienta a su lado, separa los magníficos bucles de sus cabellos negros y se informa sobre cómo se encuentra.

Y he aquí, fielmente reproducido, el diálogo que se entabla entre él y su enfermo:

—¿Sufre usted?

—No.

—¿Le duele a usted el estómago?

—Sí.

—¿Siente usted sed?

—No.

—¿Le duele la cabeza?

—Sí, mucho.

—¿Desde cuando está usted enfermo?

—No sé.

—¿Dónde vive usted?

—En un hotel de *Platt-Street*, frente a la estación.

—¿Tiene usted equipajes? ¿Quiere que los traigan aquí, cerca de usted?

—Sí. Una valija que contiene mis papeles y algunos manuscritos.

El enfermo agradece cuando se le propone ir en busca de ellos y ruega que se le diga dónde se encuentra en ese momento. Habíase dado cuenta, sin embargo, de que conversaba con un médico.

—Esta usted entre amigos, le dice éste.

—*Mi mejor amigo*, replicó Poe, *sería aquel que me hiciera saltar los sesos de un balazo.*

—Cálmese usted, por favor. Haremos aquí cuanto sea humanamente posible para confortarle a usted y disminuir sus sufrimientos, procurando apaciguarlos.

—*¡Oh, qué miserable soy! Señor, cuando contemplo mi degradación y mi ruina, cuando pienso en lo que he sufrido y perdido, en el pesar, en la miseria en que he sumido a los míos, quisiera desaparecer en un abismo, repelido por Dios y por los hombres como un desecho de la sociedad. ¡Dios mío, qué situación terrible! ¿No existe rescate para el alma inmortal?*

Al presentársele una poción calmante, que bebió con avidez, cesó de hablar, y se durmió enseguida.

El doctor Moran había quedado bajo la impresión que le habían dado los que hallaran a Edgar Poe extendido sobre un banco de *Light Street*, y, firmemente, lo consideraba entonces como si estuviera bajo la influencia de un alcoholismo crónico.

Pero no tenía ningún signo sobre el tiempo que había transcurrido desde que absorbiera el alcohol, y los síntomas presentes no venían a establecer ninguna suposición posible sobre el particular.

El enfermo no tenía ningún sobresalto nervioso; sus manos no temblaban; sus dedos estaban quietos y respondía con lucidez a las preguntas que se le hacían.

Su rostro no perdía su palidez, pero sus ojos no estaban inyectados de sangre y su pulso continuaba fuerte y frecuente.

Entró en sopor y no recabrió los párpados sino después de una hora.

Vinole entonces al médico la idea de preguntarle si quería beber un poco de aguardiente y le ofreció un vaso, con el propósito no sólo de levantar su ánimo sino también de comprobar si a la vista del alcohol se despertaban en él sus instintos de bebedor inveterado.

Poe abrió los ojos desmesuradamente y los fijó en los de su interlocutor con tal fuerza que éste vióse obligado a desviar su mirada.

Pero el escritor respondió de modo inexpresable:

—*Si el líquido contenido en ese vaso, señor, debiera llevarme inmediatamente a los Campos Elíseos, no lo bebería y no dejaría siquiera que tocara mis labios. Usted no sabe los tormentos que puede producir el alcohol!*

Y en esto, el médico explicó enseguida:

—Le haré tomar una bebida con opio, que le dará un poco de sueño y sobre todo mucho reposo.

—*El alcohol y el opio*, interrumpió el enfermo, *son los dos gemelos del infierno y de la perdición.*

—Es preciso que se tranquilice usted y que evite toda causa de excitación. Se halla usted en estado muy crítico y toda exaltación aproximaría un desenlace fatal...

—*Doctor, ¿estoy muy enfermo? ¿No hay más esperanza?*

—Creo que todas las probabilidades están en su contra.

—*Ah! ¿Cuándo volveré a ver a mi buena y tierna Virginia? Es a ella a quien quisiera ver!...*

—Puedo hacer que se vaya en busca de las personas que quiera usted tener a su lado. ¿Tiene usted familia, parientes?

—*No. Mi mujer, mi dulce Virginia ha muerto. Su madre vive aún, ¡Oh, cuánto sangra mi corazón por ella! El ángel negro de la muerte ha hecho su obra... Me siento arrojado a la tempestad, desamparado, sin brújula y sin fanal!...*

—*Doctor, ¿quisiera usted escribir a mi suegra, la señora María Clemm? Dígale que su Eddie está aquí... No; es demasiado tarde, demasiado tarde! Debo alzar mi mortaja y decirle a usted el secreto que quema mi corazón y que, como un puñal, horada mi alma...*

—*“Debia casarme dentro de unos días...”*

Poe se detuvo un instante y guardó silencio.

—¿Quiere usted que mande por su novia? interrogó el médico, creyendo que esta persona viviera acaso en Baltimore.

—*Demasiado tarde!... Demasiado tarde!...* murmuró el enfermo.

—Pero no. Mi coche está a la puerta, y puedo enviarlo de inmediato.

—*No. Escriba usted a esas dos señoras... Comuníquelas al mismo tiempo mi enfermedad y mi muerte.*

Y le dió sus nombres:

Señora Elmira Shelton y señora María Clemm.

Dejemos aquí al doctor Moran entrar en detalles.

—Entonces su tinte adquirió color, las venas de sus sienes se hincharon, sus ojos se agitaron convulsivamente y su cabeza cayó hacia adelante.

—Hice renovar el hielo molido puesto sobre su cabeza y las compresas calientes de sus pies. Le dí a tomar nuevamente un poco de poción calmante, y advirtiéndole luego que mi presencia como la de la enfermera parecían agitarlo, nos ocultamos los dos detrás de la cama.

—Envié también por cierto Neilson Poe, de quien supe era pariente el enfermo, y por las señoras Reynolds, que vivían cerca del hospital.

—El poeta permaneció en completo estado de torpor durante cerca de una hora, luego se reanimó poco a poco.

—Desde entonces, se le dieron por intervalos algunos estimulantes, febrífugos, caldo con algunas gotas de amoníaco y vinos cordiales, mientras sin cesar se renovaba el hielo sobre su cabeza.

—Entre tanto, otro médico del Washington Medical College, el profesor John Monkur, vino en mi busca, y apenas vió a Poe, me dijo:

—Su enfermo está por morir.

—Sí, repliqué, me parece que todo ha terminado.

"Examinó minuciosamente al poeta y dejó que le describieran todos los síntomas que se produjeran desde la mañana. Su opinión vino a corroborar la mía:

"El enfermo sucumbía por efecto de una excesiva sobreexcitación nerviosa, seguida de una serie de privaciones, aumentada por una exposición al frío, bastante prolongada, por una enfermedad en fin cuyo nombre médico es encefalitis.

"Poe recuperó sus sentidos poco después de haberse alejado mi colega. Abrió los ojos desmesuradamente y pareció tener gran dificultad para hablar.

"—*Doctor, dijo, ya ha terminado todo... Escriba: Eddie ya no existe...*

"Era el nombre de niño que su suegra le había dado.

"—Señor Poe, le dije, permítame prevenirle que está usted próximo a su fin. ¿Tiene usted algún deseo que expresar para usted o para sus amigos?

"El murmuró:

"—*Adiós para la eternidad!*

"—Piense usted en Dios. Es misericordioso y tendrá piedad de usted, como la tiene de toda la humanidad.

"—*Las bóvedas del cielo me aplastan, dijo. Dejarme pasar. Dios ha escrito su voluntad en la frente de toda criatura humana... Los demonios cogen un cuerpo... Tienen por prisión las olas arremolinadas de la negra desesperanza. Asesino de mi mismo, concluyó, entreveo el puerto más allá del abismo... ¿Dónde está la boya, la canoa de salvataje?... Barco de fuego, mar de cobre!... La calma en todas partes... ya no hay orillas!"*

Poe alzó lentamente sus ojos al cielo, y de modo que sólo se percibían dos curiosos globos blancos. Tuvo algunos sobresaltos convulsivos y después de un último temblor de todo el cuerpo fué el trance fatal.

Era medianoche del 7 de octubre de 1849.

Edgar Allan Poe, terminó el doctor Moran en el acta, era un hombre muy bello. Sus rasgos estaban admirablemente modelados, la frente muy prominente y ampliamente desarrollada: la proporción igualaba la de Napoleón.

"Tenía la piel muy blanca y sus manos eran tan delicadas como las de una mujer. Sus cabellos eran de un negro semejante al del ala del cuervo y tenían una tendencia natural a enrularse.

"Su dentadura era admirable. Sus ojos eran de un tinte gris acero".

Pesaba aproximadamente 145 libras (inglesas) y su talla alcanzaba a cinco pies con diez pulgadas.

Por el sumario levantado por las autoridades, prevenidas por el doctor Moran, quedó comprobado que Edgar Allan Poe había descendido en efecto en el *Bradshaws Hotel*, en *Platt Street*, el día de su llegada a Baltimore.

Se le había visto tomar el tren para Filadelfia, y en este convoy, un guarda, al revisar los boletos, le había hallado yacente, sin conocimiento, en el vagón de equipajes.

Desde la llegada del tren a la estación de *Havre-de-Grâce*, se había transportado al viajero inanimado a otro convoy que lo recondujo a Baltimore.

Era al caer la noche, y Edgar Poe no sería visto ya más por nadie hasta el momento en que fué hallado por algunos transeúntes, extendido sin conocimiento sobre un banco de *Light Street*.

El pobre desequilibrado debió errar toda la noche por las calles de Baltimore, enfermo y completamente desamparado.

El entierro tuvo lugar el 9 de octubre de 1849, y ocho personas sola-

mente, entre las cuales se encontraba su pariente Neilson Poe, siguieron el cortejo.

Edgar Allan Poe fué enterrado entonces en el cementerio de Westminster, en Baltimore, en la esquina de la calle La-Fayette y de la Green Street, lugar de inhumación de la familia Poe.

Pero hasta 1875 no tuvo lugar la inauguración del monumento elevada a su memoria gracias a una suscripción.

Una primera tentativa de reparación de la memoria del gran escritor romántico habiase efectuado algunos meses antes de esta ceremonia definitiva, pero por una extraña casualidad, la piedra destinada a cubrir la tumba del escritor había sido destrozada en un accidente de ferrocarril.

Durante veinte y seis años sus despojos mortales habían quedado, por efecto de una negligencia inconcebible, privados de toda cruz, y aun de toda piedra.

Si la muerte de Edgar Poe ha quedado siempre en el misterio, parece que el relato del doctor Moran da la clave del enigma. Por un capricho de la suerte, este relato no se publicó hasta 1875, por empeño del *New York Herald*.

La personalidad misma del médico-jefe del Washington Medical College y los cuidados que debió prestar al poeta en sus últimos momentos, la autoridad científica del profesor J. Monkur dan igualmente el desmentido más formal a la leyenda de este genio mórbido que se hundía sombriamente víctima de su veneno favorito, el alcohol...

Poe llevaba en sí el sello de una tara hereditaria, el alcoholismo de sus ascendientes, nativos todos de una región — el Maryland — en la que el cultivo de la caña de azúcar había difundido la dipsomania al punto de convertirla en verdadero flagelo.

La desventura, la miseria y el pesar ayudaron a aquélla, y acabaron por minar lentamente este hombre prodigioso que la hiperactividad del cerebro consumía por otro lado.

Era incomprendido o, tal vez, mal comprendido por su época, lo que no poco había contribuido a agriar en extremo su carácter, pues, como lo ha señalado Lavurière en una tesis abundantemente documentada: "Alusiones, insinuaciones, calumnias, injurias públicas y privadas, todas las armas de los canallas, de los hipócritas y de los malvados, nada le fué evitado, ni siquiera — lo que es más odioso que todo — la venenosa caricia de los falsos amigos".

Lo mismo ha sucedido después de su muerte, y sólo en nuestros días se comienza a separar bien los errores propalados sobre él y surgidos, como tantos otros, de la bolsa de las falsas leyendas.

H.-R. WOESTYN.

Revoluciones, dictaduras, democracia en América.

Lo que hace esperar en Sud América, a pesar de los extravíos de los pueblos y de los gobernantes, es la rica vena de idealismo que circula por muchos de sus libros, de sus diarios, de sus revistas, vena nunca absorbida ni agotada por el arsenal de indiferencia o concupiscencia colectivas. A diario recibimos en los periódicos de todo el continente testimonios de esa fe. Son tantos que nos sería imposible transcribirlos todos. Periódicos políticos, periódicos literarios, órganos juveniles de combate, todos dicen palabras nobilísimas que no estamos acostumbrados a leer con frecuencia en los periódicos europeos. No más que a título de ejemplo, porque sería injusto dar preferencia a unos pocos, callando los más, transcribimos varios artículos

breves sobre cuestiones de actualidad, extraídos de diversas publicaciones del continente.

A propósito de la revolución del Brasil, escribe EXCELSIOR de Méjico, bajo el título de

REVOLUCIONES Y DEMOCRACIA

La revolución brasileña viene a poner nuevamente al debate el problema, que ya parece eterno, del porvenir de la democracia en los países de origen latino del Continente americano. ¿Está ese régimen destinado a naufragar en el mar de las violencias, de apetitos, de pasiones, de locuras, que sacude a esos Estados? ¿Las instituciones adoptadas por los pueblos libres de civilización moderna ¿no encontrarán arraigo en el suelo convulsionado de esas supuestas repúblicas?

El Brasil, como la Argentina y como Chile—el A. B. C. americano—parecía redimido de la terrible enfermedad que por un siglo, desde el día en que esos países tomaron carta de ciudadanía, meciera su cuna. Tras la convulsión que lo desligó de la tradición monárquica, y después de los inevitables zarpazos que aplicara el caudillaje en sus carnes, la joven República había entrado en un camino de calma, que por grados sucesivos había de darle el lugar prominente a que lo preparan sus riquezas coloniales. Pero el Dragón velaba en la sombra de estas Hespérides tropicales: los antagonismos políticos, cortantes e irreconciliables, buscaban una salida para llevar su vieja querrela al terreno de las armas.

Ninguna nación latinoamericana había encontrado un medio más adaptable al molde democrático. Al erigirse en República no tenía el Brasil que inaugurar esa lucha de represalias que en los demás Estados han mantenido a sus poblaciones en un largo conflicto sangriento. El imperio abdicó, antes que ser arrojado por la fuerza, dejando establecidas todas las reformas inherentes a la democracia: abolió la esclavitud, debilitó el poder de la oligarquía reinante—los señores del terruño—destruyó los privilegios, unió las clases sociales. ¿No es esto hacer democracia? ¿Qué quedaba a los hombres encargados de conducir a la República naciente? Una sola tarea, humilde pero sólida, pasiva pero constructora: asegurar la paz pública. Y esto es lo que se antoja que no han realizado en el Brasil, como por lo demás en los demás Estados latinos del Continente.

De sobra habían visto los grandes hombres del pasado los obstáculos que se alzaban en esos países al arraigo de las instituciones republicanas, que algunos de ellos, empero, contribuyeron a establecer. El mismo Bolívar traza palabras que queman. "Los que han servido a la causa de la revolución—dice—han labrado en el mar". Denuncia la miseria moral de las nuevas repúblicas con la dureza de los profetas hebreos, escribe García Calderón: "No hay fe en América en los hombres ni en las naciones; sus tratados son papeles, sus constituciones libros, sus elecciones combates, la libertad anarquía, la vida un tormento." La crítica del Libertador se prolonga a los tiempos presentes.

La historia ha perpetuado este problema que nos punza tan dolorosamente como punzaba a nuestros padres, como punzaba a nuestros abuelos, como, según todas las apariencias, punzará a nuestros hijos. De la dictadura pasamos a la anarquía por el reducto de las revoluciones, que prometen improvisar un régimen liberal con la escuela de las bayonetas. Así se desarrolla la vida sangrienta de estas naciones; así van a ciegas estas llamadas democracias latinoamericanas.

En ellas, y por una ley indeclinable, las revoluciones engendran revoluciones durante largos periodos, siendo los vencedores de hoy los rebeldes de mañana. "Mis más violentos perseguidores de ahora—escribía Bal-

maceda, el Presidente de Chile, en su famoso testamento político—son los hombres a quienes he colmado de honores, los que he llevado a los más altos puestos." Pero ¿qué nos sorprende en el hecho? ¿No sabemos que la mayoría de los fundadores de la independencia de los Estados americanos han muerto en el cadalso, en la prisión o en el destierro? ¡Buena "ilustración" la de estos catorce años de revoluciones mexicanas en la que los revolucionarios se han exterminado entre sí implacablemente!

De ese montón de ruinas y de cadáveres no puede salir la democracia; salen los odios y salen las rebeliones, como tallos venenosos de esas simientes rojas. En el Brasil, de años atrás, al igual que en nuestro país, el principio de autoridad parecía haberse salvado del naufragio político. Este principio lo mantuvo don Pedro, como en México el general Díaz, a despecho de la inmensa variedad de elementos políticos disolventes. Deshecho el encanto con la desaparición de estos dos jefes de Estado; rota, por una confusión lamentable, la disciplina, al borrar justificadamente las líneas rígidas de la dictadura, la crisis de estas repúblicas muestra la inconsistencia de sus componentes: las clases gobernantes, faltas de preparación política y embriagadas por un orgullo autoritario; las clases gobernadas, indiferentes y apáticas, rebeldes o sometidas, que en sus días de lucha dan el aspecto más bien que de un alzamiento de pueblo de una insubordinación de esclavos. Malos materiales para construir una democracia.

Precisamente esta falla es la que ha servido de escalera a las dictaduras preparadas por el caudillaje. Con los escombros de las incapacidades y de los odios de las dos clases han edificado sus palacios los monarcas de las repúblicas americanas.

"Nuestra población—habla el doctor Núñez, caudillo de Colombia—no excede de tres millones de habitantes, poco civilizados en su gran parte. Si la fracción social llamada por sus aptitudes a las funciones gubernamentales se divide y subdivide, consagrándose a debilitarse a sí misma, no podremos nunca hacer nada importante como legatarios de la dominación peninsular, mostrándonos superiores."

Al contacto con la realidad, el doctor Núñez, que había sido radical exaltado y socialista al modo de su época—partidario de las doctrinas de Saint Simon y Luis Blanc—se convierte en un ardoroso sostenedor de la autoridad gubernamental, esta *belle au bois dormant* de estas inquietas cuanto inquietantes comarcas del mundo nuevo.

Toda nueva revolución de exclusivismos personalistas—¿y cuál de ellas no descubre esa tendencia en América Latina? — es una regresión en la conquista de la democracia, porque esta forma de gobierno, según lo acaba de escribir el viejo James Bryce en una reciente obra sobre la materia, es la que más exige del ciudadano y menos le concede en cambio. El sentimiento democrático tiene por bases el desinterés y el amor a la patria.

El escritor costarricense RÓMULO TOVAR escribe en *La Nueva Prensa de San José, C. R.*, bajo el título *Regresiones, la siguiente nota a propósito de la dictadura militar chilena:*

REGRESIONES

En donde quiera que se ha establecido una dictadura para sustituir con el imperio de la espada la acción natural y justa de las instituciones legales, nosotros no podemos ver un progreso sino una simple regresión al pasado: es una vuelta de las sociedad a las épocas en que el hombre no

ocupaba sus fuerzas, sus instintos y su inteligencia sino en matar animales. Es un paso hacia atrás. Algunos se desconciertan con ello; algunos se forjan vanas esperanzas; algunos que no han podido salir del todo de las edades paleolíticas consideran resueltas sus preocupaciones selváticas de gobierno. Todo esto es pasajero: la sociedad, cuyos resortes se han distendido por un momento vuelve lenta pero necesariamente a su punto de equilibrio; la ley que con el tirano fué autoritaria vuelve a ser bondadosa y humana con el magistrado civil; el orden preside de nuevo el movimiento complejo de todas las actividades de la nación; y lo que es mejor aun, la cultura, la que sale del alma libre del hombre, recobra su legítimo sentido y continúa realizando su tarea de iluminación. Es decir, pueda que un pueblo pierda su sentido del porvenir, su noción del tiempo futuro. Pueda que así sea, pero volverá a ello indudablemente y seguirá marchando hacia adelante.

El caso de Chile, que no parece haber despertado en nuestras gentes, la más simple reflexión, y que nos toca en el fondo de nuestra conciencia americana, nos ha llenado de asombro no de desesperanza. Lamentamos con el hombre libre de Chile ese espectáculo lamentable que la magnífica república del Sur da al mundo político, ella, cuya majestad republicana iluminaba las modestas democracias del continente. ¿Cómo es posible que esto suceda? Si es posible: en el fondo de toda conciencia humana o social hay, persistentes, esas fuerzas retardatarias que con el menor descuido surgen desde sus hondos antros para ocupar el asiento de los magistrados. El hombre libre de Chile se dirá y nosotros diremos también: eso pasa. Lo que esas fuerzas conquisten es banal, lo que ellas hagan es percedero, sus victorias son estériles como por una condenación de Dios. Lo único que persiste, lo único que parece ser eterno, lo único cierto es lo que hace no el instinto ancestral sino el espíritu.

Todas esas dictaduras, aun las que se hacen rodear de ciertos elementos inteligentes, son despreciables y peor aun, ridículas. Por unos momentos, como los personajes de Aristófanes, llenan la escena con su orgullo o con su vocerío. Por un momento deslumbran con el resplandor de sus espadas y aturden con el relincho de sus caballos. Si van de fiesta, los imbeciles los admiran; si dictan leyes, los cortesanos los aplauden; si hacen discursos hay quienes creen no haber oído nunca más hermosas palabras. Todo esto es mentira, y mientras esta mentira se entroniza, la verdad vengativa devora, como el mar, los cimientos de toda esa maquinaria teatral, para preparar su fracaso.

No, Chile volverá a sus días grandes. La espada que sirvió para conquistar la libertad y para defender gallardamente los derechos de la nación, no matará la libertad chilena, porque donde quiera, la libertad es una diosa divina y el acero es apenas un ciego instrumento. — *ΡΟΜΥΛΟ ΤΟΥΑΚ.*

RENOVACIÓN, de Buenos Aires, trae en su último número, de diciembre, el siguiente editorial de la dirección, a propósito de las fiestas de Ayacucho y del tiranuelo Leguía:

LEGUÍA

La grave situación política por que atraviesan nuestros hermanos del Perú ha transformado en día de luto y de vergüenza para la América Latina la celebración del centenario heroico de Ayacucho.

Subvertidos por el tirano Leguía todos los resortes de la vida civil y constitucional, no podían resultar más trágicas las fiestas de Lima para

conmemorar el hecho de armas que consagró definitivamente la independencia de Nuestra América.

Si hace un siglo podíamos mirar como un infortunio el vasallaje a España, hoy debemos contemplar como una vergüenza continental la opresión de todo un pueblo por el más cínico de los tiranuelos.

Centenares de jóvenes universitarios peruanos claman desde el desierto contra la ignominia que pesa sobre su patria. Frente al coro de los serviles, que en Lima comen de adular al tiranuelo, la voz de los desterrados vibra, desde el Río Bravo hasta Magallanes, su protesta altiva y digna.

América, conoce esa voz de los proscritos; y más particularmente la conocemos los argentinos. En hora análoga de nuestra historia escuchamos ese clamor, que en todos los países hermanos se levantaba contra análogo infortunio. No podemos equivocarnos. Nuestros proscritos eran la flor de su generación y cuando sus ideales se impusieron a los sicarios de la tiranía, se llamaron Alberdi, Echeverría, Sarmiento, Mitre, Gutiérrez, los nombres más ilustres ante la posteridad...

En el Centenario de Ayacucho expresamos nuestra solidaridad moral a la juventud peruana desterrada, junto con nuestra protesta contra los mansos y cobardes que han quedado en Lima para recoger las migajas de los festines oficiales...

No confunda el tiranuelo del Perú las loas obligadas de las delegaciones oficiales con la opinión pública de la América Latina. El séquito que hoy le forman presidentes descalificados, embajadores de profesión, poetas inmorales y paniaguados sin vergüenza, no representa la opinión pública del continente, sino la convergencia de la mentira convencional y de la baja cortesania.

No se equivoque el tiranuelo al creer que le rodea la intelectualidad americana por que ha tomado asiento a su mantel oficial una docena de poetas que ya se han sentado a otros manteles tan poco limpios como el suyo. No están allá las grandes voces que tienen autoridad moral en América. No está Enrique José Varona, ni José Ingenieros, ni José Vasconcelos, ni Rufino Blanco Fonbona, ni Francisco García Calderón, ni Alfredo L. Palacios, ni Carlos Vaz Ferreira, ni Ricardo Rojas, ni Enrique Molina, ni Manuel Sanguily, que hasta ahora no han manejado el incensario, ante ningún tirano. No están por que la moral les impedía estar allí. Como no quiso estar el emigrado Unamuno, pues no podía representar a la madre patria hozando en la misma escudilla que Villaspesa.

Las fuerzas morales de la América Latina están contra Leguía, por las mismas razones que las obligan a estar contra los tiranuelos de Venezuela y de Bolivia, contra los sátrapas directoriales de Chile y de España...

Las fuerzas morales están en la juventud, en la nueva generación, llamada a regir mañana los destinos de nuestros pueblos, a la sombra de ideales cívicos pacifistas, que ya comienzan a tomar cuerpo en la conciencia social. Frente a la algaraza patriótica de los hipócritas y cortesanos reunidos en Lima a los pies de Leguía, enviamos nuestro afectuoso saludo a todos los emigrados peruanos, haciendo votos por que pronto puedan regresar a su patria, a trabajar porque la justicia social reine en su pueblo y por que todo el continente forme una sola fraternidad civil.

JOSEPH CONRAD

Merece particularmente destacarse entre las publicaciones extranjeras del mes de Diciembre el número especial que en homenaje a Joseph Con-

rad, el famoso novelista inglés recientemente fallecido, ha editado *La Nouvelle Revue Française* (Diciembre 1.º).

Joseph Conrad Korzeniowski, llamado Joseph Conrad, había nacido en la Polonia meridional en 1857; falleció el tres de Agosto último en Bishopbourne. Navegante, primero en la marina francesa, de 1874 a 1878, luego en la inglesa, hasta 1894, como marinero, oficial, capitán mercante — este gran novelista, que ha incorporado su nombre a la literatura inglesa, es el pintor admirable de las vidas y las tragedias del mar. Cosa curiosa: Hablaba el inglés con acento horrible. Era un grande escritor en una lengua que hablaba mal, lo que no es frecuente. Sólo desde 1896 se había consagrado enteramente a las letras. Sus mejores novelas, *Typhon*, *Lord Jim*, *El negro del "Narciso"*, otras muchas, han sido traducidas al francés y editadas por obra de *La Nouvelle Revue Française* que ahora le rinde este homenaje. El número es interesante. Lo constituyen una sección de recuerdos sobre Conrad, en la cual han colaborado los ingleses John Galsworthy, Richard Curle y Cunningham Graham, y los franceses André Gide (gran amigo y traductor del novelista), Paul Valery, H. R. Lenormand y G. J. Aubry (otro traductor); otra de juicios sobre diferentes aspectos de su obra, emitidos por Edouard Estaunié, André Chevriillon, André Maurois, Edmond Jaloux, J. Kessel, Robert Francillon, Ramón Fernández, Albert Saugère; y además, algunas citas de sus *Recuerdos* y sus prefacios, ilustrativas de su arte y su moral, algunas cartas suyas escritas en francés, y la primera parte de su novela *Corazón de Tinicblas*, traducida por André Ruyters. Por último, algunos documentos fotográficos y otras ilustraciones.

En total, un volumen que debe ser conservado como un buen libro de información y crítica, sobre uno de los más originales escritores de los últimos decenios.

ECOS Y NOTICIAS

- **E**N una encuesta sobre la nueva generación literaria de México, abierta por el diario *El Mundo* poco después de la que celebró Nosotros sobre la juventud argentina, se formulaban estas preguntas, entre otras:

—¿Qué poetas mexicanos vivos, mayores de treinta años, son los que usted prefiere?

—¿Qué prosistas?

—Fuera de México ¿quiénes son los escritores y poetas vivos, de lengua española, que prefiere?

En las respuestas a la primera pregunta, la mayoría de sufragios fué para: Díaz Mirón, González Martínez y Tablada.

En las respuestas a la segunda, hubo mayor desacuerdo, excepto respecto de un escritor: Alfonso Reyes, a quien mencionaban casi todos los jóvenes de la encuesta. A gran distancia, le seguían Julio Torri, Genaro Estrada, José Vasconcelos, Antonio Caso, Francisco Orozco Muñoz, Francisco A. de Icaza.

En las respuestas a la última pregunta hubo gran variedad de nombres, sobre todo españoles. Los escritores del Río de la Plata que recibieron mención fueron: Lugones, seis veces; Juana de Ibarbourou, cuatro veces; Fernández Moreno, tres veces; Capdevila, dos; Ricardo Rojas, una.

- **U**N grupo representativo de escritores cubanos ha publicado un manifiesto por el que convocan al pueblo a tributar un homenaje a los dos ilustres pensadores y escritores Manuel Sanguily y Enrique José Varona, "encarnación viviente de los ideales de la Revolución Cubana: rebeldía perenne contra la opresión y el peculado, respeto nunca desmentido a la Ley de la República, ininterrumpida labor por nuestra completa independencia".

- **S**OSTIENE Marinetti, en *L'Ambrosiano* de Milán, que "todo el teatro joven italiano actual, el cual ha barrido con justicia el teatro verista y el d'annunziano, sería un teatro futurista si no estuviese recargado de psicologismo y filosofismo". "Este joven teatro italiano — continúa — nunca habría osado sus audaces compenetraciones de lo real y lo irreal, de lo serio y lo grotesco, ni sus simultaneidades de realidad y visión, ni sus escenas de objetos inanimados, a no haber impuesto todo eso a las multitudes italianas nuestro teatro sintético futurista".

Lo urgente, siempre según Marinetti, es combatir en el teatro el psicologismo en sus diversas formas: 1º el psicologismo científico-documentario-pasatista; 2º el semi-fururista a la parisiense, fragmentario, afe-minado, ambiguo; 3º el italiano, que disfraza de futurismo sus análisis

macizas, abogadiles, pesadas, funerarias, moralistas, profesoras, pedantescas; y en cambio, y de acuerdo con el espíritu italiano, siempre según él, propone dos nuevas formas de teatro de su invención:

1º La síntesis abstracta alógica de elementos puros que presenta al público sin psicología las fuerzas de la vida en movimiento. La síntesis abstracta es una combinación alógica y sorprendente de bloques de sensaciones típicas.

2º La síntesis táctil muscular deportiva mecánica sin psicología. Quedan enterados nuestros comediógrafos.

- LA literatura deportiva está de moda. Se le dedican líricas, novelas, encuestas, números especiales de revistas, como el de *Le Monde Nouveau*, sobre que informamos en nuestro número 181. "5000" de Dominique Braga "ha hecho furor" — como suele decirse en cierta jerga. Creemos, sin embargo, con Jean Bernier, en su contestación a una consulta de *Le Journal Littéraire*, acerca de "los gustos y tendencias de la literatura contemporánea", que "la literatura deportiva más parece provocada por un oportunismo comercial debido a los juegos olímpicos, que por una necesidad verdadera". Agrega luego: "En nuestro tiempo de materialismo agudo, el deporte, como por otra parte el erotismo, puede permitir encarar en forma nueva las relaciones del espíritu y el cuerpo, volverse un medio de investigaciones psicológicas, una especie de instrumento para desemboscar lo inconsciente".

Adviértase que Jean Bernier es un *sportman* excelente, discóbolo, saltarín, podista.

- POR lo visto en Rusia se prefiere el verso a la prosa. Así lo afirma el poeta ruso Wladimir Naïakovsky, que ha vendido ya más de un millón de volúmenes de sus obras.

Wladimir Naïakovsky, nacido en 1894, es a la vez pintor y poeta. Actualmente dibuja los textos que edita la Publicidad Nacional. Pero no siempre ha sido bien visto en las esferas oficiales y bajo el régimen zarista sus ideas le valieron el ser expulsado de la Academia. A los diez y seis años conoció por primera vez la prisión. Pero sus desventuras políticas no retardaron ni limitaron su obra. Entre sus volúmenes de poesías, deben citarse (publicamos los títulos en francés, idioma en que nos son comunicados): *Le Nuage Culotté*, *La Guerre et l'Univers*, *L'Homme*, *La Colonne Vertébrale*, *Flûte*, *De cela*, *Cent cinquante millions*. El último poema de Naïakovsky, *Lenin*, aparecerá en breve en Rusia. Autor de un gran número de versos satíricos, Naïakovsky ha colaborado en la mayor parte de los diarios y revistas rusas, y además ha hecho representar dos piezas. La segunda, titulada *Mysteria Bouffe*, que, como su nombre lo indica, es una mezcla de misterio y bufonería, se ha dado con éxito en toda Rusia.

- UNA serie de artículos y de cartas ha precisado recientemente — según nos dice León Dierx en el N.º 636 del *Mercur de France* — los orígenes del famoso manifiesto de los Cinco, publicado el 18 de Agosto de 1887, en *Le Figaro*, contra *La Terre* de Emilio Zola.

Dicho manifiesto fué renegado, primero por Paul Marguerite y Lucien Descaves, luego por J. H. Rosny y Gustave Guiches quienes expresaron su pesar por haber firmado ese documento redactado por iniciativa de Paul Bonnetain, a consecuencia de una entrevista celebrada en la casa de Alfonso Daudet, en Champrosay, entre éste y Edmundo de Goncourt.

A fines de ese mismo año de 1887, *La Terre*, habiendo terminado de aparecer como folletín del *Gil Blas*, fué anunciada en librería. En esos momentos corrió el rumor de que Zola haría desaparecer del texto algunas audacias que habían chocado al autor de *Charlot s'amuse*.

El editor Henry Kistemaekers preguntó a Zola qué había de verdad en este rumor y el novelista le dirigió, a vuelta de correo, la siguiente respuesta:

Médan, 1er. Novembre 1887.

Cher Monsieur,

On vous a trompé. *La Terre* va paraître sans aucune coupure. Vous ne me connaissez guère; jamais je n'aurais consenti à enlever une virgule.

Bien à vous,

EMILE ZOLA.

- EN Febrero comenzará a publicarse en París, en volúmenes ilustrados, la edición de las *Obras completas de Anatole France*. Constará de 25 volúmenes, en los que se incluirán páginas méditas; pero ciertas obras de juventud serán eliminadas.

- EL gran premio Schiller, que es el gran premio literario suizo, ha sido otorgado a Robert de Traz.

El premio Sully-Prud'homme, que se dá cada dos años a un manuscrito, ha sido concedido a Jean Dors.

La parte literaria del premio Osiris: 100.000 francos, ha sido obtenido por Jean Richepin.

- LA *Viveuse et le Moribond*, la nueva obra de François de Curel, será estrenada en el teatro de la Puerta San Martín (París), a mediados de Febrero.

- CON motivo del nombramiento de Raul Ponchon como miembro de la Academia Goncourt, varios periódicos se han complacido en reproducir los versos que Ponchon había escrito contra los Goncourt.

- LA casa Duckworth de Londres acaba de publicar *The Nature of a Crime*, la tercera novela debida a la colaboración de Joseph Conrad y Ford Madox Ford. Las otras dos son: *Romance* (traducida al francés por Louis Chadourne) y *The Inheritors*. *The Nature of a Crime* comienza con un prefacio de Conrad, escrito días antes de su muerte.

NOTAS Y COMENTARIOS

Giacomo Puccini

EL 29 de Noviembre falleció en Bruselas Giacomo Puccini. Su muerte no puede dejarnos indiferentes, como no ha podido serlo para el público argentino y para la mayoría de nuestros músicos. Pocos operistas gozaron y gozan en nuestros teatros — y en los de todo el mundo — de tanta popularidad como él; pocos han sido como él durante largos años continua fuente de emoción para las plateas, y, ¿por qué negarlo?, aun para las *élites*; pocos fueron entre nosotros, cuando se iniciaba la música argentina, tan imitados como él, verdad que con escasa fortuna.

Un colega lo ha dicho: el público sobre todo está de duelo, "ese público anónimo, de gustos simples, sin prejuicios artísticos, despreocupado de teorías estéticas, ese público bueno y generoso para quien le hace experimentar una emoción, en el que hay tantas Mimís y tantos Rodolfos, que ha comprendido la música a través de esas melodías de Puccini, elegantes y llenas de encanto. Y por lo silencioso y sincero será éste el más hermoso homenaje que reciba el gran muerto. Quizá, aunque se piense lo contrario, el que más le agrade".

No creemos que pueda juzgarse a Puccini por el procedimiento arriesgado de asimilar su música a la literatura. Una cosa es un músico popular, fino, elegante y sabio, aunque busque efectos sencillos hasta lo vulgar, un músico que antes que nada es fuente de nobles emociones (íntimos anhelos, piedad, ternura, amor) y otra muy diversa es la novela de folletín, que habla a la imaginación más que al sentimiento, que intriga más que conmueve. Nos parece muy difícil hacer dicha asimilación, establecer valores paralelos en la serie jerárquica de las obras literarias y musicales; pero si nos atreviésemos a intentarla, no acudiríamos a Carolina Invernizio para buscar el *pendant* de Puccini — sin salirnos de Italia y de sus contemporáneos, — sino,

por ejemplo, a Stecchetti, en la lírica, a Giacosa en el teatro, a De Amicis en la literatura narrativa. No hemos citado simas que abismen, pero tampoco comerciantes de la literatura. ¿Podríamos negarle a Puccini, talento lírico, vena melódica, dominio del teatro, habilidad orquestal, fuerza dramática, sinceridad de emoción? ¿Podría negársele "estilo"? La equivalencia a veces intentada entre él y Massenet — cuyas huellas acaso siguió—, nos parece que se define con desventaja para el segundo.

Un análisis de los elementos constitutivos de su arte, nos revelaría en él una comprensión y expresión acertada de la vida y de los movimientos del alma; intuición feliz de los gustos del público, sin caer sino raramente en lo trivial; una fina sensibilidad que se traduce en ingeniosos hallazgos musicales, en la íntima compenetración de las palabras y los sonidos, en *fioriture* líricas que reverdecen la tradición melódica italiana. Ese arte no se eleva nunca a alturas vertiginosas ni desciende a profundos abismos: evoca un mundo propio, no grande, pero inolvidable; un pequeño mundo sentimental y melódico constituido por innumerables elementos tenues y persistentes. "No soy un músico de cosas grandes — escribió Puccini—; siento las cosas pequeñas, y de cosas pequeñas me gusta tratar".

Giacomo Puccini nació en Luca el 23 de Diciembre de 1858. Fué hijo de un músico, Miguel Puccini, y descendiente, en línea directa, de músicos de talento, que se distinguieron en la enseñanza y en la ejecución o composición, especialmente de música sagrada, su abuelo Domingo, compositor, su bisabuelo Antonio, compositor, y su tatarabuelo Giacomo, organista, todos de Luca. Allí hizo sus primeros estudios de composición y órgano, allí compuso e hizo ejecutar sus primeras piezas de música sagrada. Conocidas las aficiones musicales del joven estudiante, consiguió que en 1880 le enviasen al Conservatorio de Milán, donde se vinculó por estrecha amistad con Mascagni. Entre otros maestros, tuvo en Milán a Bazzini y a Ponchielli. Mientras seguía sus estudios compuso un *Capricho sinfónico* que, ejecutado, logró un gran éxito. Reducido al piano, fué su primera composición editada; en ella se encuentran algunas de las ideas que luego

desarrollaría en *Bohème*. Su primera ópera, *Le Villi*, antes rechazada en un concurso, fué cantada en Milán en 1884 con éxito clamoroso. De ella dijo la crítica que era una pequeña y preciosa obra maestra, en la cual se anunciaba un gran compositor. *Le Villi*, anterior de seis años a *Cavallería*, fué la primera y decidida afirmación de la escuela verista italiana. En ella, y en su segunda ópera, *Edgar*, estrenada en la Scala en 1889, está en germen musicalmente todo Puccini. Carecen ambos trabajos (*Le Villi* fué luego corregida) de vitalidad teatral, pero son ricas de materia musical. Unterstein afirma en su *Historia de la música*: "En esta pequeña obra manifestó Puccini todas sus principales cualidades, que luego no han sufrido grandes transformaciones". En cuanto a *L'Edgar*, cuyo éxito fué escaso el día del estreno, con algunas modificaciones fué representado de nuevo en Buenos Aires cuando Puccini nos visitó en 1905, con no mayor fortuna.

Sus demás obras son sobradamente conocidas: *Manón Lescaut*, estrenada en Turín en 1893, *La Bohème*, también estrenada en el Regio de Turín en 1896 bajo la dirección de Toscanini. *Tosca*, estrenada en 1900 en el Costanzi de Roma bajo la dirección de Mugnone, *Madame Butterfly*, acogida hóstilmente en la Scala en 1904 y clamorosamente aplaudida en Brescia tres meses después, *La fanciulla del West*, estrenada en el Metropolitan de Nueva York en 1910, *La rondine*, (Montecarlo, 1917), concesión a los gustos del público por la opereta vienesa; y el tríptico de *Suor Angélica*, *Il tabarro* y *Gianni Schicchi* (Nueva York, 1918). Ha muerto dejando inconclusa *Turandot*.

Los premios a las letras y a las ciencias

Los premios a la producción literaria y científica de 1923 han sido adjudicados de la siguiente manera:

A la producción literaria: Primer premio, de 30.000 pesos, dividido en partes iguales entre los señores: Luis Roque González, por *Las ideas económicas de Manuel Belgrano*; Juan A. González Calderón, por su *Derecho Constitucional Argentino*, y Arturo Capdevila, por *Córdoba del recuerdo*.

Segundo premio, de 20.000 pesos, dividido en partes iguales

entre los señores: Rodolfo Moreno, por *El Código Penal y sus antecedentes*; José B. Pedroni, por *La gota de agua*, y Juan Beverina, por *Las campañas de los ejércitos libertadores 1838-52*.

Tercer premio, de 10.000 pesos, dividido en partes iguales entre Hugo Wast, por *La que no perdonó*, Delfina Bunge de Gálvez, por *El tesoro del mundo*, y Alejandro Castiñeiras, por *El alma de Rusia*.

El jurado que debía acordar los premios a la producción científica los declaró todos desiertos, rasgo de valor y probidad intelectual que debe ser aplaudido.

Como es de práctica en estos casos, no han faltado protestas ni censuras. El doctor Rodolfo Moreno ha renunciado a la parte de premio que se le otorgaba, entendiendo que éstos son indivisibles, y que la ley ha sido violada por el Jurado. El Jurado doctor Jorge Eduardo Coll ha querido justificar la repartición.

Pensamos como él, que hay que reformar la ley. Los premios son, a nuestro juicio, excesivos. ¡Treinta mil pesos! No representa mucho más el premio Nobel, acordado a una vida entera de labor ilustre o gloriosa. Moral e intelectualmente considerado, nuestro premio de treinta mil pesos, en la casi totalidad de los casos es corruptor.

Los jurados son incompetentes. Universitarios o magistrados distinguidísimos, no por ello son menos incompetentes para entender a un tiempo mismo en la mescolanza más heterogénea de obras jurídicas, filológicas, estratégicas, económicas, históricas y puramente literarias, y precisamente por la naturaleza de sus estudios y actividades son los menos aptos para entender en las obras de la última categoría citada. Esos premios literarios acordados "pêle-mêle" a novelas, líricas y *sociologías* diversas, son ridículos. O se consideran obras científicas algunas de las clasificadas entre las literarias (así lo reclama el doctor Moreno para la suya, *El Código Penal y sus antecedentes*, y sin duda otros premiados de este año y de años anteriores piensan como él), o, mejor, se crean tres, cuatro o cinco categorías de premios, reduciendo el monto de éstos.

Actualmente las que salen peor paradas en este lío son las obras verdaderamente literarias. Para ellas son las migajas.

Estos magistrados, estos universitarios, reservan toda su ternura para los estudios graves, y acaso mal escritos.

Entonces quizás conoceríamos a algunos jurados de los que suelen designarse, aptitud para entender en las particulares obras sometidas a su juicio, por ejemplo, a un camarista, para juzgar un código, a un profesor de economía para juzgar un estudio económico, a un historiador para juzgar una colección de documentos. Pero lo que ahora se hace, por culpa de la ley, agravada por la natural limitación de los jurados, es una repartija de dinero arbitraria que no honra, aunque naturalmente aprovecha, a los triunfadores, que no significa nada para el país y que deja ciertamente descontentos y desazonados a los propios otorgadores del beneficio, si tienen conciencia, lo que no hay por qué ponerlo en duda.

Las obras literarias sólo pueden juzgarlas con plena autoridad y dominio los profesionales de la literatura. A nadie se le ocurriría poner a un juez del crimen, nada más que por ser tal, de jurado en un concurso arquitectónico, y no decimos en uno de trigos o de vaquillonas; ¿por qué aberración de criterio le pondrán en un certamen literario? En honor de la inteligencia de nuestros hombres de letras queremos suponer que éstos jamás habrían otorgado un premio, como lo ha hecho este jurado, aunque sea el tercero, y repartido, a *La que no perdonó*, incongruente folletín que va jaloneando la irremediable decadencia del señor Martínez Zuviría.

No queremos entrar a juzgar las demás obras premiadas. El articulista no tiene autoridad para hacerlo, por las mismas razones que dió al negársela a los jurados. Quiere, pues, dar por sentado que su rectitud y discernimiento les habrán hecho casi siempre acertar en su ímproba, caprichosa, imposible tarea de comparar valores heterogéneos.

Por último observamos que podrían ser tomadas en consideración todas las obras cuyos autores hubiesen hecho el depósito legal, y no sólo las de quienes expresamente solicitan entrar en el concurso. Ninguna dificultad real se opone a lo primero; sobre eso ya ha argumentado con sobrias y oportunas razones. *La Nación*. Nos evitaríamos así casos censurables como el de la nota presentada al Ministro por un grupo de escritores, soli-

citando el premio de 1924 para los libros publicados durante el año por Leopoldo Lugones y que éste no ha querido presentar al concurso. Quiérase que no, se trata de una presión indebida ejercida sobre el ánimo del jurado, que en ningún caso favorecerá a Lugones: si lo premian, porque nos quedará la duda de si se prestó más atención a los libros del premiado o a la solicitud de tanto peticionante prestigioso; si no lo premian, porque Lugones hará un papel desairado. Serios argumentos contra el falso paso que han dado esos escritores amigos de Lugones, podríamos dar muchos; pero no es este el objeto del presente comentario.

Nuestro propósito era proponer lisa y llanamente, o la reforma de la ley o su derogación.

"Nosotros" en los funerales de Anatole France

NUESTRO director Alfredo A. Bianchi se encontraba en Milán en momentos de producirse la muerte de Anatole France. Inmediatamente telegrafió a nuestro eminente colaborador, el reputado crítico y novelista Francis de Miomandre, rogándole que representara a NOSOTROS en los funerales del gran escritor.

En carta recibida últimamente, nos dice Francis de Miomandre: "Suivant votre désir, exprimé par votre télégramme envoyé de Milan, j'ai représenté NOSOTROS aux funérailles d'Anatole France, et aussi la veille j'ai été signer sur le registre en mon nom et en celui de la revue argentine dont vous m'avez fait l'honneur d'être l'envoyé special. J'ai signé "au nom de la redaction de NOSOTROS, revue de Buenos Aires". Je suis tout heureux de vous avoir rendu ce bien petit service, mais qui a prouvé publiquement la participation de l'intellectualité argentine à l'hommage universel rendu à notre grand humaniste"

Un llamado a los poetas de América

EL señor Alemany Villa, profesor de Declamación y Arte Escénico del Conservatorio de Música "Buenos Aires", hace un llamado a todos los poetas de América, invitándoles a que le envíen un ejemplar de sus obras en verso, de las ya publicadas y de las que vayan publicando.

Alemaný Villa piensa seleccionar un número de poesías de cada autor y previa conferencia sobre el mismo, por conocidos escritores y prestigiosos poetas, les dedicará una audición en la Sala de Actos del mencionado Conservatorio.

Las obras deben ser enviadas a esta dirección: Alemany Villa (Avenida de Mayo 1057 — Buenos Aires — República Argentina.

Juan Alonso en "Caras y Caretas".

ALGUIEN pidió una vez a Máximo Gorki su biografía y éste se limitó a hacerla en una forma sintética y categórica: año tal, mozo de chacra; año cual, panadero; año equis, guarda de tranvía; año... , novelista.

Si Juan Alonso quisiera escribir su biografía podría hacerla tan sintética y categóricamente como la de Gorki. Es el suyo un caso formidable de intuición, voluntad, sentido artístico y talento. Desde que el humilde muchacho comenzó su carrera como mensajero, hasta que el puro artista entra a dirigir la empresa donde tan de abajo comenzara, apenas han pasado dos décadas. Ellas han visto una ascensión segura, continuada, hecha toda paso a paso, por la voluntad y el talento hermanadas brillantemente.

Hace tiempo que Alonso dirigía *Plus Ultra*. Ahora se le ha encargado también de gobernar la veterana *Caras y Caretas*. No es solamente en Yanquilandia donde los hombres tienen la exclusiva de esas ascensiones vertiginosas. Y hacerlas aquí donde las dificultades son incomparablemente mayores y el medio menos propicio, prueba el temple de los que llegan.

Alonso es un hombre joven y moderno. Su espíritu comprensivo y abierto infundirá a la simpática revista que engendrara Fray Mocho, — otro gran espíritu, — nueva y proficua orientación.

Nosotros no necesita cumplimentar al viejo amigo que es Juan Alonso. Con señalar el hecho queda punualizado el triunfo y los merecimientos de quien lo obtiene. Eso basta para nosotros.

NOSOTROS.

N O S O T R O S

Año XVIII - Tomo XLVIII

INDICE

A

Aita Antonio	Toulouse-Lautrec	5
” ”	La vida artística: El Salón Nacional. Exposición Riganelli .	250
Ansermet Ernest	Introducción a la obra de Igor Stravinsky	176

B

Barreda Ernesto Mario	Elegía nocturna	289
Bianchi Alfredo A.	Ciudades de Italia: Génova. Perugia	300
Binvignat Fernando	Poemas	446
Burghi Juan	La senda familiar (versos) ...	46

C

Calandrelli Susana	La fiesta de media noche (versos)	198
Cáncer Juan	Bibliografía histórica	474
Castelblanco P. Agustín	El movimiento militar chileno .	389
Cestero Manuel	José Vasconcelos	409
Chickmanov Demetrio	La literatura búlgara	265
Costa Alvarez Arturo	La lengua y la literatura en Chile	55
Courbet Emilio	El movimiento militar chileno .	389
Crespo García Manuel	Poesías	238

D

Daus Federico A.	Bibliografía histórica	474
-----------------------	------------------------------	-----

De Diego Rafael	Letras argentinas: "Versos de la calle". "Nuevas devociones", "Veinte años"	467
Dirección (La)	El movimiento militar chileno .	389
Donghi de Halperin Renata ..	Alrededor de "Los Novios" de Manzoni	415
Dunsany (Lord)	Los dioses de la montaña (comedia en 3 actos)	16
" "	La sentencia dorada (comedia en un acto)	307

F

Ferraría Mayorino	La música de Mozart (poesía) .	354
Anatole France	Discurso en el banquete de la juventud	166
" "	Autógrafo, retratos, dibujos originales y otras ilustraciones 139, 141, 147, 151, 162, 165, 167, 170, 172	173

G

Giusti Roberto F.	Letras argentinas: Benito Lynch	92
" " "	Petit Pierre ha muerto	137
Guillot Víctor Juan	Balada de la tarde dominical.	38

I

Ibarguren Carlos	Discurso en el banquete de la juventud a A. France	166
-------------------------------	--	-----

J

Jaimes Alberto Venancio	Mi clara alegría (poesía)	356
-------------------------------------	---------------------------------	-----

K

Krüger Carlos E.	Eterno sea tu amor (poesía) .	355
-------------------------------	-------------------------------	-----

L

López Merino Francisco	Sugestiones de una balada	346
-------------------------------------	--------------------------------	-----

M

Mandolini Hernani	El individualismo romántico ..	49
" "	Los maestros de la muerte	291
Martorello Noé S.	Pedro: Vidas y escenas de tierra adentro	323
Maurras Charles	Anatole France político y poeta.	148
Millé y Giménez Juan	La fábula de la lechera al través de las diversas literaturas.	203
Monner Sans Ricardo	Algo de paremiología argentina.	49

N

"Nosotros"	Notas y Comentarios:	
	Nuestra Demostración a Ernest Ansermet. Unamuno en París. Luis Ipiña. La Escuela Normal de Heredia. "Lusitania". Revista de Estudios Portugueses. "Biblios"	130
	Clemente Onelli. Homenaje a A. France. Un juicio de Sanín Cano. Rabindranath Tagore. Huéspedes americanos	259
	Regreso de nuestro director. Gabriel Fauré. A la juventud universitaria de la América Latina. Sociedad de homenaje a José Martí. Concurso de la Asociación "Amigos del Arte"	382
	Giacomo Puccini. Los premios a las letras y a las ciencias. Nosotros en los funerales de A. France. Un llamado a los poetas de América. Juan Alonso en <i>Caras y Caretas</i>	518

O

Obligado Carlos	La noche de Agosto (de A. de Musset)	11
------------------------------	--	----

P

Pinto Octavio	Sonetos	398
Prins Enrique	El pintor Fernando Fader ...	185
Perdomo Acedo Pedro	Poemas	420

Q

Quiroga Carlos B.	La queua (leyenda)	424
--------------------------------	--------------------------	-----

R

Rasch Isla Miguel	Sonetos	76
Redacción (La)	Bibliografía:	
	Una centuria literaria. Libro de amor. Almanach des lettres françaises et étrangères, (vol. I). Giulio Caprini: Ettore Cosomatti; Catálogo di Gino di Finetti; Umberto Boccioni. Comment ont devient: Député, sénateur, ministre. Origen y carácter del mov. laborista. Publicaciones de la Universidad N. de México. Public. del Instituto de Literatura Argentina. Libros y folletos recibidos en Agosto y Setiembre	114
	Libros recibidos en el mes de Octubre. Apreciaciones. La lira argentina. Las Atlántidas. Estudio crítico del Códice Freer. Barbaridades que se nos escapan al hablar. Apuntaciones sobre el arte de escribir. Autour d'Emerson. L'histoire romanesque d'Udayana, roi de Vatsa. Libros y folletos recibidos en Noviembre	254 365

	Antología Argentina: Poetas modernos. Révolution. Almanach des lettres francaises et étrangères (vol. II). Le Bal du comte d'Orgel. Una nación secuestrada. Iglesias de México. Biblioteca Argentina de Libros Raros Americanos. Ecuador, Venezuela. Il principe don Carlo nella leggenda e nella poesia. La génesis de los continentes y océanos. Libros y folletos recibidos en el mes de Diciembre	493
	Ecós y Noticias .. 127, 256, 379,	515
	Las letras argentinas juzgadas en el extranjero: La crítica en la Argentina	377
	Las Revistas:	
	El nuevo Tito Livio. Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo (Madrid)	123
	Los inéditos de Eça de Queiroz. La influencia literaria francesa en el extranjero	374
	Los últimos momentos de Edgar Poe. Revoluciones, dictaduras, democracia en América. Joseph Conrad	503
Reissig Luis	France y Lenin, fuertes optimistas	171
"	A los jóvenes que trabajan ..	449
Rodríguez Mauro	El cristianismo literal y el anticristianismo virtual de Henry George	66
Romero Francisco	Filosofía:	
	A propósito del manual de Vorlander. Urill da Costa. Paul Natorp	80
	Antón Marty. Ediciones y reediciones (Leibniz, Brochard, Boscovich, S. Butler). Los condes y la filosofía..	240
	H. Vaihinger. La Navidad del filósofo. Una novedad en la bibliografía filosófica. Sobre la edición española del Manual de Vorlander	452
S		
Suárez Calimano E.	Letras Hispanoamericanas: "Un juez rural"	358
T		
Talamón Gastón O.	Crónica musical:	
	La licitación del Colón. "La Guitarra", "El Ombú". Premios municipales. Celia Torrà. Sociedades musicales. Aclaración	104
	Gabriel Fauré y Giacomo Puccini. La licitación del teatro Colón	485
Torres Bodet Jaime	Poemas del mar	321
V		
Vázquez Cey Arturo	Poesías	174
Villalobos Domínguez C.	El neo-liberalismo	226
Villarreal Enrique	El pintor argentino Roberto Rautavaugé	401